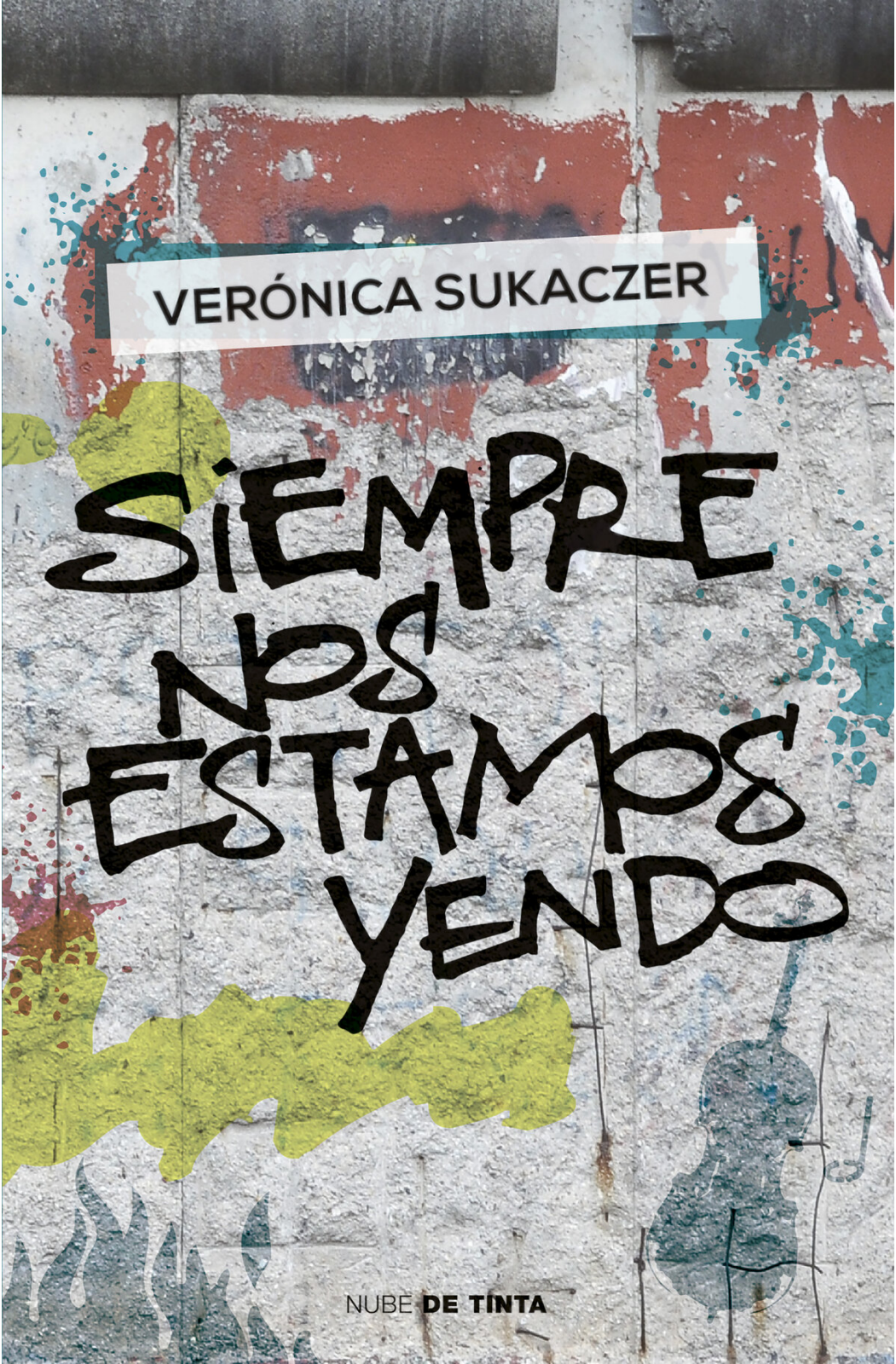

VERÓNICA SUKACZER
SIEMPRE NOS ESTAMOS YENDO
NUBE DE TINTA

VERÓNICA SUKACZER

SIEMPRE NOS ESTAMOS YENDO

NUBE **DE TINTA**

San Martín del Carso
Valloncello dell' Albero Isolato a 27 agosto de 1916

"De estas casas
no ha quedado
más que algún
pedazo de muro

De tantos
a quienes estaba unido
no ha quedado
ni siquiera eso

Pero en el corazón
ninguna cruz falta

Mi corazón
es el país más devastado".

Giuseppe Ungaretti
(Traducción de Horacio Armani)

1

Me pedís que te cuente cómo llegué hasta acá, el largo viaje que me trajo, la serie de circunstancias que hicieron que hoy esté a tu lado, buscando el modo de iniciar esta historia.

Te digo que será un cuento largo. Que me pierdo en los detalles porque me aferré a ellos cuando parecía que no había otra cosa y que fantaseé un poco, también.

Te arrepentirás de habérmelo pedido.

Reís. Cerrás los ojos.

Te pregunto si esa es tu estrategia: dormirte mientras yo hablo.

Y de pronto tu mano toca mi mano como por descuido. Por eso empiezo a hablar, la historia larga sin mentiras, sin secretos.

Para que este momento no se acabe nunca.

2

El fuego. Eso es lo primero que te digo.

Luego te contaré qué había detrás del fuego, cómo se inició, qué vientos lo empujaron. Pero no todavía.

Ahora solo sé que el fuego nos llevó hasta allí. Corrí. Corrimos, llevaba a Jaz de la mano. Y sí, miramos atrás muchas veces, miramos atrás a cada momento para ver si los otros también corrían, pero qué podíamos ver, si todo era fuego. Así que simplemente fuimos por donde las llamas nos permitieron pasar. El fuego nos guio, nadie más.

En algún momento nos alejamos o nos perdimos, cómo saberlo. Para mí que el fuego quiso traernos hasta aquí y por eso abrió un camino para nosotras.

El fuego es algo vivo y tiene sus razones.

3

Dejamos de correr cuando el aire volvió a oler a aire y el mundo volvió a tener ese orden extraño: un camino que no llevaba a ningún lado, un par de perros flacos echados bajo la luna y escombros y restos de casas: alguna pared aún altiva, un par de columnas, un piso sin techo, una silla de nadie.

Había señales, retazos de información a mi alrededor que ya conocía y podía descifrar. Que también ahí hubo quienes, como nosotras, ejercitaron ese deporte de estar siempre yéndose. Y que unos se habían ido perdiendo de los demás.

Esa sensación, la de observar y entender, me hizo sentir viva y por un instante pensé que eso también iba a pasar.

Pero no todavía.

*

Al detenernos le presté atención a Jazmín. Tenía tal aspecto que supuse que la había estado arrastrando, y a lo mejor lo hice. Ella no se había quejado, tampoco recuerdo que hubiera pronunciado palabra.

A lo lejos, tan lejos que me pareció estar mirando la escena de una película, una columna de humo señalaba el lugar: el fuego se había quedado allí, ya nada lo relacionaba con nosotras.

Esa noche dormimos bajo un árbol seco.

Estábamos tan solas…

4

A la mañana siguiente no tenía ningún plan, solo sabía que debíamos movernos.

Así que volví a tirar de la mano de Jaz y continuamos caminando. Hasta que mi hermana señaló una construcción. Era el primer gesto humano que hacía ese día.

A simple vista parecían los restos de una casa como todas las otras: una puerta desteñida cubierta de polvo y hollín, escombros y bolsas de esas que lleva el viento infladas alrededor, como velámenes esperando buen tiempo para zarpar. Sin embargo, si uno se salía del camino, si variaba el ángulo, se acercaba y prestaba atención, se notaba que detrás de los escombros se levantaban paredes nuevas. No muy rectas, no muy sólidas, pero paredes al fin. A mí me maravilló aquel trabajo, el de disimular una casa, y el mensaje: aquellos que se entretienen tirando abajo lo que hemos construido, pasen de largo, aquí ya no hay nada.

Pero había. Y yo quería saber. Volví a tirar de la mano de Jaz.

El sol estaba alto y el calor era el de siempre, húmedo y denso. Antes, mientras caminábamos, había hecho una lista mental de todo lo que podía sucedernos, de más terrible a menos grave: podían localizarnos los que nos habían llevado allí, podíamos no encontrar agua o terminar en un sitio peor que el que habíamos dejado atrás, podíamos toparnos con un nuevo muro. En cambio, hallar un lugar donde pasar el resto del día no estaba siquiera en mi lista de esperanzas.

*

La puerta se resistió un poco, del otro lado había objetos que la trababan, pero con Jaz empujamos hasta lograr un hueco por el cual

pudimos pasar. Y cuando estuvimos adentro volví a acomodar los papeles, eran muchos diarios viejos y cajas que se amontonaban contra la madera, como si así se cerrara con llave en este lugar. Y por fin respiré hondo y le di la espalda al afuera.

Sí, había paredes y no, ninguna ventana. Y sí, techo, con agujeros que dejaban pasar la luz del sol. Formalmente, aquello era un sitio medianamente entero, aceptablemente seguro, aunque quién podía saberlo. También era pequeño, con olor a viejo y a olvido. Por todos lados había diarios apilados, libros, carpetas, cajas. Debajo de una cantidad de papeles, un viejo sillón. Sobre la única mesa, más papeles. Al fondo, un anafe sin garrafa de gas a la vista y un piletón con grietas apoyado directamente en el suelo, como un proyecto de cocina inconcluso. Y, difícil de creer, latas de comida y botellas de agua. Entonces la emoción que había estado acumulando se me derramó por todos lados y me cayeron las lágrimas.

En ese instante Jaz se soltó de mi mano y desapareció detrás de una pila de libros. Yo estaba tan entregada que no le dije nada, solo me pregunté si mi hermana estaba entendiendo realmente lo que sucedía o si ella había convertido en arte mayor eso de no estar donde estaba su cuerpo. Un poco como cuando yo me perdía dentro de mi cabeza. Pero para nada parecido.

5

—Mamá Pura quiere agua.

Unos minutos después Jaz volvió a aparecer y pronunció esas palabras. Yo estaba haciendo una lista mental de la cantidad de latas de comida y el cálculo de para cuántos días nos alcanzarían, y mi hermana regresó no sé de dónde, otra habitación, otra dimensión, de adentro de algún libro y dijo eso con su voz de niña. Y tan rápido como vino volvió a irse y yo me quedé en mi lugar, tratando de decodificar el mensaje. Mamá-Pura-quiere-agua. Había agua, por suerte. Y una vez habíamos conocido a una mujer llamada Pura. Una anciana que pasaba el tiempo sentada en la vereda bajo la única ventana de su casa, envuelta en un enorme mantón negro de lana, sin importar qué temperatura hiciera.

Pura vivía a dos puertas de la nuestra, y Jaz, que entonces tenía unos tres o cuatro años, pasaba muchas tardes junto a ella. Se hablaban, sí, de eso me acordaba. La mujer, acomodada sobre un banco de madera, se inclinaba y le hablaba muy bajo, casi al oído, mientras mi hermana hacía dibujos sobre el polvo de la vereda con un palito o ayudaba a desovillar alguna madeja. Pero siempre la mujer le estaba diciendo algo.

Cada tanto yo caminaba cerca de ellas como si tuviera que ir a algún sitio y de pronto daba media vuelta, regresaba sobre mis pasos y enseguida otra vez lo mismo, para intentar oír qué se decían. A veces me parecía que la mujer cantaba y otras que decía hijo, hija. Así me fui armando esta historia: la anciana había perdido a su único hijo, que había quedado detrás de algún muro y nunca había regresado. El muchacho, sin embargo, le enviaba cartas a su madre porque allí no había computadora ni teléfono y ella todo el tiempo las llevaba debajo de aquel mantón negro y se las leía a Jaz. O le cantaba las canciones que le había cantado a él, y en las partes de la canción que antes decía

mi hijito, ahora decía hija, por mi hermana. Porque era vieja y se confundía y pensaba que el hijo había regresado, que era otra vez un niño y que estaba bien, a su lado.

No sé si algo de eso había sucedido, claro, pero esa fue la Pura que recordé cuando mi hermana dijo lo que dijo, y entonces lo más lógico fue pensar que ella también estaba confundida. Que con todo lo que habíamos pasado más el hecho de que aún no habíamos bebido nada, y la deshidratación te hace ver y oír cosas que no están ahí, Jaz estaba en *shock*. Así que abrí la primera botella y me prometí que le permitiría tomar más de los dos sorbos que había anotado en mi lista mental.

—¿Abro también una lata de frutas? —le pregunté.

—Mamá Pura solo quiere agua —insistió ella, y todo lo que deseé fue que mi hermana no quedara así para siempre, diciendo cualquier cosa.

*

Alguien en esa casa había usado los libros como ladrillos, y varias pilas en delicado equilibrio dividían el lugar. De este lado la mesa con el sillón, y del otro…

Ahora deliraba yo. Me quedé allí parada sin saber qué hacer a continuación. Incliné mi cabeza hacia un lado y hacia el otro como si el solo hecho de probar otro ángulo pudiera cambiar lo que estaba viendo, tal como había sucedido con la casa, desde afuera.

Pero aunque cerrara y abriera los ojos, aunque me dijera que aquello no era verdad, aunque me moviera apenas, todo seguía estando allí: el colchón en el suelo, la mujer, mi hermana.

Intenté explicármelo a mí misma: el colchón en el suelo, sobre más diarios, con más papeles y cajas alrededor, varias mantas, y debajo de ellas, la mujer. Una anciana parecida a Pura pero que no era Pura, eso seguro.

Muy blanca, muy pequeña, muy muerta.

Y como si aquella escena no fuera lo suficientemente siniestra, mi hermana se había recostado a su lado, tenía la cabeza apoyada sobre el hombro de la mujer, un brazo enredado en el brazo de ella, los ojos

cerrados y una leve sonrisa dibujada en la boca.

Cuando pude dejar de ver cada detalle y observar la imagen completa, en verdad me resultó muy tierna. Y entendí. Jaz lo había ido perdiendo todo, lo único que le quedaba era esta hermana mayor que la tironeaba y la llevaba de un lado a otro sin pedirle opinión, siempre un poco fastidiada. En cambio, acurrucada junto a esa mujer que bien podía ser Pura o mamá o cualquiera de las mujeres que nos abrazaron alguna vez, se sentía en calma. Lástima que habíamos llegado tarde, lástima que esta mamá nueva ya se le había muerto.

—¿Y el agua? —preguntó mi hermana abriendo los ojos.

Le alcancé la botella y lo que pasó me perturbó aún más.

Jaz acercó el pico de la botella a los labios de la mujer, la ayudó a levantar la cabeza y le dio de beber. Y la mujer se movió apenas, suspiró, tomó un sorbo y derramó otro poco, y enseguida volvió a acostarse y siguió haciendo lo que estaba haciendo, parecer muerta. Pero todavía no lo estaba.

6

Me quedé todo ese día observando a la mujer y a Jaz hasta que la luz que se filtraba por el techo fue desvaneciéndose. Sentada sobre el piso sentía miedo, mucho miedo de darme vuelta, distraerme un segundo o levantarme y que la anciana le contagiara algo, la hiciera desaparecer debajo de su cuerpo pequeño e inmóvil, la obligara a morir junto a ella.

Mientras, me hacía una lista de preguntas. Quién era, por supuesto, pero esa no era la más importante, qué diferencia hacía un nombre u otro. Qué haríamos. Cómo la cuidaríamos, quién le daría de comer, la limpiaría. Qué pasaría con ella cuando nos fuéramos, porque quedarnos ahí no era una opción. Y qué podía pasar, porque… ¿y si la estaban buscando? ¿Y si ella esperaba a alguien y nos encontraban? Porque nadie estaba allí porque sí, y menos con todo ese equipaje. A menos que hubiera vivido siempre en ese sitio y no hubiera querido irse cuando hubo que marcharse, cuando las casas empezaron a deshacerse… De pronto me sentí infinitamente cansada. Ese cuerpo extraño apenas respiraba y ya me estaba dando un montón de trabajo. Pero qué podía hacer, nosotras necesitábamos de aquellas paredes, del techo agujereado, de las botellas de agua.

En algún momento a mí también se me cerraron los ojos y soñé con el fuego, las corridas, hasta que escuché una voz que me llamaba desde muy lejos y luego un eco que se hacía eco que se hacía eco…

*

Un rato antes de que saliera el sol me levanté e improvisé un desayuno con lo que había, y como Jaz no despertaba, le tomé el pulso a la anciana. Algo dentro de ella seguía latiendo.

Mi hermana es una niña preciosa, tiene el pelo largo y repleto de

rulos despeinados que, según cómo les dé el sol, a veces parecen castaños y a veces, definitivamente cobrizos. Y tiene unos furtivos ojos miel que siempre miran hacia el costado, hacia abajo, hacia algún lugar seguro donde no haya nadie más que ella.

Yo elegí su nombre. El día en que Jaz nació, con mis seis años, insistí en que debía llamarse igual que mis flores preferidas. O Mar, porque me encantaba el mar, claro. O Nieves, porque no conocía la nieve, y eso de que ningún copo era igual a otro me parecía algo mágico y profundo a la vez.

A papá la selección le causó gracia y dijo que Jazmín era un nombre hermoso para una hija hermosa y que así todas sus niñas serían flores. Mamá, en cambio, le dio más vueltas. Preguntó si tenía voz y voto en el asunto, que era ella quien acababa de parirla. Pero en esa época era usual que yo me saliera con la mía, papá me abrazaba fuerte, me tomaba de las manos, me hacía girar por el aire y decía: lo que la pequeña quiera. Y yo siempre andaba queriendo algo.

Han pasado diez años de eso, a veces me parece que fue muy poco tiempo, que necesitaría más experiencia, más conocimientos para hacer lo que hago: andar con Jaz por el borde del mundo. Y también pienso que ha sido demasiado, que mi hermana nació en algún tiempo lejano, que no puede ser que entre ese día y este haya sucedido tanto.

*

Jaz nació en nuestra tercera casa cuando yo todavía no había comenzado la escuela y mamá me enseñaba a leer y escribir. Y los números y las cuentas y otros temas de matemáticas que nadie le enseñaría a una niña pero que a ella le apasionaban. Me hablaba de ecuaciones y teoremas, de números primos y binarios, de patrones que se repetían en el Universo. A mí me quedaba solo la música de las palabras. Cuando por la hoja desfilaban unos y ceros, en mi cabeza aparecían otras posibilidades: números en sol sostenido, números corchea, sinfonía de números. Igual aprendí, claro, y sigo buscando el hilo conductor, el patrón, el mensaje oculto en los hechos. Ahora soy yo la que intenta enseñar a Jaz, pero ella no ayuda mucho, siempre escondiéndose en los rincones, siempre mirando hacia otro lado,

siempre haciendo como que no me escucha y yo sin poder saber cuánto, cómo o a qué nivel nos estamos comunicando.

A veces pasan días en que solo se comunica con gestos, en una economía del lenguaje que pareciera dar a entender que las palabras son demasiado valiosas como para ser gastadas. Como en ese momento, que me tocaba el brazo y me miraba con la cabeza un poco gacha, sí, pero me miraba muy despierta.

—Mamá Pura dice que podemos quedarnos —dijo mi hermana a modo de buenos días.

—Qué suerte la nuestra.

Yo no había oído hablar a Mamá Pura en ningún momento, no se había movido siquiera, no había abierto los ojos. Pero acepté el permiso. Y enseguida, entre ambas, nos ocupamos de la mujer. Que ni se quejaba ni ponía gesto de fastidio o dolor. Aunque tampoco parecía agradecida.

El resto de la mañana lo pasé intentando que la casa pareciera un sitio habitable, si eso era posible. No porque aquello me afectara demasiado ni porque estuviera pensando en quedarme (aunque aún no parecía seguro salir), sino porque no tenía otra cosa para hacer y necesitaba mantenerme ocupada. Mi hermana, en cambio, no quiso separarse de esa madre postiza, y no la obligué.

Lo primero fue deshacer la pared de libros, quería tener a Jaz y a la mujer a la vista todo el tiempo. Aparté esos libros, entonces, y los encimé contra las paredes, junto a todas las otras cajas, papeles y diarios. También desocupé la mesa y el sillón.

7

—Mi espacio, mi mundo —repetís imitando mi voz.

Te empujo y rodamos por la tierra hasta quedar empapados de rocío y cubiertos de pasto.

Y pienso que haber tenido un espacio-mundo por unos días no puede compararse con lo que tengo ahora: el sonido de tu voz, la forma en que levantás las cejas cuando me mirás, la tosquedad de tus manos. ¿Eras vos quien me llamaba en el sueño, esa primera noche en la casa? ¿Ese era el eco de tu voz?

Me llevaré todo eso cuando me vaya y te dejaré parte de mí: mis cosquillas, el modo en que acerco mi mano para encontrar la tuya, la melodía que tarareé hace un rato.

Espero que sea suficiente hasta que volvamos a encontrarnos.

8

Ese segundo día la casa se llenó de sol. Creo que los agujeros en el techo estaban allí a propósito. Porque incluso si hubiera electricidad nunca me habría animado a encender una luz, pero así, con los rayos filtrándose y si uno no se ponía muy exigente, el sitio era hasta acogedor. Y si llegara a llover… bueno, si llovía nos quedaríamos en algún rincón.

Luego de haber colonizado el sillón, mi segunda acción como soberana de ese reino fue solicitar la tenencia absoluta de todos los libros. Nadie se opuso. Enseguida comencé a organizarlos. Rescaté los de poesía y traté de ubicar algunas partituras, aunque no parecía haber ninguna. No era fácil, eran demasiados y no pensaba deshacer todas las pilas, pero pronto me hice de una respetable colección. Al comenzar a hojearlos me di cuenta de que todos contaban con el sello de una biblioteca (para la lista de delitos cometidos: yo no los regresaría) y en la última página se indicaba a quiénes habían sido prestados, en qué fecha y cuándo debían devolverse. Pero esa casa no había sido una biblioteca, ni antes ni nunca, eso seguro. Por lo tanto, lo más lógico seguía siendo lo que yo había pensado: que alguien había resguardado los libros de la biblioteca de la ciudad o el pueblo, otro pueblo que los muros que las despedidas que la persecución que el abandono.

Después de descubrir que los libros tenían algo en común me dio curiosidad saber qué decían tantos papeles, carpetas y qué había en las cajas. De pronto tenía un proyecto y me sentí entusiasmada. Es que alguien debía catalogar lo que había allí o aquello corría el riesgo de perderse. Y yo no podía dejar que un documento capaz de cambiar el rumbo de la humanidad, por ejemplo, o un libro único, tal vez un incunable, quedara olvidado en esa casa para siempre.

Sobre los diarios no hubo mucha sorpresa: eran los diarios del

pueblo, que contaban historias muy parecidas a las historias que conocía. Lo de siempre. Los muros, el gobierno, otro gobierno, una guerra, y así hasta terminar allí. Los diarios, digo.

El contenido de las carpetas, en cambio, resultó más entretenido. Eran documentos del Registro Civil. Una hoja para un nacimiento, otra para un matrimonio, un divorcio, un viaje, un permiso de estudio, una muerte. Vidas y nombres. Algunas fotos. Los habitantes del pueblo estaban reunidos bajo el que ahora era mi techo y se me ocurrió que podía elegir el nombre de un documento, luego buscar qué libros de la biblioteca había leído esa persona y seguro que hasta encontraría alguna noticia en la que apareciera (tal vez había jugado al fútbol en el equipo local o había participado en una manifestación, o era un criminal), y así podría reconstruir parte de su vida, la línea de su tiempo.

Dejé las carpetas y comencé a abrir las cajas. Envueltos en plásticos y telas había objetos antiguos, pequeños y quebradizos. Me animé a desenvolver algunos. Un cacharro de arcilla, una figura humana de bronce, algo que parecía una flauta o un silbato, un colmillo de animal prehistórico, según una ficha. No seguí buscando. Y entonces, cuando volví a acumular las cajas contra los rincones, con cuidado, me di cuenta. Retrocedí unos pasos, me apoyé contra la pila de libros que tapizaban la puerta y observé. Los libros, los diarios, los papeles, las carpetas, las cajas. Volví a tomar uno de los documentos del Registro Civil. Busqué la firma del responsable. Era una mujer. Abrí luego cualquier libro. La firma de la bibliotecaria. Y después la firma que aparecía en las etiquetas que acompañaban cada objeto.

Encontrar su documento de identidad no fue difícil, los papeles estaban ordenados alfabéticamente. Y allí estaba, claro. Había una foto de cuando era joven. Tenía ojos marrones y el pelo oscuro y suelto y su sonrisa parecía un poco forzada, que es como uno sonríe en esas circunstancias. Me quedé mirándola un buen rato, tratando de pensar quién había sido, cómo había llegado hasta acá.

No le dije nada a Jaz, ella no hacía preguntas, solo me senté al lado de la mujer y por primera vez no manifesté rechazo ni pensé en lo inconveniente que resultaba su presencia. En cambio le tomé la mano y sentí que ella me sentía, ahora que sabía su nombre y había

entendido, y que me devolvía el saludo desde muy lejos.

9

Yo no lloro. Porque la cara se me pone rara, roja, arrugada. Pero ese día comencé a llorar, lloré largo, lloré todo lo que no había llorado en tanto tiempo, sin contar las lágrimas que había derramado por las botellas de agua, claro. Había tenido que ser valiente, sí, pero delante de Mamá Pura (el nombre le quedaba muy bien, qué importaba que no fuera el real) ya no debía fingir que lo podía todo ni que no le tenía miedo a nada. Porque ella sabía. Ella, que había estado a cargo del Registro Civil de una ciudad, que había organizado la biblioteca y el museo y, tal vez, quién sabe, había dirigido el diario o escribía allí una columna sobre libros, a lo mejor, o la historia del lugar (en las ciudades pequeñas sucede eso: una misma persona asume varios oficios), estaba aquí protegiendo todo lo que debía proteger para que la memoria de los suyos no desapareciera. Entonces cómo no iba a cuidarnos también a nosotras, pensé. Y comprendí lo que Jaz había notado cuando entramos, porque mi hermana muchas veces veía lo que los demás no, los mínimos detalles.

Y era que allí, por un breve o largo plazo, cómo saberlo, estaríamos a salvo.

*

Lo que debía hacer a continuación me resultó tan claro, tan sencillo, que me asombró no haberme dado cuenta antes. Tenía que contarle a Mamá Pura nuestra historia. Ella, cuando mejorara, sabría qué hacer a continuación. Nos haría nuevos documentos, porque los nuestros habían quedado en alguna de las casas, ya ni recuerdo cuál. Anotaría nuestros nombres, las fechas de nacimiento, los nombres de mamá y papá. Sí, eso haría Mamá Pura para que Jaz y yo quedáramos registradas, para que tuviéramos un papel que dijera quiénes éramos y

nos permitiera traspasar fronteras. Tal vez hasta escribiría un artículo sobre nosotras, con nuestra foto, para la portada de su diario. Y si a ella le parecía bien podía darle algo mío para el museo. No digo que yo tuviera una antigüedad ni nada valioso, pero podría exhibir la pulsera que me había tejido una amiga del refugio y poner una nota que dijera: "De Zinnia, cuando corrió". Porque después de todo eso sería parte de la historia, algún día.

*

Comencé por presentarnos:

—Me llamo Zinnia y ella es mi hermana menor, Jazmín, pero a mí me dicen Zinny y a ella, Jaz.

También le dije en qué ciudad había nacido cada una y seguí.

—Mamá acababa de recibirse de profesora de Matemática cuando me tuvo y ese fue el primer cuento que ella me contó. Digo cuento porque por las noches, cuando me acostaba, en vez de inventar historias o buscar un libro infantil, ella me narraba pedacitos de su vida y de la de papá. Y la del estudio era así: el papá de mamá, o sea nuestro abuelo, no quería que ella estudiara. No es que estuviera prohibido, pero el abuelo venía de un país en el que los hombres eran hombres y las mujeres eran mujeres y esa diferencia era bien clara y precisa. Y en su país las mujeres no estudiaban sino que nacían, vivían y servían para mantener el hogar, por lo que no precisaban saber más que lo básico. Y nunca había deseado cambiar. El abuelo, digo. Nunca sintió o supo o descubrió que había algo más que lo que conocía, realidades mejores, más justas que la que él había dejado detrás de alguna frontera. Por lo tanto solo atinó a repetir y mantener aquella cultura que traía a cuestas, en la que la mujer valía según su utilidad. Pensaba, él, que todo ese tiempo que mamá o cualquier otra chica invertía en aprender cosas que nunca le servirían para nada, como el principio de Arquímedes o los nombres de las montañas de América, debía usarlo en aprender a coser, a cocinar, lo que la mujer hace en una casa. En cambio, a la abuela le gustaba la idea de que mamá estudiara, que fuera independiente, que no tuviera que quedarse encerrada en la casa trabajando, encima gratis y sin descanso, para los

que vivieran con ella.

»Lo hicieron de este modo, entonces: después de que el abuelo salía a trabajar, mamá, sin que él supiera, se iba al instituto tal como si fuera a hacer las compras en el mercado, así los vecinos tampoco le prestaban atención y no comentaban. Y debía volver antes de que su padre regresara, con el pan, las verduras, la leche para el día siguiente. Mamá me contaba que comprar una docena de huevos le llevaba, justamente, doce días, porque iba trayendo de a uno por vez. Y si alguna vez el abuelo se enfermaba, ella faltaba al instituto, pero su padre tenía una salud de hierro y muy poco interés por la vida cotidiana de las mujeres de su casa como para andar preguntando sobre lo que hacían. Además, a lo largo de esos años la abuela y mamá habían construido una mentira tan eficaz, tan perfecta, que podían pasar toda la cena conversando de lo que habían hecho juntas aquella misma tarde, cuando en realidad mamá no había estado allí.

»Mamá era hija única. Después de parirla la abuela comenzó a perder, metódicamente, embarazo tras embarazo. Yo creo que por eso la ayudaba tanto, para que su hija tuviera algo a que aferrarse si le pasaba lo mismo, si resultaba inservible a los ojos del marido por no poder multiplicar hijos como se multiplican granos de arena en una playa.

»En la universidad mamá conoció a papá. Él estudiaba Biología. Se entendían muy bien. A veces papá nos mostraba la hoja de un árbol, señalaba las nervaduras a contraluz y repetía palabras que me encantaban: lanceolada, obcordada, romboidal, y mamá enseguida aparecía para hablar de secuencia de Fibonacci, número áureo, fractales. Simetría y patrones. La matemática nació con la naturaleza, decía papá. La matemática explica la naturaleza, le devolvía mamá.

»Al abuelo le dijeron que se conocieron en casa de una de las primas de la abuela, que papá era un pariente lejano de alguno de ellos, nunca quedó en claro de quién. El abuelo no puso objeción, le gustó ese yerno inteligente y formado, digno, y pensó que le daría una buena vida a mamá. Cuando por fin se enteró de que mamá también estudiaba, que hasta daba clases, creyó que la idea había sido del esposo moderno. Que en esos dos años entre que se casaron y me tuvo a mí había completado todos los estudios. Y le pareció una picardía

que su hija no se ocupara de la casa, pero ya no era su problema, él ya la había entregado a otras manos.

»No recuerdo a los padres de mamá. Vivían lejos, y por eso de las fronteras y las despedidas y tantas casas fuimos alejándonos cada vez más. Pero mamá me contó que una vez el abuelo me llevó a su trabajo, que me sentó frente a su gran escritorio y que a mí me maravilló la cantidad de sellos que tenía y que supiera cuál debía estampar en cada papel, sin mirar siquiera. Por eso durante años creí que su oficio era el de sellador y que tenía manos gigantes y nudosas. De la abuela, mamá me contó que olía a vinagre y que abrazaba fuerte, como abrazamos a quienes no sabés si volverás a ver.

10

—Mamá Pura está cansada —interrumpió Jaz.

A mí me parecía que Mamá Pura llevaba ya descansando largo rato, que tenía encima todo el descanso del mundo, pero Jazmín era la intérprete de sus necesidades y fue ella la que se durmió enseguida en cuanto dejé de hablar.

A todos los maravillaba la capacidad de Jaz de dormir en cualquier lugar, en cualquier circunstancia y por tiempos tan prolongados. Aunque en verdad no era que dormía… Jaz tiene algo de capullo. Se enrosca sobre su cuerpo hasta que resulta imposible distinguir cabeza de pies y así se renueva, resiste. Muchas horas después abre los ojos como si nada y retoma lo que estaba haciendo, como si no hubiera habido ninguna pausa.

Y tal vez eso era, también, lo que estaba haciendo Mamá Pura. Un escalofrío se me deslizó por entre los hombros mientras veía dormir —o lo que fuera que estuvieran haciendo— a ambas. Entre ellas parecían compartir un lenguaje que yo no hablaba. Entre ellas, pensé, se comprendían de un modo en que yo no comprendería nunca. Me pregunté qué haría si a la hora de partir Jaz prefería quedarse con la mujer, y comencé a hacer una lista de todas las situaciones que podrían derivar de aquello. Pero luego la borré en el aire con un gesto de la mano. Yo también estaba cansada.

Un rato más tarde reinicié nuestra historia, aunque Jaz seguía con los ojos cerrados y no me había dado el permiso de Mamá Pura. Pero qué más daba. No tenía otra cosa que hacer.

*

—La historia de papá era muy distinta. Nació detrás de otra frontera en una familia enorme, tanto que a veces confundía la cantidad de

hermanos que tenía. Eran cinco o siete, seis o nueve, nunca estaba seguro. El padre pasaba gran parte del año en las cosechas, se movía a donde le decían que había trabajo y regresaba al hogar apenas el tiempo suficiente para hacer un hijo nuevo y ya volvía a marcharse, a sembrar papas o recolectar fruta. Cuando escuchaba esa historia yo decía que no estaba bien, que un padre que no te veía crecer no podía ser un buen padre. Pero papá decía que el hombre nunca había dejado de enviar dinero. Incluso cuando llegaban noticias de heladas, de plantaciones perdidas, de revueltas allí por donde andaba, los cheques seguían llegando para mantener a la prole, y que nunca había olvidado o confundido el nombre de ninguno de ellos.

»En la casa las hijas mayores se ocupaban, a la par de la madre, de las tareas domésticas y la crianza de los más pequeños y papá, que era el menor de todos, había aprendido a llamar "ma" a todas ellas. A veces parecía, por como hablaba de su infancia, que de verdad creía que esas hermanas suyas habían sido sus madres. Y yo lo envidiaba, porque un chico con tantas mamás tenía que haber sido inmensamente amado.

»Los hermanos de papá, los varones, un poco trabajaban y un poco mendigaban, lo que pudieran y supieran hacer. Es que eran tantos allí que nunca alcanzaba nada. También comenzaban la escuela, eso sí, aunque abandonaban a medida que los aburrían las lecciones o se cansaban de los aplazos. Papá abandonaba y volvía. Y otra vez lo mismo. Hasta que descubrió cuánto le gustaba aprender sobre todo lo que estaba vivo: la sangre que le llenaba la boca cuando peleaba con alguien, las lombrices que juntaba para ir a pescar, las plantas que cuidaba su madre en el fondo de la casa. Y entonces no volvió a dejar el colegio, y cada dos monedas que ganaba, una la aportaba al hogar y la otra la guardaba para seguir estudiando.

»Y eso hizo siempre, continuó enviando dinero a la familia hasta que el abuelo murió en alguna plantación en donde tenía que trabajar demasiado para ganar muy poco, y días después murió la abuela, así sin más, porque a pesar de que se habían visto un par de veces al año durante la mayor parte de sus vidas, ninguno podía vivir sin el otro.

»Para ese entonces los hijos ya se habían ido, las fronteras los fueron separando, se desperdigaron entre patrias y tierras y tal vez unos se

olvidaron de los otros…

»Con Jaz, en la tercera casa, habíamos inventado un juego. A la tarde espiábamos por las ventanas que daban a la calle tratando de adivinar, entre la gente que pasaba, quién era un tío o una tía. Quién se parecía a papá, reía similar o daba los mismos pasos largos y apurados. De este modo nuestra familia fue creciendo de manera considerable. A cada supuesto tío encontrado le poníamos un nombre y luego, para los cumpleaños, le enviábamos una invitación a direcciones que no existían.

—Pero les llegaban —dijo Jaz, abriendo un ojo.

—¿Qué cosa?

—Las invitaciones, a los tíos.

Entonces recordé que Jaz era muy pequeña para entender el juego, que tal vez había pensado que esas personas que veíamos en la calle de verdad eran nuestra familia y que de verdad los invitábamos a nuestras fiestas. Y no quise, en ese momento, explicarle.

—Sí, claro que les llegaban. Pero vivían lejos. ¿Sigo con la historia?

Mi hermana miró a la mujer y dijo:

—Mamá Pura dice que sí.

—La primera casa —comencé.

—La primera casa es importante —dijo Jaz.

11

¿Cuándo comienzan los recuerdos? ¿Sucede que un día algo se activa en uno, algo que estaba latente o creciendo o armándose como un juego de bloques y entonces ya es posible acumular instantes en la memoria? Un segundo, nada, lo mismo que había antes de nacer. Y de pronto llueve y los charcos del jardín se llenan de renacuajos. Y recordás la humedad, el olor del pasto, los bichos negros.

—Tenía puesto un vestido naranja. Hacía calor. Mamá estaba adentro, trabajando. Llamé a mis primos. Yo nunca había visto un renacuajo, y con esos proyectos de ranas es que nace mi memoria. Pequeños puntos con cola moviéndose en un poco de agua. El descubrimiento de la vida. Tenía cuatro recién cumplidos, lo sé porque el vestido me lo habían regalado para mi cumpleaños (que no recuerdo, me lo contaron) y fue la única prenda que acepté usar por mucho tiempo.

»La primera casa fue la casa de los renacuajos. Vivíamos en las afueras y compartíamos el terreno con el único hermano de papá que conocí, su esposa y sus dos hijos: Samy, una niña de cinco cuando yo tenía cuatro, y Carlo, un varón de dos.

»Los tíos habían levantado su casa en la parte de adelante. Nosotros, en la de atrás, el jardín del medio lo compartíamos. Las casas eran muy sencillas, apenas una sala con cocina, dos cuartos, un baño. Todo construido como se podía, con algunos ladrillos comprados y otros encontrados por ahí. Con algún consejo de alguien que sabía y mucho ingenio de los que no tenían ni idea, o sea los tíos, mamá y papá.

»La casa de adelante era amarilla. La nuestra era turquesa. Porque no importaba demasiado que las paredes estuvieran torcidas o que les faltaran vidrios a las ventanas, pero el color nunca faltaba.

»Para poder cuidarme mamá y papá se turnaban con sus clases. Mamá enseñaba en un colegio por la mañana. Papá en la universidad

por la tarde. Y hasta entrada la noche ambos recibían a alumnos particulares en la casa. Yo, en tanto, era libre de andar por el jardín, por la casa de mis tíos, por la nuestra, y eso era lo que hacía, siempre junto a Samy. Éramos tan unidas que mamá nos llamaba el monstruo de dos cabezas, y aquella era la broma de todos en las casas: ¿Dónde está el monstruo de dos cabezas? Veo solo una cabeza, ¿a dónde habrá ido la otra? Llega el monstruo y pegadas, sus dos cabezas.

—Mamá Pura quiere que le cuentes del violín —dijo de pronto Jaz. Me quedé mirándola, como intentando recordar dónde estábamos, qué hacíamos allá, quién era Mamá Pura. Y entonces perdí el hilo de lo que estaba contando. Porque no quería hablar del violín. Porque pensaba en ese violín y se me llenaban los ojos de lágrimas, pero yo no lloraba. Porque el violín era algo así como el título de todo lo que había ido perdiendo. *El* violín.

Preferí hacer como que no había escuchado y seguí.

—Como esa fue la casa en la que empezó mi memoria, recuerdo algunos momentos como fotografías. O como videos, porque hay movimiento y sonidos. Uno: una tarde de invierno aparece un gato gris en el patio. Samy y yo lo adoptamos, le damos de comer, le armamos un rincón y juguetes con pedazos de tela con los que también vestimos a las tres muñecas que tenemos entre ambas. Esa misma noche el gato se va. Y nosotras quedamos huérfanas de hijo, lo lloramos, hacemos dibujos de él a falta de fotos, y le ponemos un nombre secreto que nos prohibimos pronunciar y por eso olvidé. Otro: le pego a mi primo con una rama porque me está molestando y él corre a denunciarme. Mi primo sangra, le hice un corte minúsculo en el brazo con el que intentó atajar el golpe y pienso que nunca me van a perdonar, que hacer sangrar a otro es el crimen más atroz, así que armo un plan para escapar de casa y vivir el resto de mi vida de hacer malabares en las calles.

»La casa de los renacuajos fue mi infancia. Fue como un recreo que duró menos de lo que esperaba. O tal vez no lo estaba viendo desde la perspectiva correcta. Fue una muestra de cómo eran las vidas de millones de chicos que vivían en muchos otros lados, pero no allí. O tampoco: fue como ver un accidente. Porque uno no elige dónde nace, quiénes son sus padres, no elige el tiempo ni la infancia, solo suceden.

—Y entonces lo del violín —dice Jaz.

Y entonces el violín.

—Está bien— le digo a Jazmín—, si eso es todo lo que te interesa.

—A mí no. A Mamá Pura.

Por supuesto. Mamá Pura debía saber mucho de mi vida para insistirme con que hablara del violín. Pero cómo discutir con ella, si con esa manía de no responder a nada era como si se quedara siempre con la última palabra.

12

—Yo nunca tuve un violín, pero mi hermano mayor tenía una pandereta. Se la rompí.

La voz sonó a mi espalda, ronca y veloz, y a mí se me escapó un grito agudo que enseguida cubrí con las manos. Pero con las manos sobre la boca el que quería salírseme del cuerpo era el corazón.

—¿Por qué la rompiste? —preguntó Jaz mirando hacia algún punto detrás de mí, con la misma naturalidad con que hablaba con Mamá Pura y todos sus otros fantasmas.

Me di vuelta lentamente, preparada para el golpe, el arma, el empujón, lo que fuera que me esperara.

Pero para eso no, para eso no estaba preparada.

El chico estaba sentado sobre el piso con las piernas cruzadas y parecía pensar su respuesta con bastante dedicación. Era pequeño y flaco. Una lauchita, hubiera dicho mamá. Esqueleto con patas, hubiera dicho papá. Tenía mucho pelo negro, enredado y duro, ojos oscuros y estaba increíblemente sucio.

—Le rompí la pandereta porque yo también quería una y a mí no me habían hecho ningún regalo —dijo mirando a Jaz.

—¿Por dónde entraste de dónde venís cuántos años tenés con quién estás qué hacés acá qué está pasando afuera? —Las preguntas me brotaron desordenadas y superpuestas.

El chico se encogió de hombros y señaló un rincón al lado del piletón. Me acerqué en cuclillas y vi el agujero que hasta hacía un rato había permanecido oculto detrás de unas cajas. Cómo no lo había visto, cómo no había buscado mejor, cómo nos había puesto en esta situación, porque el niño se iría en cualquier momento, avisaría que estábamos acá, nos regresarían…

Pero era tan pequeño ese hueco… apenas podría pasar una comadreja, un conejo minúsculo, un poco de polvo.

—Tengo once —dijo él mientras yo volvía a poner en su lugar las cajas que había empujado para entrar. Lo miré y no le creí. Parecía de ocho, aunque ya no tenía voz de bebé y yo había visto otros chicos así, que no habían crecido por falta de alimentos y que aprendían a sobrevivir casi como animalitos. Como comadrejas, como conejos minúsculos.

—Bien —por fin me levanté y lo encaré, ese lugar lo había encontrado yo, era mi reino y nadie lo había invitado—, no podés quedarte, no hay comida. Tampoco podés irte así nomás, irías a avisar sobre nosotras y…

—Isa —me interrumpió.

—¿Qué?

—Me llamo Isa. Y no le voy a avisar a nadie. Solo quiero saber del violín.

—¿Qué violín?

—El de la historia.

Y enseguida buscó algo en su mochila y, cuando lo encontró, me lo ofreció. Era una galleta marinera. El gesto me enterneció y tuve que luchar contra ese instinto. No podía encariñarme. No podía quedarse con nosotras. No podía ocuparme de nadie más.

—Por la historia —dijo él.

Yo no supe si abrazarlo o pegarle. Si contenerlo o darme por ofendida. Me estaba pagando lo que consideraba que valía mi cuento.

Por mi cabeza desfilaron imágenes de noches de relatos en cada una de las casas, en el camino. Nunca había faltado quien comenzara a contar mientras los demás nos congregábamos a su alrededor, grandes y chicos, con la única intención de escuchar una historia que no fuera esta, una historia que, por un momento, nos permitiera olvidar que estábamos allí, lo que estaba pasando, lo que habíamos dejado, lo que estaba por llegar.

Acepté la galleta de Isa y seguí.

13

—Olvidé el nombre del dueño del violín o tal vez nunca lo supe. Era uno de los alumnos de mamá, que estudiaba música antes o al finalizar la clase de matemática. Un día, después del episodio de los renacuajos —si no, no habría podido recordarlo— olvidó el violín en casa, adentro de su estuche, y mi prima y yo preguntamos a mamá si podíamos verlo. Ella dijo que no, que era un instrumento delicado y que éramos pequeñas para manipularlo. Y como ella dijo que no, en cuanto dejó de prestarnos atención atacamos sin ningún cuidado las hebillas del tesoro y nos hicimos con el botín.

»Era un hermoso violín, de madera clara y sonido más claro aún. Yo lo tomé con cuidado, me lo apoyé en el hombro como había visto no sabía dónde e hice como que tocaba con un arco invisible la más increíble música. No es que el violín viniera sin arco, es que mi prima se había adueñado de él y lo había convertido en espada y andaba por la sala luchando alguna batalla a la que yo no había sido invitada. Pero por primera vez no me importó no ser parte de su juego porque tenía el violín y, a pesar de mi edad, comprendí que aquello estaba lleno de posibilidades, que algo latía en él. Y entonces, a mis cinco, no quise ninguna otra cosa en la vida más que aprender a tocarlo.

»No sé qué vio mamá mientras me veía, porque hacía un buen rato que estaba parada en un rincón, que sabía que yo estaba soñando despierta y que Samy y su espada eran un peligro para el arco y para todo lo que había en la casa, pero sin embargo no nos quitó el instrumento enseguida, no nos retó demasiado tampoco, porque algo había entendido. Tal vez lo mismo que yo.

»Cuando por fin nos dimos cuenta de que mamá estaba ahí, con su alumno al lado que había venido a buscar el instrumento olvidado, mi prima lanzó el arco a su espalda, como si nunca lo hubiera visto. Pero yo no pude deshacerme de mi prueba del delito. Toqué un par de

cuerdas, muy despacio, para despedirme, y luego lo entregué a su dueño como se entrega lo más frágil y preciado.

»Esa noche, me contó papá tiempo después, no volví a hablar. Pero no estaba enojada. Un poco frustrada, tal vez. Lo que sucedía era que algo se había inaugurado en mí, tal como me había sucedido con la memoria. Algo se había abierto, el dique de un nuevo deseo, un conocimiento. Sí, creo que era eso, desde ese momento sabía algo y ese algo se había hecho parte de mí.

—Pero se llevaron el violín —dijo Isa—, yo lo hubiera roto antes que darlo.

—Es bueno saber que vas a romper cualquier cosa que no sea tuya —respondí y por un momento temí por todo lo que había en la casa, aunque nada nos perteneciera.

—¿Esa es toda la historia? —volvió a preguntar él.

—Si no te parece suficiente te devuelvo la galleta —ofrecí y al momento Jaz le hizo un gesto con la cabeza y él bajó la vista, como avergonzado. Yo terminé de contar:

—La semana siguiente volvió el alumno y volvió el violín. Y esta vez se quedó. El violín, digo. El chico me dijo que ya le quedaba pequeño, que le habían comprado otro. Que pronto dejaría de tocarlo y que los instrumentos en sus estuches, solos, morían de pena. A mí sus palabras me resultaron muy dramáticas y profundas, y recuerdo que me paré bien derecha y recibí el violín con una reverencia, como si fuera el traspaso de una bandera.

»Varios años después me enteré de que mamá había intercambiado violín por clases de matemática, pero nunca le dije que sabía. Así que de pronto era dueña de esa maravilla, pero no exactamente del cien por ciento. Resultó que debía compartir el instrumento y el estudio con mi prima. Y por primera vez lamenté que todo lo hiciéramos juntas y que fuéramos un cuerpo con dos cabezas. Pero cómo separarlas sin dolor.

14

Comenzaba a anochecer y se me ocurrió que contar historias tal vez sirviera para postergar la cena. Aunque en verdad estaba esperando que Isa se fuera (lo cual también era motivo de preocupación) o se quedara dormido y así no tener que compartir la comida con él.

—El único profesor de violín que encontró papá y que podían pagar era un hombre tan viejo, tan encorvado, tan perdido detrás de su cabello largo, su barba larga, su boina negra, y olía tan a… a pasto muerto, a carne seca, a algo que sigue estando en mi nariz pero que no puedo explicar, que a Samy y a mí primero nos dio mucho miedo y no queríamos saber nada con acercarnos a él, y luego nos dio mucha risa.

»El maestro se llamaba Anton y pronto le inventamos un pasado de director de orquesta los fines de semana y de vagabundo que tocaba en las calles de lunes a viernes. Pero él terminó ganándonos con la música. Cuando lo oías tocar te olvidabas de la edad, del cuerpo torcido, y solo deseabas que no terminara nunca.

»Recuerdo que antes de la primera clase papá me había explicado que la música que aprenderíamos sería muy distinta de la música que escuchábamos a diario, que el maestro Anton nos enseñaría los clásicos y que había que darse tiempo para entender y asimilar esas melodías. Creo que temía que Samy y yo nos aburriéramos antes de haber empezado siquiera. Por eso, cuando Anton nos mostró en su teléfono celular videos de chicas apenas más grandes que nosotras tocando una música que parecía abrirte el pecho, buscar un rincón allí y anidar, para luego hacerte vibrar y reír y llorar, todo junto, a mí se me voló la cabeza. Y quise aprender a tocar hasta los clásicos porque entendí que había un orden, un método para lograr, un día, tocar la música que amabas, aunque aún no sabía muy bien cuál era.

»Anton nos enseñó cómo pararnos, cómo sostener el arco y cómo tocar las cuerdas al aire para que sonaran sol, re, la, mi. Pronto todo

mi mundo fue el violín y el mundo de Samy fue… el arco. Pasé horas tocando las cuerdas con los dedos porque Samy era la dueña absoluta de su espada de fantasía. A veces lamentaba que el alumno de mamá no se hubiera olvidado una guitarra, por ejemplo, o una flauta traversa. Aunque en verdad lamentaba tener que compartir con Samy.

»Pero cómo iba a dejar de tocar, si aquello ya era parte de mí. El maestro Anton lo sabía, incluso lo había espiado cuando hablaba con papá y mamá sobre mi precocidad, sobre mi talento innato, sobre mi disciplina, y lo amé. A Anton. Porque él sabía.

—Le pagaban por enseñarte —me sermoneó Isa—, si no aprendías nada no lo iban a llamar más.

—No, no es así. Tantas veces, cuando sos niña, sos invisible para los demás. No te toman en cuenta. Pero Anton me veía.

Isa se encogió de hombros, tal vez consideraba que no valía la pena discutir con una chica.

—Una tarde me enojé tanto por tener que rogar por el arco, por no tener el violín a mi disposición cuando quería, porque yo de verdad deseaba practicar, por la falta de responsabilidad, ignorancia artística y desinterés cultural de mi prima, sí, todo eso sentí a mis seis, que hice lo que cualquiera haría en mi situación: escondí el instrumento.

—Yo lo hubiera roto —insistió Isa.

—Entre mi casa y la de mis tíos había un minúsculo cobertizo en el que se guardaban herramientas, ese fue el lugar que elegí. Detrás de unas maderas hice una especie de nido con una bolsa de arpillera y ahí lo apoyé, con cuidado. Porque una cosa era esconderlo y otra maltratarlo. Más tarde diría que lo tenía Samy, que se lo había llevado y todos la culparían por perder algo tan valioso. Yo lo encontraría luego de una larga y penosa búsqueda, sería la heroína de la historia y, claro, el violín y su arco serían desde ese momento solo míos.

—Solo tuyos —dijo Jaz, mirándome fijo porque era la única que conocía esa parte de la historia. Se la había contado una noche en que los ruidos que nos llegaban eran tan inquietantes, tan inmensos, que lo único que se me ocurrió para taparlos fue ponerle voz a lo que nunca había contado. Desde entonces ella volvía a pedirme que le contara lo mismo. Yo sabía que a los niños les gusta escuchar el mismo relato una y otra vez. Sin embargo a veces pensaba que Jaz no terminaba de

comprender que esto que le contaba era real, que había sucedido—. Pero no lo encontraste.

—No. No lo encontré.

15

Aquí me encojo de hombros y te digo:

—Esa es la historia de mi vida, del violín para acá.

—Yo también perdí un montón de cosas. Había un muñeco… un superhéroe que me gustaba un montón.

—Te estás burlando.

—Me estoy burlando. Pero entiendo a qué te referís.

—¿Vos qué dejaste atrás?

Se hace un silencio en el que se cuelan todos los grillos del mundo y hasta la inmensidad de estrellas que nos cubre parece hacer ruido.

—Conocí a muchos chicos como ese Isa —decís, cambiando de tema—, ¿te imaginás andar solo a esa edad?

—Como conejos minúsculos.

—Como comadrejas.

—No pensé en Isa en el momento en que lo vi… Pensar en él como se merecía… qué hacía ahí solo, a quiénes había perdido o dejado atrás, cómo había sobrevivido… Si sabía de dónde venía y a dónde iba, si alguien lo esperaba o lo buscaba. Le hice alguna pregunta, sí, pero entendí que debía respetar su silencio, como si un chico de esa edad pudiera elegir. Todo en ese momento me pareció… natural… ¿Habrá otros lugares en donde nos parezca natural ver a un chico de ocho, once años, cuidando de sí mismo, totalmente solo en el mundo?

Como respuesta se te escapa un silbido largo, una versión aguda de un suspiro.

—No me di cuenta de lo que estaba viviendo Isa en ese primer momento —sigo—, tampoco me di cuenta de la suerte que habíamos tenido mi hermana y yo por haber hecho casi todo el camino con nuestros padres. Y la suerte de seguir estando juntas… ¿Sigo contando o ya te aburriste?

—Puedo pasar la noche entera escuchando tu voz.

—Te gustan las frases cursis.

—Me encantan.

16

Seguí contándole nuestra historia a Mamá Pura para que ella, cuando se recuperara, nos dijera cómo seguir. Y no me importó que Jaz se hubiera vuelto a dormir y que Isa hubiera desaparecido de pronto. Bueno, sí, eso me importó. Esa laucha se había ido por el mismo agujero por el que había entrado sin siquiera tener la decencia de volver a taparlo. Pero yo estaba muy cansada para ocuparme de él o para pensar en todas las cosas que podían suceder si regresaba con alguien, si avisaba dónde estábamos, así que solo seguí hablando con la esperanza de que mi voz sonara más fuerte que la voz de mi cabeza que me decía que debíamos correr, que Mamá Pura no podría protegernos cuando llegaran los otros, cuando vinieran a levantar nuevos muros.

*

—Había escondido el violín por la tarde. Desde ese momento y hasta la hora de acostarme lloraría, culparía a Samy, haría como que lo buscaba, despotricaría contra el mundo entero. Me dormiría abrazada al estuche. Y a la mañana siguiente lo encontraría en el cobertizo, en donde a nadie se le habría ocurrido buscar.

»Pero claro que el mundo tenía que cambiar en ese instante, claro que iba a perder el violín y que eso no sería, para nada, lo más doloroso.

»Porque a la madrugada, cuando apenas comenzaba a clarear, llegaron unos hombres y comenzaron a levantar un muro.

»Un muro.

»Allí estaba yo, ni siquiera del todo despierta y en camisón, queriendo correr hacia el jardín cuando papá me atajó, me abrazó fuerte y no me dejó ver, como si estuviera pasando algo horrible o

prohibido.

»Pero en verdad todo sucedía de manera ordenada. Los otros habían llegado con varios camiones de los que habían bajado unas enormes estructuras de chapa que plantaban en nuestro jardín. Chapas altísimas que se hundían en un surco en el que quedaba enterrado todo lo que había a su alrededor: esa alegría cotidiana que habíamos construido, esas palabras que queríamos decirnos.

»El muro creció rápido y alto y pronto tapó la luz. En algún momento papá me dejó sobre la cama, me pidió silencio con un gesto, me dijo que no me moviera y se fue de mi cuarto. Y a mí me salió correr hacia el muro, claro, allí incliné mi cuello hacia atrás todo lo que pude para ver dónde terminaba, lo toqué, incluso. Lo recuerdo caliente, vibrante. Como un monstruo que se sacudía y crecía delante de mí.

»Mucho tiempo después me di cuenta de todo lo que aquello significaba. Pero en ese momento lo único que me importaba era avisar a mamá y a papá que las chapas que estaban dividiendo en dos nuestro jardín iban a dejarnos a nosotros de este lado y la casa de los tíos, los primos y el cobertizo estaban a punto de desaparecer del otro. Pero era tarde. Y ya nadie encontró el violín.

El violín era algo así como el título de todo lo que había ido perdiendo. *El* violín. Por eso la historia me dolía, porque cuando recordaba lo que había dejado atrás debía comenzar por la casa turquesa, el violín, y luego llegaba el momento de hablar de las personas.

—Los muros no habían hecho otra cosa que brotar de la tierra a cada paso. Como malas hierbas, como venenos, como espinas. Los muros nos fueron llevando, nunca elegimos el camino.

*

Le dije a Mamá Pura que yo era una gran violinista sin violín, que nunca había dejado de estudiar y que decenas de canciones habían sonado solo en mi cabeza, pero ya nadie me escuchaba. Jaz había abierto los ojos y miraba el techo balanceándose apenas, dejándose mecer por su propia música interior, que es el modo que tiene de

dejarse ir cuando está despierta. De Isa no habíamos vuelto a tener noticias y la segunda noche en la casa tenía un aire a resignación que me puso triste.

Abrí para las tres una lata de garbanzos, compartí con Jaz la galleta marinera y medí muy bien la cantidad de agua que teníamos permitida. Y luego me acosté en el sillón.

Pero no me podía dormir. Porque los muros traen muros, los siembran y cosechan, se hacen parte de uno. Y allí, esa noche, me di cuenta de que jamás había dejado de sentirme aprisionada.

Nunca les había dicho a mamá y a papá dónde estaba el violín, porque decirlo sería acusarme del delito y para qué, si ninguno de ellos lo había vuelto a nombrar luego de aquella mañana. Qué importancia podía tener un violín perdido cuando habían perdido todo lo demás.

Ahora sabía, claro, por qué se había levantado ese muro. No era el primer muro del mundo y nuestra historia ni siquiera era original. Entendía que el país se había partido en dos y que a cada bloque no le alcanzaba con marcar una línea imaginaria para defender su tierra, sus ideales, su política, su gente. O tal vez no se trataba de defender sino de apoderarse de la tierra, los ideales, la política, la gente. La extraña idea de defendernos de la amenaza exterior manteniéndonos a resguardo, aislados. Y comenzaba a entender a quienes, como el abuelo y papá, cruzaban fronteras en busca de una nueva vida. Porque a veces quedarte en tu tierra no era la respuesta.

Y entendía más. Que de pronto habíamos perdido nuestro lugar, la familia, la posibilidad de elegir. Lo único que me faltaba entender era qué nos quedaba.

*

Aquel día, el del muro, cuando por fin me sentí segura de regreso en los brazos de papá, me di cuenta. Samy también había quedado del otro lado.

Acababan de cortarme una cabeza. El monstruo de dos cabezas había perdido una de ellas. Y se me ocurrió que tal vez esta gente que había llegado había oído sobre nosotras y pensaba que era cierto, que

éramos un monstruo y que debían separarnos para salvar a los demás. Yo era el monstruo, no el muro. Porque había escondido el violín, porque había pensado en acusar a mi prima, porque por mi culpa nos habían convertido en dos que ya no podían volver a unirse.

Mientras me atribuía los males del mundo, mamá y papá recogían todo lo que podía recogerse. Esa fue la primera vez que fui testigo de esa coreografía que parecía estudiada, de esos movimientos sincronizados, de ese arte de reunir toda tu vida en un par de bolsos para dejar un hogar y comenzar (o seguir, o como se llamara esto que venimos haciendo desde entonces) en otro lado.

17

—El desayuno.

Este sobresaltarme por vocecitas ya me estaba cansando. Terminaría por matar a alguien si seguían sorprendiéndome de ese modo. Me refregué los ojos, allí estaba Isa mostrándome lo que hasta hacía un rato había sido una saludable liebre, pero que ahora colgaba muertísima de su mano.

—Nunca desayunamos liebre —fue todo lo que se me ocurrió decir mientras lo empujaba suavemente para que ni se le ocurriera apoyar el animal sobre mi sillón.

—Yo la preparo —informó, y sin más palabra comenzó a despellejarla con pericia sobre unos diarios. Se notaba que ya lo había hecho antes, lo de cazar y despellejar, y tal vez no solo liebres.

Me quedé observándolo interesada y curiosa. Quería preguntarle todo, saber de dónde venía y a dónde iba o volvía cuando nos dejaba. Quería saber qué había pasado con sus padres y cuál era, en definitiva, su historia. Pero había aprendido a no hacer preguntas y que cada uno contara lo que quisiera, y pudiera, a su debido tiempo. Así que lo dejé hacer, y lo único que deseé fue que no se hubiera acostumbrado a comer carne cruda. Pero enseguida buscó un libro y también lo destripó, sin pedirme permiso, esta vez para encender un pequeño fuego dentro de la pileta, como un náufrago en una isla desierta que no tiene que rendirle cuentas a nadie.

Igual yo dije:

—No sé si preguntarte por qué te fuiste o por qué volviste.

Él hizo como que no me había oído o no me había escuchado de verdad y a los pocos minutos me entregó un trozo de carne que estaba caliente y medianamente cocido y, además, sabroso. Y sospeché que Isa siempre daba algo para recibir otra cosa: un cuento, un lugar donde estar, una mirada. Que en su mundo nada había sido gratuito.

Ni un cuento, ni un lugar donde estar, ni una mirada. Y después de eso ya no me pareció tan peligroso que fuera y volviera (más si traía comida), aunque tampoco me terminaba de gustar.

—¿Le dijiste a alguien que estamos acá? ¿De este lugar? —pregunté sabiendo que difícilmente respondiera la verdad.

Dijo que no con la cabeza.

—¿Querés que siga contando?

Dijo que sí del mismo modo mientras daba mordiscos a su porción, que era de lo más insignificante. Había separado la mayor parte para nosotras, y otra vez tuve ese impulso de abrazarlo, de frotarle la cabeza, de decirle comé, total a Mamá Pura no le hará bien la liebre, total aquí hay más comida, ya haremos que alcance para todos. Pero otra vez no dije nada, porque también a callar había aprendido.

—La segunda casa quedaba del mismo lado del muro pero bastante más lejos. Por lo menos ya no veíamos el paredón, ya no cortaba nuestra familia en dos, ya no podíamos chocar contra las chapas.

»En realidad no era una casa, era más bien una habitación sin ventanas al fondo de un largo pasillo al que daban muchas otras habitaciones en donde vivían otras familias que también estaban yendo o viniendo de algún lugar. Por eso el sitio era un manojo de ruidos, de gritos, de olores, de movimiento, y todo aquello se colaba por los resquicios de cada puerta por más cerrada que estuviera y por eso siempre sabías qué les andaba pasando a los vecinos.

»Recuerdo que los primeros días viví aterrorizada, aferrada a los bordes de la ropa de mamá como si fueran los bordes de un precipicio y preguntando por mis primos, mis tíos, la casa turquesa.

»Pero por el violín, no. Por el violín no volví a preguntar.

»Allí mamá cambió. Con su trabajo y sus alumnos al otro lado del muro, por un tiempo prefirió esconderse detrás de un enojo sólido y silencioso que me incluyó también a mí. También conmigo estaba enojada y eso me pareció bien. Me lo merecía.

*

—En la primera habitación a la izquierda, la seis, vivía un hombre al que le faltaba una mano y a quien, por supuesto, todos llamaban el

manco del seis.

»El manco había sido militar de un ejército que ya no existía y nadie sabía si había sido de los buenos o de los malos. Seguía llevando su viejo uniforme con dos medallas y mantenía una actitud de soldado que al principio intimidaba a todos, pero pronto, gracias a sus contactos, se convirtió en el portavoz de lo que sucedía afuera.

»Una vez espié una conversación entre papá y él. El manco le decía que había que estar muy atento para entender de qué lado del muro convenía estar, aunque aún nadie había encontrado el modo de traspasarlo. Le dijo a papá, el manco, que ojos bien abiertos y boca bien cerrada. Porque los que habían levantado el muro estaban empezando a llevarse a la gente que no entendía… a los que seguían protestando… a los que querían tirarlo abajo. Entonces papá le preguntó qué podían hacer, a lo que el manco respondió: primero conocer el terreno, luego pelear.

»Papá dijo entonces que él era hombre de ciencia, no de armas. El manco lo miró como se mira a una cucaracha y dijo: usted sabrá. ¿Y las mujeres, y los niños?, quiso saber papá, lo cual a mí me pareció muy desubicado. Si había que pelear, mamá y yo pelearíamos como cualquiera. El hombre hizo una mueca con el labio que hizo bailar sus bigotes marciales y no dijo más.

»Cuando regresé a nuestra habitación me acerqué a mamá que estaba cocinando una sopa en un anafe de viaje y le pregunté: ¿y si yo me quedo, sola, del otro lado de otro muro?

»Ella dejó lo que estaba haciendo y me abrazó muy fuerte, y ese fue el único abrazo que recuerdo del tiempo en que estuvimos allí, que fue muy poco.

18

—Yo no recuerdo, de lo que viví a mis cuatro o seis años, ni una milésima parte de lo que recordás vos —me decís de pronto, mirándome con algo de desconfianza.

—Soy digna alumna del manco del seis —respondo—, ojos bien abiertos, boca… bueno, boca no tan bien cerrada. Oídos atentos, eso sí. Y además poseo el don de la memoria prodigiosa.

—Y una imaginación increíble —agregás.

Yo te miro ofendida y asombrada a la vez porque ponés en duda mi historia.

—¿Creés que estoy inventando?

—… Igual no importaría… ¿no? Es tu historia, vos estaba ahí.

—Yo estaba ahí, sí, y esta es mi verdad.

19

A esta altura de la historia supuse que mi voz tenía propiedades somníferas, porque Jaz e Isa se habían dormido, la primera debajo de la manta que cubría a Mamá Pura, el segundo sobre el piso, sin nada que lo abrigara ni hiciera su cama improvisada un poco más blanda. Me quedé mirándolo. Me pregunté qué tipo de nombre era Isa, e Ismael era lo más parecido que se me ocurría. *Llámenme Ismael*, ¿dónde había oído esa línea? O tal vez era un sobrenombre o lo que él recordaba de su nombre verdadero. Me pregunté desde hacía cuánto andaría solo y quién les pondría nombres a los niños aún más pequeños que quedaban en el camino.

Esta vez Isa no llevaba la mochila aferrada y aquello me indicó que estaba entrando en confianza (¿era bueno que lo hiciera, yo quería que se quedara?), así que aproveché para revisarla.

Las posesiones mundanas de Isa consistían en una vieja navaja oxidada, una manta que había sido saco pero al que le faltaba una manga y que usé para taparlo, hojas robadas de los libros de esta casa (¿leería, los usaría para prender fuego?), tres fósforos y envoltorios vacíos y pegajosos de golosinas. No había nada personal, nada que importara perder, nada que me dijera quién era.

Entonces se me ocurrió una idea y empecé a hurgar entre las cajas.

Entre los documentos del Registro Civil no había ningún Isa, eso no me extrañó. Tampoco un Ismael que tuviera entre ocho y doce años, pero encontré un Iván de siete que bien podía servir. En los papeles aparecían la fecha y el lugar de nacimiento, los nombres de los padres y hasta el de la partera, lo cual me pareció un lindo detalle. La foto, en cambio, se había perdido, y eso también me venía muy bien.

Seguí por los diarios y aquí me tocó hacer un poco de trampa, pero qué más daba. Encontré una liga de atletismo infantil que había ganado el campeonato de verano y agregué, a mano, el nombre de Isa.

En otro periódico se publicaban los dibujos de una muestra de arte de un colegio. Mi Isa exponía un dibujo precioso, de mariposas de colores. Y luego encontré a Iván, el verdadero, en una noticia sobre familias locales. Era el hijo de una médica y entonces me pareció muy lógico que supiera despellejar una liebre, porque la madre le habría enseñado. Tal vez Iván la acompañaba al hospital y ella le permitía observar las curaciones. Y el padre, aunque no lo decía el diario, seguro que manejaba la ambulancia y jugaba con Iván a vendar sus figuras de acción cuando tenían un accidente o a ponerles inyecciones a los peluches. Yo hacía eso, de pequeña. Mamá me había regalado una jeringa sin aguja que sumé a mi juego de médica y desde ese día pude curar muchas más enfermedades.

¿Qué me faltaba? Busqué los libros que la madre le leía antes de dormir y los que él, a pesar de tener tan pocos años, ya leía por su cuenta. Había una historia con loros en una lengua que no reconocí pero que tenía hermosos dibujos. Ese libro se lo había regalado su abuela, que venía de ese país, por eso solo ella podía leérselo y, aunque Isa no entendiera las palabras, le encantaba la manera en que las letras explotaban en el paladar de la mujer, dulces y ácidas a la vez. Y *Moby Dick*, por supuesto, de allí venía su nombre, recordé. Yo no había leído el libro, pero con papá alguna vez habíamos jugado a que nadábamos junto a ballenas, en la primera casa, y eso exclamaba él: *Llámenme Ismael*. Aquí teníamos tres ejemplares, por lo menos, y en la hoja de préstamos de uno de ellos agregué a Isa, varias veces.

Por último busqué uno de los objetos del museo, una brújula, y decidí que había pertenecido a su familia desde siempre.

Luego armé el hilo del tiempo para que Isa tuviera una historia. Porque tal vez él no tenía un hermano o hermana mayor que se la recordara a cada momento, como hacía yo con Jaz. No tenía nadie que le contara quiénes habían sido sus padres, cómo era la primera casa, por qué se llamaba Isa.

Cuando terminé me alejé unos pasos para ver mi obra. La mesa parecía el centro de una pequeña exposición sobre el chico. Allí estaban sus documentos (con la punta de su cortaplumas oxidado había logrado, más o menos, borrar el nombre Iván y escribir el suyo), las noticias de los diarios, sus libros, la reliquia familiar. Estaba más

que satisfecha con mi tarea, pero entonces una incertidumbre se me alojó en el medio del pecho.

¿Estaba haciendo bien? ¿Todo esto no lo enojaría horriblemente? Porque después de todo aquella no era su historia, era solo un cuento. Quizá se lo tomaba a mal, o creía que mi intención era usurparle su pasado, cambiar lo que había vivido. Por eso resolví que no se lo mostraría enseguida, que primero tantearía el terreno y vería. Y pensé que posiblemente había hecho todo eso para mí, para sentir que todavía teníamos a qué aferrarnos, que alguien había guardado un recuerdo familiar, que había un papel en algún lado que decía quiénes éramos y que no era verdad que estábamos tan perdidos, tan solos, tan olvidados del mundo.

20

—¿No habías dicho que no inventabas? No creo que a nadie le guste que le inventen quién es —me reprochás.

—¿Y si no lo sabés? ¿Qué te pensás que hacen con todos los huérfanos? ¿Creés que salen a investigar de dónde vinieron, qué nombre eligieron sus padres, qué lengua hablaban?

—Sí, claro. Igual los bebés no tienen historia.

—Todos tienen un pasado.

—¿Por qué esa manía con el pasado? Todo el tiempo hablando de lo que ya pasó.

Te miro y me quedo en silencio, desconcertada.

—Vos me pediste que te contara mi historia… —digo.

—¿Yo? ¿No fuiste vos quien empezó a hablar…?

Se me llenan los ojos de lágrimas de bronca, pero no voy a llorar, yo no lloro, y te doy la espalda. No entiendo esta pelea repentina.

Vos te acercás, me abrazás desde atrás.

—Perdón, perdón —pedís—, a veces no sé lo que digo, como si no recordara cómo mantener una conversación. ¿Me vas a seguir contando?

21

Como Jaz e Isa despertaban y dormían sin horarios, en apenas… ¿un día, tres días? que estábamos allí, comencé yo también a perder la noción del tiempo. No había mucha diferencia entre el día y la noche y empecé a sospechar que no importaba demasiado, que podía haber otras maneras de medir el tiempo. Podíamos dividir el día entre hambre y sueño: comer, dormir y de nuevo comer, dormir. En vez de recordar "el lunes pasado" hablaríamos de "cuando desayunamos liebre". O podía dejar que fuera la historia que estaba contando la que marcara el paso de las horas y entonces ese sería el segundo día en la segunda la casa, que no era en verdad una casa. Los chicos estaban atentos de nuevo. Mamá Pura también, a su modo.

*

—Unos días después de que llegáramos a la segunda casa apareció una pareja joven. Aún había en ellos señales de felicidad o de esperanza, una luz en sus ojos que en los demás ya estaba apagada. Ella hablaba fuerte y él reía más fuerte aún y yo, que estaba cansada de andar sola por los pasillos, me pegué a la mujer casi como si quisiera que me adoptara y me llevara con ella.

»Le decían Canela, y a mí me daba mucha gracia el nombre porque canela era lo que mamá le ponía al arroz con leche que cocinaba en la primera casa. A los demás vecinos, en cambio, mi Canela no les gustaba. No el condimento, claro, la mujer. El manco del seis había dicho algo sobre las opiniones de la juventud, que no comprendí. Y otros decían que llamaban demasiado la atención, que Canela y el esposo eran de los que todavía no entendían lo que pasaba, todo lo que había cambiado alrededor. A mí nada de eso me preocupó porque Canela se fijó en mí y pronto la convertí en mi mejor amiga (o en mi

segunda mejor amiga, luego de Samy) cuando me confesó que sabía leer música, que me enseñaría.

—¿Tenía un violín? —preguntó Isa.

—No, tenía pentagramas y muchas hojas donde dibujarlos. Y el violín fue de cartón, Canela lo hizo y así yo practicaba y la música sonaba en mi cabeza.

—Aburrido —dijo él, se puso en cuclillas y, antes de que yo pudiera decir nada, salió por su agujero de laucha y me dejó con la historia a medio contar.

—Mamá Pura dice que no le hagas caso —desde el fondo de su mundo, Jaz llegó a rescatarme—, que sigas contando.

—Mantenerlos con vida, alimentados y divertirlos, no puedo con todo —me descargué. Y me hubiera encantado seguir con los reproches hasta ponerme a gritar, pero Jaz no tenía la culpa. Así que me encogí de hombros, me fui a hacer listas mentales ¡otra vez! de las latas y botellas que nos quedaban, como si en el tiempo en que no las había mirado se hubieran multiplicado o dividido por su cuenta y seguí hablando, porque no había mucho más para hacer.

»Yo había aprendido las notas musicales en el violín, pero ahora que las veía sobre el papel me parecían algo nuevo, una entidad con forma propia que podía hacer sonar en mi cabeza, para lo que ni siquiera precisaba de un instrumento. Con paciencia Canela me fue señalando líneas y espacios y me mostraba la clave de sol, porque el violín se toca en clave de sol, y las negras, corcheas y fusas. Y me hacía repetir los sonidos y las escalas hasta saberlos de memoria. El violín de cartón, que pinté de todos los colores, y las notas se convirtieron en mis juguetes preferidos. Pero todo eso lo dejaba en casa de Canela, no quería que mamá lo viera, que recordara el violín de su alumno y se preguntara qué había pasado con el instrumento, dónde había quedado.

»Fueron buenos esos pocos días en la pieza del fondo y por un momento hasta sentí que aquello podía convertirse en la normalidad. Teníamos un cuarto, estaban mamá y papá, tenía una amiga, aprendía música. La cabeza te hace esas cosas, le basta que sientas algo parecido a la dicha o ni eso, apenas algo de sosiego, para hacerte creer que está todo bien, que durará.

»Pero nunca duraba.

22

—¿Dónde están ahora tus padres? —querés saber.

—No vale adelantarse a la historia.

—Espero que contar dieciséis años de tu vida no te lleve dieciséis años.

—Leí una vez un cuento… un hombre que lo recordaba todo, por lo tanto contar un día de su vida le tenía que llevar justamente un día.

—No, más. Porque un día está lleno de pequeños momentos que no ponés en palabras. O de pensamientos desordenados… Si tenés que empezar a explicar todo eso en voz alta, en forma coherente y lógica… te llevaría mucho más que veinticuatro horas.

—El mundo se rompe y nosotros hablamos de cuentos —digo y te hago cosquillas y descubro que no tenés cosquillas.

—El mundo tendrá que soportar un rato más sin nosotros. No tengo ganas de salir a arreglarlo ahora.

—Está bien —te digo—, que el mundo se haga pedazos. ¿En qué estaba?

—En la duración de los acontecimientos de la vida.

23

Había hecho bien las cuentas, hacía tres días que estábamos acá. Uno: cuando encontramos el lugar. Dos: cuando llegó Isa. Ese era el día tres, entonces. Si nos quedábamos más tiempo tendría que numerarla. Sería la casa cuatro, porque después de la segunda tuvimos una más que aún podía llamarse hogar.

No podíamos quedarnos en la casa dos, claro, el manco del seis hablaba mucho de moverse, tal vez porque los soldados no podían quedarse quietos, así no se ganaban las guerras. Y a mí eso me parecía muy acertado. Si no nos hubiéramos movido, tal vez no habríamos llegado acá. Si nos hubiéramos quedado en la primera casa, en la segunda o en la tercera, tal vez ni siquiera seguiríamos vivos. O a lo mejor era todo lo contrario. A lo mejor allí estaba la trampa, te obligaban a moverte porque si hallabas el lugar donde quedarte terminaba el juego, te salvabas. Basta, Zinny, estás desvariando, me dije, tenés tiempo para pensar. Sí, eso era lo que pasaba. Mamá Pura seguía en lo suyo. Jaz, a su lado, miraba las ilustraciones de un libro; Isa no había vuelto y a mí se me habían ido las ganas de empezar otra vez a ordenar lo ordenado o de hacer listas, entonces pensaba.

Esa mañana habíamos desayunado la liebre de Isa, luego los chicos se habían quedado dormidos, ¿qué hora era? Si nos habíamos salteado el almuerzo y aún no teníamos hambre, ¿así estaba contando las horas? Bien… estaba comprobado, me iba a volver loca, así que me obligué a sentarme al lado de Mamá Pura, respirar hondo y continuar con nuestra historia, que era lo único que parecía dominar el tiempo.

*

—La mañana del último día en la segunda casa no parecía distinta a las otras mañanas en que habíamos estado allí. O por lo menos yo no

noté las señales, era muy pequeña. La única certeza, lo que tenía frente a mis ojos, era que Canela estaba en su cuarto, sola, y que me invitaba a entrar. Yo le había llevado una hoja en la que había combinado algunas notas musicales que, en mi cabeza, sonaban bastante bien, y quería probarlas sobre el violín de cartón, aunque tampoco ahí sonarían de verdad, claro.

»Creo que llegué a estirar el brazo, que ella tomó la hoja, que sonrió, pero lo que sucedió después volvió a cambiar todos los planes.

»Con el primer estruendo el sol entró a la casa sin ventanas, inundó la habitación e iluminó a Canela. El segundo proyectil me lanzó hacia el pasillo, me quitó el aire, me dejó ciega y sorda y muda. Y luego, otra vez, como en la primera casa, todo fue confusión, destellos, ruidos, golpes. Alguien que me arrastraba, me levantaba, me aplastaba la cara contra una manta que picaba. Yo quería quitármela de encima, rascarme la nariz, pero el cuerpo no me respondía. Mientras, el mundo entero gritaba, corría, y yo me daba por vencida, dejaba de luchar y me hundía en la manta.

Jaz me escuchaba sentada en el piso, atenta y con la espalda bien erguida. Una vez me había dado a entender que para recordar las palabras debía verlas y tocarlas, comprender su forma. Mi hermana no había nacido cuando nos fuimos de la segunda casa, pero nació con otros estruendos y a veces hasta podía predecir, por algo que sentía u olía en el aire, por el silencio o el ruido del instante anterior, el siguiente estallido.

No todos lograron salir de la segunda casa. El manco del seis no lo hizo. Tampoco la señora de la habitación tres que tenía los mellizos, ni los mellizos. Tampoco Canela con mi violín de colores. Todo eso lo supe mucho después, claro, lo fui averiguando a medida que aprendía a hacer las preguntas correctas. Porque, si no, me respondían a todo que era chica, que ya entendería, que todo estaba bien. Y yo sabía, por lo menos, que aquello no se parecía en nada a estar bien.

—A Mamá Pura no le gustan los ruidos —dijo entonces Jaz.

—No te preocupes, le taparemos las orejas si algo pasa.

—Y le diremos palabras lindas al oído —dijo mi hermana, que era lo que hacía mamá para calmarla a ella.

—Sí, haremos eso.

—También a Isa. Los hombres hacen que aguantan, pero no aguantan.

—No creo que Isa regrese, Jaz. Ese chico ya debe andar lejos.

Como respuesta Jaz señaló el hueco por el que asomaba la oscura cabellera de nuestro amigo y a mí, como un perro de Pavlov rápidamente adiestrado, se me llenó la boca de saliva. Si Isa traía un animal cada vez que venía, sería bienvenido. El gemido que me llegó a continuación confirmó la cena, aunque lamenté que no la trajera ya muerta.

24

Isa apoyó el paquete en el suelo con un cuidado que no había tenido para con la liebre. Jaz se inclinó sobre él haciendo esos ruiditos que hacía cuando estaba feliz. Yo, en cambio, me espanté.

—No… no vamos a comernos eso.

A Isa se le inflaron los cachetes y soltó el aire con un gesto de fastidio que me pareció muy fuera de lugar.

—Estás loca —exclamó.

—Bueno, estoy loca. Así que llevátelo, no lo podemos tener acá.

—¿A quién se lo llevo?

—A los padres, a… no sé… a quienes lo tenían antes.

—Lo encontré yo, es mío.

Ahí ya no supe cómo retrucar y se me llenaron los ojos de lágrimas. Pero no era pena por el bebé que nos miraba curioso, tampoco era por quienes lo habían perdido o abandonado o se habían muerto o lo que fuera que habían hecho, luego de dejar al bebé. Era por mí. Por Jaz y por mí, porque necesitábamos seguir nuestro camino livianas de equipaje y sin embargo nos había empezado a crecer una familia, nos brotaban madres y hermanos como apéndices. ¿Pero quién los extirparía? ¿Quién tomaría el bisturí con mano firme y nos los separaría del cuerpo? En esta batalla me sabía derrotada desde la primera embestida, así que solo atiné a quedarme sentada en el suelo, esperando que la próxima visita fuera alguien mayor que se ocupara de mí. Eso fue lo que más deseé en ese momento, entregar el mando, abdicar, que otro decidiera por Jaz, por Isa, por Mamá Pura, por el bebé, por mí.

Mientras yo me hundía Jaz levantaba al bebé, se lo mostraba a Mamá Pura, le olía el pañal relleno con cara de asco, se reía. E Isa buscaba una botella de agua, ¡una de *mis* botellas de agua!, y le daba sorbitos al recién llegado, que parecía sentirse más cómodo y confiado

a cada minuto.

Aquella podría haber sido una escena digna de fotografía que ganara premios mostrando la cara trágica pero sensible de este siempre estar yéndonos. Pero todo lo que yo enfocaba era que se desperdiciaba el agua, que caían gotas sobre las mantas de Mamá Pura que la lana absorbía sedienta. Y claro que no me quedó más remedio que hacerme cargo. Claro que debía convertirme en madre postiza de ese bebé o moriríamos todos de sed o de algo peor, de alguna bacteria encerrada en ese pañal horrendo. Claro que todo esto me tenía que pasar a mí.

El bebé parecía alimentado y calculé que no llegaba al año porque intentaba gatear pero aún no lo lograba. Por un breve tiempo me había dedicado a cuidar niños en el edificio en el que vivíamos y por eso había adquirido cierta práctica. Aunque en verdad no hacía más que cargarlos cuando sus madres trabajaban o andaban agobiadas con un montón de otros hijos. Como pago aceptaba lo que quisieran darme: un pañuelo, una manta, un paquete de arroz, hasta un trozo de elástico me dieron una vez, que mamá usó para arreglarme un pantalón. Teníamos una moneda paralela a la moneda real, que no valía demasiado, que era todo aquello que te sobrara. O que no te sobrara pero de lo que podías prescindir. Todo servía entonces y sirve ahora. Los que no servían tanto, me parecía, eran los bebés.

Luego de limpiarlo como pude, con agua que Isa trajo de algún charco, y de convertir un ejemplar completo de la *Divina comedia* en pañal, Jaz lo tomó en brazos, lo acunó un momento y luego lo acostó junto a Mamá Pura, lo cual era tierno y tétrico a la vez. Y dijo:

—Hay que contarle a Mamá Pura del bebé.

—Creo que ya lo sabe —contesté.

—Hay que ponerle un nombre —dijo Isa.

Yo miré hacia la mesa, allí estaba la vida completa de Isa, no me había animado a decirle nada y sabía muy bien que podía hacer lo mismo para el bebé, sería más fácil aún y el bebé de verdad lo necesitaba. Pero no lo hice, por lo menos no en ese momento.

—Si le ponemos un nombre ahora y nos acostumbramos a llamarlo así, tal vez luego nos olvidemos de buscar el nombre verdadero —dije, como si fuera a ser sencillo eso de buscar a la familia de un bebé perdido en medio de una tierra de nadie.

—Mamá Pura dice que lo llamemos Bebé —opinó Jaz, y a Isa y a mí nos pareció muy conveniente. Luego le buscaría algún documento para cuando nos fuéramos, para que tuviera algún papel que mostrar a los pedidores de papeles.

Ya estaba pensando en llevármelo… me resistí a la idea, pero no tenía ninguna otra opción. No iba a matarlo, no lo comeríamos, no lo abandonaría, no lo dejaría escondido entre muros, no se convertiría en aquello que no habíamos podido salvar. Sería uno más entre nosotras, tal vez también Isa.

Otra historia que contar.

25

Esa noche refrescó y con Isa volvimos a encender un fuego en la pileta usando las hojas de una enciclopedia. Ya nadie leía enciclopedias, aquello no era exactamente quemar libros, creía. Luego repartí la cena, todo parecía marchar con cierto orden y por un momento me sentí jugando a la casita. Debí hacer un esfuerzo por ubicarme, recordar que el tiempo pasaba, que debíamos pensar en el siguiente paso.

—¿Vas a seguir contando? —preguntó Isa.

A mí me causó gracia la urgencia del pedido, la mirada ansiosa de Isa y la serenidad absoluta de Bebé (los bebés que habían ido perdiendo todo no lloraban, como si supieran que, en muchos casos, de hacer o no hacer ruido dependía su suerte, por no decir su vida), así que a nuestros recién llegados les dediqué esta parte de mi historia.

—En la primera casa se quedó el violín, en la segunda se quedó la música. Porque cuando por fin nos detuvimos, cuando me liberaron de la manta y el suelo volvió a ser una cosa sólida bajo mis pies, me di cuenta de que en apenas minutos había olvidado todo lo aprendido. Ya ninguna nota tenía sentido, ya no recordaba a qué equivalía una fusa, qué era una corchea, ya esos puntos en el pentagrama no tenían sonido. Y temí que todo lo de la música, desde el violín, hubiera sido una trampa, como esos cuentos en que por no invitar a un hada a una fiesta esta igual aparece y te maldice: cada vez que te acerques a la música lo perderás todo. Por lo tanto la opción era cerrar ese capítulo de mi vida o resistir, como la gente sobre la que nadie me contaba pero cuyas historias yo igual oía, que tiraban abajo los muros que se levantaban.

»Finalmente decidí cargar, desde ese momento, solo con lo que mi cabeza pudiera trasladar: recuerdos, ideas, imaginación, pensamientos. Y prescindir de lo que se perdía en el camino. Entonces recuperé el sonido de las notas, me animé a sentir en la mano un arco que no

existía y seguí estudiando y practicando sola y en silencio, porque dejar la música para siempre era demasiado doloroso.

»Y eso fue lo que me mantuvo entera.

*

—De la segunda casa pasamos al camino. Yo no pregunté por qué no íbamos a otra casa, solo me encaramé a los hombros de papá y me dejé llevar. La verdad fue llegando con los años, a veces me enteraba de algo pero no lo entendía. A veces ya entendía pero la información no era confiable, tenía lagunas. Lo indiscutible en ese momento era que nos habíamos quedado huérfanos de techo, la ciudad de la casa dos ya no era segura, los estruendos se repetían, las explosiones se habían hecho costumbre y había que caminar hasta encontrar otro sitio donde poder establecernos.

»Mamá, papá y yo andábamos junto a… ¿cuántos serían, cientos, miles? de otras personas, de otras familias que se iban sumando y caminaban adelante, detrás, junto a nosotros. Esos días papá empezó a enseñarme sobre el cielo: el lucero del alba, Venus, las fases de la Luna, las Tres Marías. Él señalaba y contaba. Era su modo de entretenerme cuando no hacíamos otra cosa que caminar. Y de verdad funcionaba, por lo que gran parte del camino lo hice mirando el cielo.

»Tardé en preguntar a dónde íbamos, primero pregunté qué había pasado con la segunda casa y con la gente de las habitaciones y me respondieron solo con evasivas.

»Lo cierto es que aún me faltan respuestas sobre esa parte de mi historia y, cuanto más nos alejamos, más difícil se hizo seguir preguntando. Así que me hice a la idea de que éramos nómades, lo cual me resultaba curioso y confuso a la vez.

»Hasta que el camino se me hizo pesado, hasta que deseé volver a tener una cama, un techo, un baño y empecé a preguntar: ¿a dónde vamos?, ¿cuándo llegamos? Pero mamá y papá no querían darme una respuesta. O no se animaban a decirme que no la tenían. O buscaban tranquilizarme dejándome en la ignorancia, que es una pésima manera de tranquilizar a nadie. Porque lo único que repetían era: falta poco; un esfuerzo más, Zinny; ya lo verás al llegar. Pero no llegábamos.

Entonces hice lo que hacíamos todos los chicos: alejarme y buscar las respuestas en otra parte.

*

—Éramos muchos que caminábamos juntos por el borde de una ruta por la que no recuerdo haber visto pasar ningún vehículo, como si estuviera anclada en otro tiempo. Pero no éramos siempre los mismos, cada día aparecían caras nuevas y dejábamos de ver otras, y rápidamente entendí que cada persona que conocía, excepto mamá y papá, se iría más temprano o más tarde, que nadie era imprescindible, que no valía la pena amar ni aferrarse a nadie porque aquello no duraría.

»A mí me pareció que anduvimos por años, que en el camino cumplí años hasta hacerme mayor, pero en verdad caminamos unos días y luego nos detuvimos al costado de la ruta, en un campo, y levantamos campamento como hicieron todos los demás. Allí nos quedamos quietos un par de semanas esperando algo que, decían los adultos, tenía que ver con la frontera que estaba cerca y con el muro que estaba más allá. Pero yo a veces imaginaba que habíamos andado en círculos y que habíamos regresado a nuestra primera casa, en donde encontraría el violín, en donde volvería a estar con mis primos.

*

—Recuerdo el día en que nos detuvimos. Yo correteaba entre las mujeres espiando las ollas y los utensilios que iban sacando de sus equipajes y que, por el tamaño de unos y otros, jamás podrían haber cabido allí. El equipaje de las mujeres era mágico y misterioso, pequeños universos en los que llevaban otros universos. Las veía hacer fascinada, corría a ofrecer mi ayuda solo para saber qué era lo que escondían en esos bultos armados con frazadas viejas, en esas valijas sobrevivientes de tantos otros caminos. Así fui recolectando compañeros. Aquí se sumaba un niño a mis excursiones, más allá se me pegaban un par de hermanos, de una carpa recién armada salía una chica de mi edad.

»Era gracioso, bastaba que un chico se parara en el centro de ese campamento levantado de la nada para que todos los de más o menos esa edad apareciéramos a su lado, como si fuéramos animales que podíamos olfatear y reconocer a los nuestros.

»Las madres nos dejaron hacer, alejarnos, andar a nuestras anchas. A los niños que se les acercaban, fueran o no propios, daban una palmadita en la cabeza y los enviaban a jugar. Era el modo de pedirnos que no anduviéramos encima de ellas, de recordarnos que las cosas serias e importantes que tenían que hacer no nos incluían. Mamá hacía lo mismo últimamente, un gesto con la mano que me alejaba, un movimiento con la cabeza que significa ahora no.

»A lo lejos, en tanto, se levantaban nuevos muros, ¿a dónde podíamos ir? Los muros nos cercaban, nos arreaban, nos iban llevando hacia donde querían llevarnos. Esa falta de límites cercanos y paredes lejanas sirvió para que se instalara la equivocada idea de que estábamos seguros. Qué nos podía pasar si solo teníamos permitido ese trozo de mundo, como si nos hubieran colocado dentro de una caja, grande pero caja al fin.

26

—No recuerdo a quién se le ocurrió el juego. Tal vez a Coni, que era la mayor. O a Gero, que había asumido el papel de jefe del clan sin que nadie se lo pidiera. Sí recuerdo lo que sucedió después, el primer ladrillo que colocamos, hecho de barro, piedras y arena. Y el segundo. Y el modo lento pero continuo en que comenzó a crecer nuestro propio muro.

»Los más pequeños, Machi, Pau, Tony y otros cuyos nombres olvidé, participaban, bajo la dirección de los más grandes: Coni, Gero, yo, de buscar agua, de encontrar arena, de armar esos ladrillos deformes que se les deshacían en las manos y había que volver a construir. Cuando lograban una buena cantidad nosotros los sumábamos al muro, unidos unos a los otros con más barro, y rogábamos que esa obra maestra, torcida e incomprensible, no cayera antes de lograr su objetivo, que era dejar a los indeseables del otro lado.

»Decidimos que el muro estaba completo cuando nos llegaba apenas a las rodillas. Construirlo no era la parte más importante ni entretenida del asunto. Esperábamos hacerle a alguien lo que nos habían hecho a nosotros. Supongo que esa era una manera de explicarnos lo sucedido, debíamos actuar los hechos para comprenderlos en todas sus dimensiones.

»Pero nosotros no estábamos actuando.

Aquí hice una pausa. Miré a Jaz, que acunaba a Bebé y me escuchaba con la vista perdida en la pared. Miré a Isa, que estaba enfrascado en hacer pequeños tajos en el piso, con su navaja. Pero yo sabía que me oían. Había en el aire cierta tensión imposible de explicar, como cuando sabés que llega la escena de terror en una película y querés verla y a la vez no. Me pregunté entonces si debía seguir contando, si era necesario que los niños escucharan esta parte de la historia de otros niños. Pero ahora que había empezado no

quería callarme. Y por qué debía preocuparme tanto por ellos, no era su madre, tampoco su maestra. No les debía nada, no era mi tarea preservarlos de la violencia del mundo, después de todo ellos habían nacido inmersos en ella.

*

—Creo que elegimos a Machi porque era el más pequeño y era débil, lo cual no tenía exactamente que ver con la edad —continué—. Le faltaba cierta luz en los ojos, una chispa en la mirada. Además estábamos convencidos de que no se animaría a acusarnos frente a sus padres o los nuestros. Así que Gero lo agarró de una muñeca, lo arrastró al otro lado del muro, le dio a entender que no podía moverse y luego regresó con nosotros. Allí empezamos a insultarlo, señalarlo, reírnos de él. Alguno hasta le tiró uno de los ladrillos que nos habían sobrado. Y yo le grité que se quedaría detrás del muro, que perdería todo lo que amaba, que se haría invisible y sus padres no lo encontrarían. Lo grité y repetí y me sentí salvaje, libre. A Machi se le nublaron los ojos, le temblaba la barbilla, pero cuando quería venir de este lado alguno de los chicos le impedía el paso. Él ya no era uno de los nuestros, ya no tenía un sitio donde estar.

»Luego, frente a Machi, nos pusimos a jugar como si de pronto hubiéramos descubierto el juego más entretenido del mundo, del cual él no podía participar. Tal vez lo tuvimos así unos minutos, el tiempo de la infancia no tiene medida, pero fue suficiente para que todo se pusiera peor.

»En algún momento del juego Coni le preguntó a Gero si quería ser su novio. Y en cuanto pronunció esas palabras me di cuenta de que yo quería lo mismo, a Gero. Por lo cual se me ocurrió la mejor idea del mundo: desterrar a Coni al otro lado del muro.

27

—Todo me resultó tan claro en ese momento… fue un instante tan revelador… Los muros se levantaban para sacar de tu vida aquello que te impedía tener lo que querías. Simplemente debías empujar al contrario, al indeseable, al extraño, al otro lado. Y ya no lo verías más, ya no sería tu problema. El más fuerte se quedaría con lo que deseaba. Lo que no me pregunté, en cambio, fue de qué lado del muro real estábamos todos.

»Empujé a Coni, ella era más grande pero yo tenía un propósito. Grité que Coni y Gero se daban besos y los chicos empezaron a hacerles burlas, lo cual simplificó mi tarea, porque Coni bajó la guardia, se puso a llorar y se dejó arrastrar casi sin darse cuenta. Y cuando estuvo del otro lado del muro que nos llegaba a las rodillas y apenas debía tener medio metro de largo, la señalé y empecé a contar una cantidad increíble de mentiras sobre ella, que ni sé de dónde me brotaban. El juego me había desatado una furia que desconocía, un poder que me atormentaba.

»A los chicos les dije que el padre de Coni había levantado los muros que nos habían echado de nuestras casas. Les dije que el hermano mayor era un espía, que iba a contarles a los otros dónde estábamos para volver a levantar nuevos muros que nos cercaran aún más. Y que la madre era una puta. Allí supe, porque esa era la palabra que los mayores escupían por lo bajo, que había cruzado el último límite y no dije más. No llegué a darme cuenta de lo que había desatado ni siquiera cuando el resto de los chicos se lanzaron a bailotear delante del muro como una tribu unida y compacta que pide lluvia. Pero ellos gritaban: puta, puta, puta.

»Muchas veces me pregunté qué habrá sentido Coni. ¿Miedo, pánico, bronca, odio, impotencia? ¿Recordará aún ese día como lo recuerdo yo? ¿Y Machi? Era muy pequeño… lo tiene que haber olvidado…

»En medio del juego me olvidé de Gero, en minutos lo había querido y ya no lo quería. Los muros no dejaban tiempo para el amor.

»El juego acabó tan rápido como había comenzado. Los gritos y los llantos llamaron la atención de los adultos. De pronto me encontré con los ojos de mamá y no me gustó lo que vi reflejado en ellos. Cada uno se fue con los suyos, eso fue todo.

»Esa noche llovió a cántaros y, a la mañana siguiente, nuestro muro era apenas un charco de barro.

»No quiero contar más —dije de pronto, infinitamente cansada. Y luego le quité el Bebé a Jaz de los brazos, con mayor brusquedad que la necesaria, y me lo llevé a un rincón para volver a limpiarlo, cosa que, en ese momento, se parecía mucho a una expiación.

*

Repasar aquella escena del camino, la del muro y Coni y Machi, me avergonzaba y me enojaba a la vez. Ya había visto a otros niños levantar otros muros, jugar a matar y a morir, a dar, a robar, a esconderse. Jugar no es más que otro modo de sobrevivir. Pero la vergüenza y el enojo se me habían hecho piel.

Muy bien. Pasaríamos aquí la tercera noche. Obligué a mi mente a regresar a las listas: días y noches, latas y botellas, bocas conocidas y nuevas. Las listas eran fragmentos de orden en medio del caos que me ayudaban a centrarme, a enfocarme en un objetivo.

Y no olvidaba que aquí el objetivo era avanzar, seguir andando.

28

—Estás enormemente equivocada —decís.

—Estoy equivocada en una gran cantidad de cosas, pero no esperes que te dé la razón.

—¿No querés saber en qué?

—¿En qué soy maravillosa? Si insistís…

—Mi vieja le hacía eso a mi viejo… —decís, con una sonrisa triste.

—¿Qué cosa?

—Eso, llevarlo hacia donde quería, hasta que él olvidaba lo que estaba diciendo.

En otro mundo o en otro tiempo, pienso mientras no dejo de mirarte, me tocaría conocer a tus padres. Iría a cenar a tu casa, nos sentiríamos incómodos, vos más que yo. Tu mamá haría esas preguntas tontas que hacen las madres para romper el silencio, para hacerme sentir bienvenida. Tu viejo me miraría un poco de costado, a ver qué en qué chica te fijaste, a ver si estoy a tu altura.

—¿En qué estoy equivocada? —pregunto luego de un momento.

—Te enfocás solo en un lado del muro, el de afuera. Pero los muros no se levantan solo para dejar a algunos del otro lado, sino para dejar adentro a otros tantos. Si quisieras construir un mundo con tus reglas, tus leyes y mantener el control, no te serviría que se la pasaran viniendo personas de afuera con otras ideas. Personas que quisieran cambiar o discutir lo que ya decidiste. Tampoco que las de aquí tengan contacto con lo que pasa en el mundo, que se informen…

—Malditas dictaduras —digo.

—Malditas tiranías —decís.

—Despotismos.

—Absolutismos.

—Autocracias.

—Basta para mí. Tenés que ganar, ¿no?

—Sí —digo.

Te encogés de hombros y me pedís que escuche.

Conozco esa canción que trae el viento, me encanta. Cierro los ojos y repito algunas estrofas. Todo alrededor desaparece, menos vos y yo. Y la música.

Los dos nos movemos juntos.

Por un instante somos felices.

29

Las noches me parecían cada vez más largas en la casa. Cada vez más silenciosas. Me animé a encender un pequeño fuego, luego puse las manos en posición, incliné la cabeza y comencé a tocar las notas de un violín invisible. Los primeros acordes de “No surprises”, por Ara Malikian, que parecía el maestro Anton, pero de joven, claro. De todos modos, abandoné enseguida. Mi cabeza estaba muy lejos de allí.

*

Aquel primer campamento se deshizo pocos días después de lo que sucedió con nuestro muro de juguete. Las familias que habían estado tan unidas mientras andaban, en busca de algo mejor que lo que habían dejado atrás, levantaban sus cosas y se alejaban sin más. No se intercambiaban números de teléfono ni direcciones en esas partidas, no fuera cosa que hubiera que hacer o devolver favores.

Salir del camino, aunque lo que siguiera fuera otra ruta, me hizo bien, volví a sentirme yo, Zinny. Volví a recordar a Samy y el violín, a ponerme triste, luego otra vez furiosa. Pero por lo menos ya no tenía a mano a otros chicos con quienes desquitarme. Y, además, papá había conseguido una casa nueva, la número tres. Por fin teníamos hacia dónde ir.

*

La casa número tres era en verdad un departamento, el 2 F, pero yo siempre seguí diciendo “casa”. Fue la más grande que habitamos. Tenía dos habitaciones, un comedor y una cocina aparte y ventanas de verdad que daban a la calle. Y una increíble y nueva cantidad de reglas. No es que la casa viniera con reglas, claro, más allá de cuidarla

y esas cosas. Sino que ahora te decían qué podías hacer y qué no. No podías cruzar al otro lado del muro, por ejemplo. Eso me parecía que había quedado bastante claro cuando salimos de la primera casa, pero ahora era una ley o algo así. Además había cosas que no se podían decir y opiniones que era mejor no expresar. Había un solo diario y unos tres canales de televisión que repetían las mismas noticias. Y había que tener cuidado con los libros que uno tenía. Y con Internet, si tenías la suerte de tener computadora y alguna vez lograbas volver a conectarte. Y había celulares pero no había señal… La caja en la que estábamos se iba haciendo cada vez más pequeña, sus lados se nos venían encima, nos aplastaban.

A veces pienso en la suerte que tuve. Leí libros que no se podían leer, vi películas que no se podían mirar. Aprendí a cada paso lo que no hubiera aprendido en ninguna escuela y tuve todo tipo de maestros. Porque a esa tercera casa entraron y salieron decenas de colegas de mamá y papá que me contaban alguna historia, me traían libros y películas y me daban lecciones, creo yo, por el solo placer de volver a escuchar su voz frente a una alumna atenta y curiosa. Y cuando la clase terminaba me permitían quedarme en esas reuniones de adultos en las que hablaban sobre cómo cambiar el mundo. Y opinar también, aunque no siempre.

30

El nuevo día amaneció oscuro y la falta de luz apagó algo dentro de mí. Que no llueva, por lo menos que no llueva, pensé y, por supuesto, al instante se largó la tormenta. Los agujeros del techo que nos habían servido de lámpara ahora hacían de colador. La casa entera comenzó a chorrear, los libros a deshacerse, el olor nauseabundo al que me había acostumbrado, nuestro olor, se mezcló con el de la humedad y el aire se hizo irrespirable.

Y todo lo que se me ocurrió hacer fue encogerme en un rincón, acunar a Bebé y dejar que los demás se empaparan a gusto. Pero Jaz e Isa no se quedaron quietos, ella armó un toldo sobre Mamá Pura, él buscó algunas latas de comida vacías, un balde roto que había a un costado y los usó para juntar agua. ¿Cómo no se me había ocurrido eso a mí?, me reproché. Tendríamos agua no solo para tomar, también para lavarnos, ¿en qué momento había bajado la guardia?

Cuando los niños terminaron de acomodar todo, la lluvia menguó apenas un momento, y lo único que se escuchó fue la respiración cada vez más leve de Mamá Pura. Eso es todo lo que queda, recuerdo que pensé, seguir respirando. Ya no había más caminos ni historias por contar, solo la lluvia que golpeaba sobre el techo. Pero entonces Isa dijo:

—Las voy a traer.

Yo creí que hablaba de mí, que decía que me iba a traer, lo cual tenía sentido porque en ese momento estaba bastante lejos. Pero no podía ser, así que repasé las palabras y entendí, por fin, que estaba pensando en alguien más.

—¿A quién vas a traer? —lo encaré, intentando que mi tono de voz fuera lo suficientemente firme, que demostrara la autoridad necesaria.

Isa se encogió de hombros y señaló a Bebé.

—A él lo traje —dijo.

En ese momento odié al chico que me obligaba a adivinar lo que quería decir, a inferir lo que estaba pasando por su cabeza. Con cuidado, fui tanteando:

—Sí… encontraste un bebé y lo trajiste… ¿Qué más encontraste? ¿A quién…?

—No las traje porque no te iba a gustar.

—Eso está muy bien y no, no me va a gustar ahora tampoco. Este lugar lo encontramos Jaz y yo. Bueno… en realidad Mamá Pura… y de pronto somos cinco. ¡Cinco!

A Isa no pareció conmoverle mi voz quebrada, tampoco el trueno que a continuación sacudió la casa. Se encogió de hombros y afirmó:

—Afuera llueve.

Y con eso dio por terminada la discusión.

*

Cuando Isa corrió los objetos que tapaban su agujero, un pequeño riacho ingresó a la casa, humedeció las mantas de Mamá Pura, atravesó el lugar y fue absorbido por los montones de libros y diarios. Supe entonces que nuestro tiempo en esta casa ya había terminado, que debía contar lo que restaba de nuestra historia y despertar a Mamá Pura, como fuera, para que nos diera las respuestas que necesitábamos antes de que todo allí se deshiciera como el papel húmedo.

—Jaz, voy a tener que saltearme algunas partes… no sé si podré contar todo.

—Pero todo es importante.

—Sí, linda, lo sé.

—La casa tres —me recordó mi hermana mientras construía un dique alrededor de Mamá Pura con los pocos papeles que quedaban secos, para protegerla del agua, y envolvía a Bebé con una manta.

31

—En la tercera casa habitaba el miedo. Se nos empezó a colar por entre la ropa, en la comida que comíamos, venía oculto entre las páginas de los libros que lograban traspasar nuestra puerta. Se hizo parte de papá y de mamá, y por un tiempo yo pensé que… No, no importa…

Ahí me callé. Iba a decir que a mamá comenzó a crecerle un miedo gigante en la barriga, un miedo vivo que se movía y latía y que, si escapaba de su vientre, terminaría por engullirnos a todos. Pero era Jaz, claro, mamá estaba embarazada, me lo había explicado, lo habíamos festejado aunque yo no le veía ningún beneficio a hacer aparecer un hermano en ese momento, cuando los muros se extendían alrededor, cuando volver al camino era una amenaza constante. Pero por suerte me contuve. Jaz no podría entender, pensaría que ella era la causante de todos los males, que era a ella a quien tenía miedo. Y no estaría tan equivocada, porque cuando mamá estaba embarazada lo único que quise, por mucho tiempo, fue que Jaz no naciera.

*

—Vos naciste mientras vivíamos allí, en la tercera casa —dije a Jaz—. Recuerdo ir a visitarte al hospital. Había muchas camas, muchas madres y, en otra sala detrás de un vidrio, muchos bebés recién nacidos en sus cunas transparentes, uno al lado del otro. Papá me llevó a conocerte y yo creí que podía elegir —me reí—, que me llevaría el bebé que más me gustara, el que mejor combinara con el nombre que también había elegido. ¿Y sabés a quién elegí?

—A mí —dijo Jaz.

—Por supuesto. Tenías los ojos muy abiertos, un mechón de pelo cobrizo y no llorabas ni te movías como los otros bebés. Parecías muy

cómoda en tu cuna plástica, muy en paz con el mundo al que habías llegado. Así que dije: quiero esa. Y esa nos llevamos.

32

—Otra primogénita queriendo matar a su hermana, qué novedad —decís, cínico.

—No, matarla no. Que no naciera, que es muy distinto. Porque… ¿sabés qué pensaba? Dos veces habíamos tenido que dejarlo todo, dos veces papá me había llevado en brazos mientras mamá recogía lo poco que se podía salvar, que a su vez era lo imprescindible. Aunque nada resulta ser imprescindible al final, pero eso lo entendí mucho después. Entonces… si había dos hijas… ¿papá tendría la fuerza suficiente para llevarnos a las dos?

—¿Tu mamá no podía llevar al bebé?

—Sí, pero entonces perderíamos todo lo demás, ya no podríamos llevar ni una foto, ni un juguete… ¡Tenía seis años!

—Está bien… era broma.

—Y además… cuando mamá trajo a Jaz a casa y era tan pequeña y tan callada y tan… tan en su mundo… Por mucho tiempo pensé que yo le había hecho eso. Que tal vez ni siquiera era ella la hija de mamá y papá, que había elegido mal en la maternidad. Que de tan silenciosa era justo la hija que podías olvidar si otra vez había que escapar…

33

—Mamá se quedó en casa por unos meses —seguí contando—, pero luego volvió a trabajar, nunca supe muy bien dónde, en una empresa o una fábrica haciendo cuentas, números, lo cual era muy diferente a enseñar, claro. Por eso creo que siempre andaba medio melancólica, porque nos veía poco y debía hacer algo que no amaba, pero lo hacía igual.

»Papá, en cambio, fue quien se quedó en casa a cuidarnos y, mientras, hacía traducciones y escribía un libro sobre especies autóctonas que, decía, no leería nadie. Y que tampoco se entendía muy bien porque, ya más grande, cuando me asomaba por sobre su hombro a leer lo que escribía en la computadora, me sonaba a que usaba la clasificación botánica para explicar lo que sucedía en el país. Y eso no solo no tenía sentido, seguro que también estaba prohibido.

»Aunque vivíamos una especie de tranquilidad, el aire a nuestro alrededor era diferente, como si las partículas estuvieran en suspenso, esperando el próximo cambio.

»Poco después de cumplir los siete escuché a mamá y a papá hablar de que debía comenzar la escuela. Yo estaba adelantada para mi edad, sabía leer y escribir, sabía de números y de estrellas. Seguía aprendiendo a tocar el violín en mi cabeza, cada noche practicaba escalas y digitación en el aire, y escuchaba un disco de conciertos que nos había dejado alguien. Por eso me costaba entender qué más podían enseñarme en una escuela y llegué a pensar que mamá y papá querían quedarse a solas con el nuevo bebé y que buscaban un lugar donde abandonarme.

*

—Mi colegio funcionaba en una mansión un poco venida abajo que

había sido hogar de una familia rica y poderosa, sobre la que circulaban varias leyendas. Una decía que se habían enterado a tiempo de que se levantarían muros y se habían marchado antes de que eso pasara. Otra contaba que habían ayudado a levantar los muros y que ahora vivían en una casa mucho más importante y grande, un palacio. Y una tercera, que los que levantaron los muros fueron a pedirles ayuda, dinero, y que como la familia se negó les quitaron la casa, los mataron en el patio y enterraron los cuerpos justo debajo de los arcos de fútbol de la canchita, en el patio en el que jugábamos cada día. Los hijos bajo el arco verde, los padres bajo el amarillo. Por eso en cada partido los equipos les rogaban por suerte a padres o hijos, y nadie aceptaba cambiar de arco a mitad del juego.

»A mí todo aquello, con mis siete años, me resultó más pintoresco que terrorífico y me acostumbré pronto, como todos los otros alumnos, a dejar ofrendas en el arco elegido cada vez: un caramelo, un vaso de agua, un dibujo.

»El primer grado lo empecé en una sala del primer piso que había sido habitación y estaba pintada de rosa. Yo pensaba que allí me dedicaría a hacer amigos, jugar y aprender lo que me interesara aprender, pero pronto llegó la desilusión. El objetivo de la escuela parecía ser asimilar normas. Había demasiadas reglas, programas, códigos, responsabilidades, jerarquías, actos, formaciones. Por ejemplo, había que entrar al aula, cada mañana, uno detrás del otro y en silencio. Había que levantarse cada vez que entraba un adulto al aula y hablar solo si te daban permiso. Había que esperar a cierta hora para ir al baño aunque no te aguantaras. Había que usar guardapolvo azul, y azul tenía que ser la ropa que se llevaba abajo, aunque no se viera. Las chicas, el pelo recogido con moño azul, y nada de aros ni anillos. Zapatos cerrados negros o marrones, medias tres cuarto azules, escribir con tinta azul. La gama de colores de la vida escolar era limitada y sosa, apagada, porque siempre era el mismo azul marino, el mismo marrón… marrón. Y si te apartabas aunque fuera un poco de las reglas, si saltabas en los pasillos, te movías en el aula, aparecías en la escuela con un moño naranja o escribías con tinta verde, siempre, pero siempre, te descubrían. Y lo que venía después no era para nada agradable: ibas a la dirección, la directora te hablaba largo y aburrido

sobre la importancia de la obediencia y de las pautas para construir una nación orgullosa de sus habitantes y sus muros. Luego escribía una nota en tu cuaderno que debían leer y firmar tus padres y te citaba para el día siguiente, para ver si habías enmendado el error, si habías vuelto al redil, si te habías sacado de la cabeza, literal y metafóricamente, el maldito moño naranja.

34

—Brisa fue la primera amiga que hice en la escuela. Como su nombre, era un aire leve, un poco de viento que te despeinaba pero no levantaba tierra a tu alrededor. Liviana, etérea, sencilla. Entre ambas construimos, el primer año, una relación simbiótica: ella acataba y comprendía el sistema de normas y reglas y me las recordaba cuando yo me confundía, me mantenía alerta para que no me llamaran la atención, por lo menos no muy seguido. A cambio yo la ayudaba con las letras y números que a ella le costaba aprender. Pero la amistad creció, extendió sus límites más allá de las necesidades escolares hasta transformarse en esa amistad de la infancia que recordás para siempre.

»Brisa era muy cariñosa, muy de abrazar y darme la mano para caminar por el patio. Y yo, que desde la casa uno era desconfiada y practicaba el arte del desapego para que ningún muro me volviera a quitar nada, me dejé llevar. Pero solo con ella.

—Brisa y vos se escribían cartitas de amor —se rio Jaz.

Yo sonreí, a veces a Jaz se le cruzaba un recuerdo que asociaba a otro y daba por hecho algo que no había sucedido.

—Brisa y Zinny, amigas para siempre —siguió ella, haciéndose la graciosa.

Eso sí era verdad. Mi amiga y yo nos pasábamos notitas escritas con lápices de colores, nuestro modo de rebelarnos contra la tinta azul, que decían eso, Zinny y Brisa, amigas eternas. O Brisa y Zinny, y dibujábamos el signo del infinito, el ocho acostado, porque el infinito se parecía mucho a la eternidad.

Para dejar feliz a Jaz, le confirmé:

—Sí, nos escribíamos cartitas de amor. Brisa fue mi mejor amiga pero, por supuesto, no me había olvidado de Samy. Es que ella había sido mi prima antes que mi amiga. Y luego había estado Canela, que era una mujer joven, no contaba. Y Coni, que había sido un error, una

prueba que había salido mal. Eso hacía a Brisa, oficialmente, mi primera mejor amiga de verdad. Por eso sigue doliendo no tenerla a mi lado…

—También era mi amiga —agregó Jaz.

Ese comentario me descolocó por un momento. Brisa había estado en nuestra tercera casa apenas una vez. Me acordaba justamente por eso, porque en tantos años de amistad vino a casa una única vez. Pero esa vez había jugado con Jaz, se había sentado a su lado y le había hecho trenzas en el pelo y la había abrazado como abrazaba Brisa, aunque a Jaz eso no le gustaba tanto.

—Sí, claro, también era tu amiga —le dije a mi hermana, y seguí contando—. La infancia pasa muy lento cuando estás inmersa en ella y luego, un día cualquiera, te das cuenta de que todo sucedió muy rápido, que ni lo notás y ya terminó. Mi infancia terminó cuando dejé de ver a Brisa, pienso. Pero no sucedió de un día a otro, la despedida la fuimos construyendo con los años, de a poco.

»Como casi todos los chicos que conocíamos, Brisa también tenía su historia de muros y de lazos rotos. Pero esa es su historia y no la voy a contar acá, me llevaría tanto tiempo como contar la mía. Sí puedo decir que justamente por eso fue que nos juramentamos, con enorme solemnidad y en una ceremonia que ahora me da mucha ternura recordar, no querernos tanto, no visitar la casa de la otra ni vernos después del colegio. Porque estábamos convencidas de que un día nos tocaría separarnos, que algo se levantaría entre ambas y nos impediría volver a vernos, y debíamos estar preparadas, ser fuertes para cuando llegara el momento.

»No sé en qué andábamos pensando… por qué no pudimos disfrutar mejor el tiempo que estuvimos juntas. Creo que actuábamos un poco… o tal vez ambas habíamos pasado tanto que de verdad sentíamos que solo sufriendo un poco cada día se haría más soportable, cuando llegara, el gran sufrimiento.

—No entiendo —dijo Jaz, y me di cuenta de que estaba dando vueltas… alargando la historia. Y a una buena historia no le debe sobrar ni faltar nada. Así que cerré los ojos por un momento, dejé pasar un retorcijón en el estómago que bien podía ser de hambre como de angustia, y me concentré en lo que realmente quería contar para

terminar de hablar y pensar en el siguiente paso.

35

—No sé por qué nunca les conté a mamá y a papá que en la escuela volví a estudiar violín. Por lo menos por un breve tiempo. No habíamos vuelto a hablar del tema en casa, lo cual a mí me enojaba un poco porque entonces… ¿dónde quedaba mi vocación?, ¿cómo mamá había olvidado eso que había visto en mí, lo que le había dicho el maestro Anton sobre mi talento? A veces sospechaba que sabían lo que había hecho con el instrumento, en la primera casa. Después de todo los padres saben cada cosa que hacés durante tu infancia, aun lo que más deseás ocultar.

»Volví al violín, sí. Un día el profesor de música de la escuela pasó por las aulas invitando a quienes quisieran sumarse a una orquesta y dijo que, entre otros instrumentos, había violines, violas y hasta un violonchelo. Así que me anoté, por supuesto. Y me sonaron conciertos y sinfonías y baladas y variaciones en el alma hasta que volví a sostener el violín viejo y desafinado que me había tocado, hasta que todas las notas musicales me volvieron a la cabeza, y entonces… entonces nos enseñaron a tocar marchas.

»La mayoría de los chicos abandonaron al poco tiempo, más que nada porque la música era muy mala y la disciplina muy estricta. Al final éramos tres violines, dos flautas dulces, un tambor y una tuba. Yo tenía entonces trece años y me quedé, porque aprender algo con un profesor era mejor que seguir sin aprender nada. Las notas eran siempre las mismas, lo que cambiaba era el modo de combinarlas. Y porque si decía a los demás profesores que estaba en la orquesta del colegio, que necesitaba practicar, me permitían ausentarme de algunas clases. Esas horas yo me iba a una salita vacía que era casi un armario y allí intentaba tocar las partituras que lograba copiar del celular de mamá cuando conseguía señal, como “Invierno” de *Las cuatro estaciones* de Vivaldi, o *I’m not the only one* de Sam Smith, de quien

estaba profundamente enamorada, claro. También lo estaba de David Garrett y de Robert Mendoza. Y de Ara Malikian solo un poco, porque era la reencarnación del maestro Anton, no estaba bien.

»Un día el profesor de música me descubrió. Yo estaba tocando una horrible versión personal de *All of me* de John Legend cuando él abrió la puerta de la salita. Entonces traté de recordar los acordes de la última marcha que habíamos aprendido, pero mis dedos se enredaron sobre las cuerdas, el arco se tensó y el violín chirrió de un modo tan violento que por el resto del día todos en la escuela se preguntaron qué había sido eso.

»Antes de solicitar el violín de regreso para siempre, el profesor me corrigió un acorde y dijo que me faltaba práctica, que el corazón lo tenía y que un día tocaría lo que quisiera tocar. Pero no ahora, no allí. Y se quedó observándome un segundo más con la mirada dolida, cansada.

»Yo entendí. Porque tocar sin libertad, al fin y al cabo, era lo mismo que no tocar. Y ya no volví a la orquesta, aunque la tuba y el tambor me lo rogaban.

»Un tiempo después todo volvió a cambiar, ¿te acordás, Jaz?

36

—Porque llegó la carta —dijo Jaz.

—Sí, la carta.

»Hay momentos de mi vida que los recuerdo como si no me hubieran sucedido a mí. Como si fueran escenas de alguna película y yo las mirara desde la platea, comiendo algún dulce, riéndome en algunas partes, aún en las que no son tan graciosas, porque total esa no soy yo. Y la película de ese día bien podría llamarse "La carta". La actriz que hace de mí llega de la escuela y cuando entra al departamento se detiene en la puerta, mira alrededor y hace un gesto con las cejas, como preguntándose qué hay diferente. Su madre ha llegado antes del trabajo y está sentada a la mesa junto a su padre, los dos en silencio. Y entre ellos se ve un sobre color madera ya abierto. La chica da un paso, los padres la miran, los dos al mismo tiempo.

—Contá bien, Zinny —me reta Jaz y Bebé dice sí, sí con la cabeza. Como mi hermana no me permite licencias creativas, vuelvo al tono de antes.

—Había llegado una carta de los tíos.

—Sí, yo no los conocía.

—Claro, vos naciste en la casa tres y ellos estuvieron solo en la primera. Y no sé si antes habían escrito, mamá y papá no me contaban todo, y pienso ahora que si hasta ese día yo no había sabido nada de ellos era porque, si hubo noticias, no eran buenas noticias. Pero esta vez debía ser diferente si el sobre estaba en la mesa, si mamá y papá me miraban de ese modo, si mamá estaba diciendo: Zinny, llegó carta de tus primos.

—Yo crecí en la casa tres —dijo de pronto Jaz, como si hubiese perdido el hilo de la narración.

—Sí, Jaz. Vivimos allí varios años. Yo iba a la escuela, mamá a trabajar, papá te cuidaba. Allí, cuando tenías tres, creo, conociste a

Pura. Cuando hacía buen tiempo y nos dejaban bajar te sentabas al lado de ella en la puerta de su casa, que era lo más lejos que íbamos, y Pura te cantaba o te contaba historias.

—Como vos.

—Un poco como yo, sí. ¿Sigo?

—¿Va a dejar de llover, Zinny?

—Siempre deja de llover, linda. ¿Sigo, entonces?

—No, quiero escuchar la lluvia.

37

A esa altura no sabía a quién intentaba tranquilizar con mi voz, si a Jaz o a mí. Quedarme en silencio y sin saber qué hacer no era mi estado ideal. Hasta ahora habíamos tenido un objetivo: movernos, llegar. Pero estando quietas todo el movimiento parecía suceder solo en mi cabeza. Y eso me abrumaba.

Me paré en medio del cuarto y miré alrededor. No traíamos nada cuando llegamos, pero algo nos llevaríamos al irnos. ¿Qué? Necesitaba hacer nuevas listas. La comida y el agua que quedaban, claro. Los diarios nos habían servido para higienizarnos y para inventar pañales, pero ahora la mayoría estaban humedecidos. Los libros eran pesados, ocupaban lugar. Los documentos… tal vez alguno sirviera. Y nos llevaríamos algunos objetos, sí, podríamos cambiarlos por algo que nos sirviera. Busqué entonces una manta que nadie estaba usando e improvisé un atado. Y luego empecé a juntar algunas cosas cuidándome bien de darle la espalda a Mamá Pura, para que no viera que le estaba robando. En ese momento se abrió el agujero de Isa, había aprendido a distinguir el ruido que hacía al entrar, y solté todo, un poco por la sorpresa y otro por vergüenza. Y luego recordé que la comadreja traería a alguien y un dolor caliente, como una descarga eléctrica, me atravesó el pecho.

Me di vuelta despacio, sin ningún apuro por ver lo que me esperaba. Y allí estaban: paradas muy pegadas a la pared, como listas para escapar si las circunstancias lo ameritaban, no una sino dos niñas parecidas a Isa pero más altas, empapadas, con la mugre corriendo por sus caras y las mismas señales que portábamos todos: que habían hecho un largo camino, que estaban solas, que no tenían a dónde ir. ¡Dos!

Las niñas habían clavado sus miradas en Mamá Pura y en Jaz, yo no parecía tener mucho interés para ellas. La que parecía más grande,

de… ¿trece años?, se acercó al grupo, alzó a Bebé y hundió su nariz en la cabeza del niño. Sin siquiera saber si eran familia, de pronto sentí la necesidad de decirle que lo manteníamos limpio y alimentado, pero me contuve. No me correspondía a mí dar explicaciones. Así que simplemente le saqué a Bebé de los brazos para que entendiera que allí mandaba yo. Que aquella casa y todo lo que incluía eran mi conquista.

—¿Son tus hermanas? —pregunté a Isa, que no me respondió, y luego, para compensar la rudeza de mi bienvenida, alcancé a cada niña media lata de frutas. Qué otra cosa podía hacer.

Nos quedamos todos en silencio mientras ellas comían, hasta que Jaz se acercó a la menor y permaneció a su lado, quietecita, que era el modo en que ella daba las bienvenidas. Entonces Isa las señaló, primero a la mayor y luego a la más pequeña, y dijo:

—Ella es Maira y ella es Amé. Quieren escuchar tu historia, ya les conté algunas partes.

*

Pero yo no volví a contar. Estaba enojada y quería hacer algo grande con mi silencio, que se transformara en una presencia, en un acto de resistencia a toda esa realidad que se me descontrolaba.

Me alejé todo lo que podía alejarme en esa única habitación, lo que significó volver a mi sillón, a la historia de Isa sobre la mesa, a algo que pusiera mi cabeza en otro lugar. Pero sospechaba que lo único que sabía hacer a esa altura era contar. Para los demás y también para mí. Tal vez por eso me encontré de pronto inventándoles vidas a las niñas, sabía que no me contarían las propias y yo no pensaba preguntar.

Fue fácil encontrar un documento con el nombre de María, las mismas letras, otra combinación, y la fotografía de una hermosa niña de diez años que, limpia y bien vestida como estaba, bien podía ser la Maira que tenía adelante. Mi Maira leía poesía, claro, se había llevado de la biblioteca libros de Alfonsina Storni y de Wislawa Szymborska. El padre había sido bombero, un héroe que aparecía en la portada de uno de los diarios y que había fallecido en cumplimiento del deber. A Maira la criaba su abuela porque la madre nunca se había recuperado de la tristeza.

Tenía dos hermanos pequeños, Mario y Miguel, todos nombres con M, como el padre, y además de leer poesía, la escribía. Su poema "La rosa", título muy poco original pero ella era una niña, no se le podía pedir más, había ganado un concurso escolar. A Maira le guardé, de entre los objetos del museo, una antigua flauta que su padre había salvado de algún incendio.

Con Amé la cosa fue más complicada. Podía llamarse Amelia o Amapola, pero solo encontré una Amira de catorce años, que no daba. Así que decidí que Amé era su segundo nombre y la rebauticé Briana, que era un nombre que me gustaba mucho y se parecía a Brisa.

Amé era una futura gimnasta, aún no decidía si prefería ejercicios de suelo, barras o viga, pero le faltaban años para elegir, nadie la apuraba. Era hija de madre soltera, una política que aparecía seguido en los diarios, luchando por los derechos de las mujeres y que, justamente por no callar nunca, había estado presa. Briana Amé había sido cuidada por muchas otras mujeres cuando eso sucedió, nunca le había faltado hogar ni abrazo. Hasta ahora, claro.

*

Cuando terminé de separar papeles, diarios, objetos, hasta un mapa, me sentí infinitamente estúpida e infantil por permitirme el juego, si es que merecía siquiera ese nombre. Pero lo había hecho siempre… desde Anton, desde Mamá Pura… Le inventaba historias a la gente que conocía tal vez porque la realidad era tan… inalterable. Pero nadie vivía en un cuento.

Volví a mirar una vez más lo que había sobre la mesa y de un solo gesto tiré todo al piso.

Esa había sido la última vez.

38

Pasados los primeros momentos de incomodidad las niñas se sentaron alrededor de Mamá Pura, que parecía oficiar de altar. Y Maira, la mayor, me miró con el descaro ganado por andar sola por el mundo y me apuró:

—¿Cuándo empezás a contar?

Yo quise corregirla, decirle que llevaba días contando, que no se trataba de empezar sino de seguir, porque bajo ninguna circunstancia volvería al comienzo de la historia, pero me tragué todas las palabras, había perdido y lo sabía, así que continué como si hubiera pasado la vida entera contando.

—En la casa tres habíamos construido algo parecido a un hogar. No era exactamente como en la casa uno, habíamos perdido mucho en el camino y todos habíamos cambiado, pero aquello se parecía bastante a una pausa, aunque afuera el mundo siguiera llenándose de muros.

»Pasaron los años, algunos amigos de mamá y papá dejaron de venir, nos iban llegando rumores: que uno había cruzado el muro, que de otro se había perdido el rastro, que alguien se había escondido, que a otro se lo habían llevado. Yo escuchaba y absorbía todo pero mis intereses, poco a poco, se fueron alejando de los intereses de los adultos y en algún momento ya tampoco quise saber. Solo seguí conectada a Jaz. Mi hermana crecía encerrada en su silencio y mi meta era atravesarlo, romper la barrera que ella se había inventado.

»Por un tiempo pensé que como Jaz había nacido con los muros eso era lo que había aprendido a hacer: a levantar muros. Como esas historias de niños que son criados por monos o lobos y aprenden a ser animal, caminan en cuatro patas, aúllan.

»Y entonces llegaron todas las noticias juntas y esa pausa que había durado algunos años se acabó, alguien había vuelto a apretar la tecla de *play* de nuestras vidas.

»Fui yo la que bajó a la entrada del edificio a recibir la notificación que traía el correo. Fui yo la que firmó y aclaró su nombre en el comprobante de aceptación. Fui yo la que leyó el papel, porque no estaba cerrado, apenas doblado, al pie de la escalera, sin animarme por un buen rato a subir hasta la casa tres.

»A papá le decían que debía irse. Que no siendo originario de estas tierras, no tenía el derecho de continuar aquí, donde había estudiado y se había casado, donde había dado clases, donde había tenido hijas.

»Papá pareció más molesto porque yo hubiera leído el documento que por el contenido en sí y me di cuenta de que aquello no era una novedad para él, que estaba esperando la noticia. E incluso se la mostró con cierta alegría a mamá y le dijo “la carta de salida”. Eso le dijo, y a mí se me escapó un sollozo, una única inspiración brusca que se convirtió en hipo porque pensé que papá se iba, que nos dejaba. Lo cual no era extraño en absoluto, la mayoría de los papás de mis compañeros de escuela estaban separados y vueltos a casar y a veces separados otra vez e iban dejando por el camino un tendal de hijos e hijastros y mis compañeros tenían que explicar cada vez quién era quién en sus familias. Pero no en la mía, en la mía eso no había pasado, yo tenía bastante con Jaz, no quería nuevos hermanos ni novios de mamá o novias de papá, nuestras vidas eran suficientemente complicadas como para complicarlas aún más, aunque fuera por desamor.

»Mamá notó enseguida mi angustia y se apuró por explicar que nos iríamos todos, claro, que era algo bueno que a papá no le permitieran quedarse porque entonces tendrían que permitirle irse, que por fin cruzaríamos los muros, que era lo que deseábamos desde hacía tanto.

39

—Pero las cosas no resultaron como esperábamos. ¿Alguna vez resultan?

Las niñas se encogieron de hombros, aunque claro que no les preguntaba a ellas.

—Papá me permitió acompañarlo a hacer los trámites que nos autorizarían a cruzar el muro. Y lo que sucedió luego fue tan irreal, tan absurdo, que aún me resulta imposible creer que algo así le pase a cualquiera.

»El hombre sentado en la oficina de Asuntos de Inmigración estudió los papeles de papá sin que se le moviera un músculo de la cara. A mí me recordó un experimento sobre el que había leído una vez: los bebés buscan tu sonrisa. Por eso son tan hermosos y dulces y comestibles, porque si se hacen querer, sobreviven. Si en cambio te mantenés seria e imperturbable al mirarlos, bajan la vista, lloriquean, pero te siguen buscando, te miran de reojo, a ver si todavía pueden conseguir tu sonrisa para que su pequeño mundo siga girando. En esa oficina yo me sentía el bebé y todo lo que quería era la sonrisa compasiva del empleado. Pero no la conseguí, no iba a sobrevivir.

»Los papeles, de todos modos, estaban en orden. Los de papá y los nuestros, que lo acompañaríamos porque éramos familia y nos movíamos juntos, cruzábamos juntos, nos manteníamos unidos. Cuando terminó la inspección el hombre estampó en cada documento presentado su firma y un sello que indicaba que estaba todo bien, que papá no era un criminal ni nada por el estilo, y luego nos envió a la oficina de Asuntos de Emigración para conseguir la libertad.

»La mujer de la oficina de Asuntos de Emigración tampoco sonreía. Tal vez allí tenían prohibido sonreír. Tal vez tomaban a propósito a gente con disfunción de la sonrisa para no generar empatía con los demás, para que no anduvieran ofreciendo favores, una firma más, un

sello extra. La mujer pidió los papeles a papá y nos indicó que nos alejáramos unos pasos. Necesitaba, parecía, no solo tiempo para repasar y volver a repasar cada escrito, también distancia. Yo ya estaba en otro lado, estaba repasando en mi cabeza la "Pequeña serenata nocturna" de Mozart —el segundo movimiento, la romanza, porque el primero no me atraía demasiado con ese tan tatán tatatatatatán—, cuando la mujer levantó la cabeza, me miró primero a mí y después a papá y dijo que no autorizaba. Tan pocas palabras, tan poca cosa y sin embargo…

»Papá insistió, mostró los papeles que lo intimaban a irse. No era su decisión, él no tenía nada que ver.

»Ninguno de los argumentos conmovió a la mujer o le provocó un gesto, un movimiento de cejas, un parpadeo rápido. En cambio le explicó, con tono monocorde, que aquel era un problema entre oficinas, que había una primera oficina que ordenaba algo que la segunda no podía autorizar porque una tercera se lo prohibía ya que una cuarta aún no decidía en verdad qué hacer con lo que había ordenado la primera. Y que por lo tanto Asuntos de Emigración no estaba autorizando salidas. A nadie. Y nosotros éramos nadie, como todos. Y mientras nos señalaba la puerta de salida nos recordó, la mujer, que papá no podía quedarse pero tampoco podía irse. Todo lo demás no era su problema.

»Por supuesto volvimos a la primera oficina, pero el hombre ya no se encontraba y nadie podía decirnos si volvería, si había ido a comer, si se había lanzado desde la terraza del edificio.

»Luego de eso lo tuve que calmar mucho a papá, le susurré melodías suaves al oído, le recordé que mamá y Jaz nos esperaban, porque si hacía algo de lo que quería hacer, desde ponerse a gritar hasta arrasar el lugar, ya no lo dejarían ni quedarse ni irse ni ser. Y hasta llegué a decirle que se fuera solo, que a lo mejor todo el problema era porque nos íbamos los cuatro. Y que luego, estando del otro lado del muro, le sería más sencillo lograr que lo siguiéramos. Pero él solo me abrazó y se quedó en silencio, porque ni una palabra le salía.

40

—Pasaron algunas semanas en las que ni me animé a volver a preguntar sobre ese asunto de irnos.

»Hasta que supe más de lo que quería saber.

»Una noche mamá nos mandó a acostarnos más temprano de lo acostumbrado. Justo cuando llegaron dos amigos y una amiga.

»En una de las paredes de nuestra habitación había un agujero a ras del piso en donde faltaba un tomacorrientes. Yo lo mantenía disimulado con la silla en la que tirábamos los abrigos y las mochilas al volver de la escuela, porque daba a la sala y así podía escuchar las conversaciones de los grandes sin que me vieran.

»Más de una vez me había quedado dormida en el piso, de lo aburridas e intrascendentes que eran las charlas, pero claro que esa noche fue la excepción.

»Que mamá estaba en la lista, eso fue lo que dijeron varias veces, que sabían lo que hacía en el trabajo, con los números. Que mamá era el tipo de persona que si cruzaba el muro seguro lucharía para derribar el muro. Y que papá estaba marcado, o algo así. Por eso no habría permisos ni autorizaciones para ellos. Por eso, con más razón, debían irse. Porque cuando estabas en la lista, cuando estabas marcado…

»Recuerdo que en ese momento sentí un odio inmenso por mamá y papá. Porque ellos no podían hacer nada bien, nada como el resto del mundo. Porque tenían que meterse en cosas raras con los números, escribir libros extraños de biología que no te enseñaban nada de biología, porque no podían resignarse a los muros y los uniformes azules y pensar en nosotras, en quedarnos por fin en un lugar, haciendo lo que teníamos permitido hacer.

»Poco tiempo después llegó la siguiente noticia.

»Era una carta del tío para papá, de hermano a hermano. Una carta escrita a mano en una hoja adentro de un sobre enviado a través de

alguien que se lo pasó a otro que se lo hizo llegar a un tercero. Aquella antigüedad me hizo sentir que la aventura continuaba, que estábamos o seguíamos dentro de una película de espías, enviándonos códigos en forma secreta. Dentro del sobre venía también otro, color lila, dirigido a mí.

»Mi prima Samy, la cabeza que me habían cortado, volvía a tener voz. Una voz de niña aunque fuera mayor que yo, una voz que regresaba para contarme lo siguiente: que la vida del otro lado del muro había sido difícil al comienzo pero que la familia había encontrado ayuda acá y allá, hasta hallar un lugar donde estaban bien, donde se podía crecer, estudiar, ir al cine, practicar un deporte, salir con chicos.

»Samy me decía que me extrañaba, que siempre pensaba en mí, que los suyos no habían olvidado a los nuestros y que sabía que pronto volveríamos a estar juntas, que de eso se ocuparían nuestros papás. Y me contaba más, que hacía unos años había vuelto a tomar clases de violín, que al principio no era lo que más le interesaba pero que eso la hacía sentirse cerca de mí, y que resultó que era buena, que tenía talento, que el instrumento y ella habían ido enamorándose de a poco. Y que ahora tocaba en serio, que daría pronto un pequeño recital, que ojalá al próximo yo pudiera ir.

»Me acuerdo que allí dejé la carta e imaginé a Samy maltratando el violín, tirándolo en cualquier lado para jugar con el arco, y algo en mi pecho se puso denso, caliente, oscuro… Samy tenía un violín, estudiaba violín, tocaba el violín. Samy estaba viviendo mi vida solo porque había quedado del lado correcto del muro. Y ahora esperaba que nos encontráramos para recordarme todo lo que yo había perdido, el tiempo de estudio que no recuperaría, la felicidad que no había conocido.

»Regresé a la sala donde estaban mis padres esperando mi reacción, con la carta hecha un bollo en la mano. Y lloré, aunque yo no lloraba, lloré como loca y mamá me abrazó muy fuerte y se rio, porque pensó que eran lágrimas de alegría.

Aquí me detuve para observar a mi nuevo público. Las niñas me miraban muy serias y no parecían querer hacer otra cosa más que seguir escuchando. Les di el gusto.

—Unos días después, mientras escuchaba a mamá y a papá hacer planes para nuestra partida, aún sin el permiso ni los papeles correctos, me di cuenta de que debía decirle a Brisa que me iría. No sería una sorpresa, nos habíamos preparado para eso desde la vez en que ella vino a casa. Todos allí estábamos de paso. Hasta la escuela era un lugar de paso, aparecían chicos nuevos y se iban compañeros cada mañana. Ahora sería mi turno de abandonar lo conquistado: el pupitre en el que había grabado mi nombre, el respeto de mis pares, ese rincón de sombra en el patio que todos sabían mío.

»Mirando hacia atrás, sin embargo, me parece increíble que haya comenzado y terminado la primaria en la casa tres, que allí haya empezado el secundario. Que estuviéramos tanto tiempo en el mismo lugar. Fue un tiempo en el que el recuerdo de la casa uno y la casa dos, el de estar en el camino, se había ido desdibujando. O no desdibujando realmente porque recuerdo todo y puedo contarlo pero pareció, entonces, que aquello había sucedido hacía mucho, cuando era pequeña, cuando papá todavía me podía alzar (aún podía, aunque ya no lo hacía) y llevar de un lugar a otro como si yo fuera parte del equipaje. Solo el aire se había mantenido igual, siempre olía a que algo iba a suceder, siempre había cierta electricidad en las partículas, cierta estática.

41

—¿No vas a decir nada? —te pregunto.

Me sonreís.

—No. Te estoy escuchando.

—¿Ninguna broma sobre el ataque de celos contra mi prima, que no tenía nada que ver?

—Ninguna. Pero tenés toda mi comprensión. Yo tenía un muñeco… un dinosaurio… si querés mayor precisión era un diplodocus al que, con la mayor originalidad, llamé Diplo y que perdí cuando tenía unos cinco o seis años… Nunca lo pude superar. Y a veces pienso que todo lo que nos pasó, los muros, las separaciones, los enfrentamientos… todo se puede explicar a través de la pérdida de Diplo.

Te miro.

—Hace un rato hiciste el mismo chiste pero con un superhéroe —digo.

Me mirás.

Soltamos la carcajada al mismo tiempo.

Luego te acercás a mí hasta que nuestras narices casi se tocan y desde el centro de mi cuerpo un aire tibio se me desplaza por entre los huesos, me pone las mejillas coloradas. Quiero seguir contando solo para que sigas escuchándome de ese modo.

42

—De pronto nuestra tercera casa se cubrió de una inquietud nueva. Mamá y papá se la pasaban haciendo planes y los amigos que aún los visitaban entraban y salían más seguido, como si cada uno tuviera algo que aportar. Se había puesto en marcha nuestra huida, no podía llamarse de otro modo porque eso sería lo que haríamos. Huir. Y mientras los adultos hacían sus planes yo comencé a hundirme en algo que se parecía a un lago de aguas negras.

»Brisa nunca quiso despedirse. El día que me acerqué para decirle que nos iríamos me detuvo con un gesto de la mano y me tiró un beso. Y luego dio media vuelta y no volvió a hablarme aunque aún faltaban unos días. Así que en verdad no llegué a decirle nada, ni adiós, ni te voy a extrañar, ni fuiste la mejor amiga que tuve. Nunca habíamos hablado de cómo nos despediríamos cuando llegara el momento y eso fue lo que nos salió. Yo seguí yendo a la escuela unas semanas más y nos cruzábamos, pero eso era todo. Y estaba bien, parecía justo.

»Tal vez como ya no tenía a Brisa fue que empecé a pensar en Samy. Estaba segura de que ella me trataría como si yo no supiera nada de la vida, como si hubiera vivido dentro de una caja (lo cual era cierto, de algún modo, pero eso solo podía decirlo yo), como si todo en mí estuviera fuera de lugar, viejo, pasado de moda. Y trataría de enseñarme a tocar el violín. ¡Samy me enseñaría a mí!

»Entonces comencé a pensar que todo había sido un error, esta vida de despedidas, de mudanzas, de miedos había sido un error. Y reconfirmé lo que venía pensando, que simplemente deberíamos haber aceptado las cosas como eran desde la primera casa y el muro y así hubiéramos sido mucho más felices, no nos hubiéramos pasado la vida buscando o esperando algo que, en verdad, ya ninguno de nosotros sabía qué era.

*

La furia que había sentido volvía a crecer dentro de mí y no era el momento, para qué. Ahora estaba aquí, en esta casa, con estos niños, buscando cómo seguir.

—Dejó de llover —dijo entonces Jaz.

Y los cinco miramos hacia el techo, como si fuera transparente y nos permitiera ver el cielo. Pero enseguida volvimos a bajar las cabezas y entonces noté lo que estaban haciendo las niñas: cortaban con los dedos pedacitos de hojas de los libros a los que luego daban forma de flor y disponían sobre Mamá Pura. Decenas, cientos de pequeñas flores del color del papel viejo iban cubriendo a la mujer, que seguía respirando quedo, intermitente; que seguía respirando siempre al borde de dejar de respirar.

Entre la humedad, la poca luz grisácea que se filtraba por los agujeros y las gotas que se empecinaban en seguir cayendo, aquella, la de Mamá Pura cubierta por un tapiz de flores, con las niñas alrededor, me pareció una imagen muy bella. Y pensé que si la mujer pudiera verse a sí misma le resultaría adecuada, hasta encantadora esa escena, hermosa y pura como el nombre que le habíamos elegido.

43

Mi único plan hasta ahora era contar nuestra historia a Mamá Pura. Ella sabría qué hacer cuando despertara. Pero no iba a despertar y yo había preferido no darme cuenta. Entonces informé al grupo:

—Si dejó de llover tenemos que irnos.

Y me levanté, me estiré un poco y allí me quedé, sin saber qué otra información enviar a mis músculos. O tal vez debíamos esperar… Si la tormenta nos encontraba a todos afuera, con Bebé, con Mamá Pura en ese estado… ¿A todos? Tal vez solo debía abrir la puerta y dejar que cada uno tomara su camino. Las niñas e Isa ya habían estado solos, parecían saber lo que hacían. Ellos se llevarían a Bebé y Jaz y yo seguiríamos por nuestra cuenta, porque a Mamá Pura seguro que la vendrían a buscar. Por algo todo lo importante de esa ciudad, sus documentos, sus libros, sus tesoros estaban allí, esperando.

Un nuevo trueno terminó con mis dudas y yo agradecí a la tormenta que regresara porque no estaba lista para decidir nada. Por ahora solo podía seguir contando.

—Nos fuimos de noche, todos se iban de noche como si en la oscuridad se diluyera tu sustancia, te hicieras invisible.

»Mamá y papá llevaban, cada uno, una enorme mochila. Y Jaz y yo llevábamos otras pequeñas con lo que no habíamos podido dejar atrás. Que era poca cosa, porque en verdad nunca habíamos tenido demasiado. Son vagos los recuerdos de esa noche… había niebla, tal vez por eso. O tal vez porque mi cabeza no lograba enfocarse en el paso siguiente, en para qué, al fin y al cabo, estábamos yéndonos. Sé que alguien nos llevó en auto pero no recuerdo quién, sé que fueron algunas horas de marcha pero no recuerdo la ruta. Luego caminamos un poco más hasta llegar a la orilla de un río en donde el muro se acababa, para volver a levantarse un poco más allá.

44

De pronto revoleás los ojos y a mí ese gesto no me gusta nada.

—Contás la historia como si surgieran muros mágicos de la tierra por todas partes. Como si tuvieras que cruzar corriendo la calle porque en cualquier momento, ¡zas!, ¡un muro!

Esto último lo decís con tono agudo y moviendo las manos como una señora asustada. Pero yo me mantengo seria porque no me estás tomando en serio y, a la vez, me doy cuenta de que estás hablando más, de que me estás hablando de otro modo. Y eso me gusta, me gusta mucho.

Como sigo sin decir palabra, agregás:

—Pero los muros son unos pocos y están en los lugares en donde todos sabemos. Supongo que tu familia tuvo la mala suerte de moverse siempre cerca de los límites, por eso esa sensación de que los muros aparecían a cada momento. Porque los viste construirse, pero tampoco la pavada.

Es cierto… en mi cabeza veo los muros como si aparecieran en todos lados y en cualquier momento. Y por supuesto que no fue así. Pero me atravesaron, son parte de mí… Igual no pienso agradecerte la aclaración y vos ya estás preguntando en qué me quedé pensando, justo ahora que estoy desprevenida, un poco distante, frágil.

—Somos construcciones —digo—. Nos vamos armando y rearmando con retazos de lo que nos rodea, soy un poco de muro, un poco de mis padres y de Jaz, un poco de las amigas que tuve, un poco de vos, un poco de violín. Mucho de violín, espero.

—Y mucho *de mí —susurrás, casi como para que no te escuche.*

Y yo digo que sí con la cabeza, sí, sí, sí.

45

—Pero no cruzaron el río —dijo Isa, regresándome a la historia.

—No —respondió Jaz—, Zinny no quiso.

La acusación me golpeó y me quitó todo deseo de seguir contando. Las niñas, Amé y Maira, que se habían mantenido en silencio, tanto que me era sencillo olvidar que estaban allí, me miraron de frente, y hasta en los ojos de Isa me pareció advertir una condena. Estaba bien, yo no había querido. No había cruzado el río y, como si aquello no fuera suficiente, tampoco mi hermana lo había cruzado. Por mi culpa. Porque eso era lo que yo hacía: arrastrar a Jaz hacia el borde del precipicio.

Cuando reaccioné, dije:

—Nos vamos.

—Llueve —me recordó Jaz.

—Nadie ha muerto de lluvia —respondí y apuré a los demás—: preparen a Bebé y lleven frazadas, comida y botellas de agua. Si quieren algo de acá, que sea algo que cada uno pueda cargar.

—¿Y Mamá Pura? —preguntó la más pequeña, al borde del llanto.

—A Mamá Pura la vendrán a buscar, estará bien.

—¿Quiénes la vienen a buscar? —quiso saber Isa.

—Los suyos —dije sin más explicaciones.

—¿Y cómo se la van a llevar, si no puede caminar? —insistió él.

—En auto, tonto. La van a venir a buscar con un auto, una camioneta, no sé.

Imposible entender la razón de lo que pasó a continuación, cómo se entendieron o se comunicaron esos cuatro críos, cómo se pusieron de acuerdo y en mi contra. Porque dijeron no. Primero todos juntos, luego fue Jaz la que aclaró:

—No. Cuando vengan a buscarla nos vamos, ¿no, Zinny?

Y yo supe que me habían sitiado, que había perdido el control, si es

que alguna vez lo había tenido, y me volví a sentar en el piso, derrotada, pensando que tal vez aquel era el final de nuestro camino.

*

Pasó un buen rato hasta que volví a hablar, para tapar el ruido de la lluvia y el llanto quedo de Bebé, porque también él protestaba, a su manera.

—No cruzaríamos el río esa noche, debíamos esperar a otro grupo, esperar cierto momento, esperar instrucciones. Mamá y papá parecían saber esto y se acomodaron cerca de la orilla como lo habíamos hecho años atrás en el camino. Yo me iba enterando de lo que sucedía de a poco, cuando preguntaba y solo lo que preguntaba, por lo que el enojo que traía no hizo más que crecer, enraizarse en mí, echar brotes. Y como no sabía nada, como nadie me explicaba, pensaba. Mi cabeza disparaba imágenes, palabras, ideas con una rapidez y una superposición que solo servían para confundirme más. Pero no era algo que yo pudiera controlar, solo sucedía.

»Pensaba que de la casa uno nos habíamos tenido que ir por el muro. El muro era algo tangible, concreto, había partido la familia en dos, me había quitado el violín.

»La siguiente casa la habían tirado abajo con nosotros adentro, había desaparecido y se habían llevado a Canela, al manco del seis, las fusas y las corcheas. Pero a la casa tres no le había sucedido nada. Seguía estando en su lugar, podíamos regresar si queríamos. Mañana podría aparecer en la escuela como si nada, le podría dar un abrazo a Brisa, decirle que había sido un error, que no habría despedidas. Podría, si me animaba, volver a estudiar violín hasta ser mejor que Samy, hasta que yo también diera conciertos y seguro que así me darían permiso para atravesar el muro. Jaz comenzaría la escuela, haría amigos. No tendríamos que huir porque… ¿de qué estábamos huyendo? ¿De la imposibilidad de elegir lo que querías hacer de tu vida? Yo nunca había elegido… ¿De que papá no pudiera trabajar? Si dejaba de escribir su maldito libro seguro le quitaban la marca o eso que le habían dicho que tenía. ¿Qué significaba, después de todo, estar marcado? ¿O nos íbamos porque mamá no podía enseñar? Claro que

ella estaba en alguna lista, todos aparecíamos en alguna lista.

»Fue uno de esos momentos en los que la cabeza te engaña, en la que te hace olvidar y negar todo lo demás, lo que habíamos vivido, lo que significaba seguir allí, en el mismo lugar, entre muros.

»Mamá y papá dormían cuando tiré de la mano de Jaz y emprendí el camino de regreso, en medio de la noche más silenciosa que recuerdo. Esta vez era yo la que tenía razón. Y cuando ellos vieran que habíamos vuelto a casa, porque les había dejado una nota, no es que estaba escapando así sin más, se darían cuenta y retomaríamos la vida que habíamos puesto en pausa.

—Jaz se podía quedar con tus papás —dijo Isa, dándole un giro a mi narración que yo no esperaba.

—Sí, pero la llevé conmigo —respondí.

Yo le había comenzado a contar esta historia a Mamá Pura. Para que cuando despertara supiera de nosotras, para que no se encontrara de golpe con dos desconocidas, para que nos dijera cómo seguir. ¿A quiénes les estaba contando ahora? ¿A quiénes debía darles explicaciones? ¿Cuándo esos niños se habían convertido en la voz de mi consciencia?

Sí, me había llevado a Jaz. La había llevado conmigo porque pensaba que sabía lo que hacía, lo que era mejor para nosotras. Y porque por un instante, cuando me levantaba aquella noche sin hacer ruido, mientras buscaba mi mochila y miraba alrededor, pensé que tal vez mis padres cruzarían el río igual si era yo la que faltaba. En cambio llevando a Jaz conmigo me aseguraba de que no siguieran adelante, de que nos buscaran. Eso no se lo dije a mi hermana, claro, no se lo diría tampoco a esos esos niños que estaban trastornando todos mis planes. Así que repetí, para que quedara claro:

—La llevé a Jaz. Y deshicimos camino. En algún momento pasó un camión y yo me animé a hacer señas para que nos llevara. El conductor se detuvo, nunca preguntó qué hacíamos dos jóvenes solas, en la ruta, en medio de la noche, y yo agradecí su discreción. Jaz se durmió enseguida en cuanto nos acomodamos en el asiento del acompañante. Yo me quedé bien despierta, atenta, recordando todas las historias que había oído sobre hombres que levantan a chicas en la ruta, pero llegamos a salvo.

—Yo no dije no —dijo Jaz en ese momento.

—¿No a qué? —pregunté.

—No dije que quería quedarme con mamá y papá, pero lo pensé.

—Está bien—dije, con un nudo en la garganta—, yo tomé la decisión y te llevé conmigo. No quisieras estar lejos de mí, ¿no?

—No. Si vos vas, yo voy.

46

—Llegamos cuando amanecía. El camionero nos había dejado en la entrada de la ciudad pero no importaba, caminamos y fue lindo, en ese momento, ir viendo cómo el mundo iba despertando, los comercios que abrían, los ruidos que comenzaban a mezclarse, la gente que salía a trabajar. Creo que nunca imaginé tantos proyectos como durante esas cuadras hasta nuestro edificio. Terminaría el secundario y estudiaría música, ya lo había decidido. Invitaría a Brisa a mi casa todas las veces que quisiera, haríamos planes para el futuro. Jaz iría a la escuela, mamá retomaría su trabajo y haría las cuentas bien, papá se quedaría en casa, donde nadie lo viera. Qué importaba vivir rodeados de muros si nos teníamos a nosotros, si no necesitábamos ir más allá para seguir con nuestras vidas. Nada parecía complicado en ese momento, mamá y papá entenderían.

»Cuando llegamos a la esquina de la calle donde vivíamos fue que entendí todo, me detuve y empujé a Jaz contra la entrada de otro edificio. Y me sentí la persona más estúpida del mundo, estúpida, estúpida. Me sequé las lágrimas, no quería que Jaz me viera llorar porque yo no lloraba, me paré derecha a pesar de ese dolor inmenso que sentía en el pecho y no di un paso más.

»Por las ventanas de la que había sido nuestra sala un par de hombres tiraban nuestras pertenencias a la calle y quienes habían sido nuestros vecinos se lanzaban desesperados en busca de lo primero que pudieran recoger: el acolchado azul de mi cama, la olla en la que a papá siempre se le quemaban las pastas, las cortinas tras las que se ocultaba Jaz.

»En la calle había además dos autos oscuros y hombres con armas. Y Brisa. En la calle, a un costado, estaba Brisa, mirando hacia arriba, hacia las ventanas de nuestro departamento por las que iban arrojando nuestras vidas. En un momento se acercó a la pequeña multitud que se

disputaba nuestras pertenencias, agarró algo, lo apretó contra su pecho, se dio media vuelta y se alejó. Parecía que lloraba.

—Mi almohadón de pájaros estaba en la calle —dijo Jaz, muy bajito.

Mi hermana no se había movido los minutos que nos quedamos allí, espiando cómo se deshacían nuestras vidas pasadas. No había dicho nada, no había dejado escapar ni un suspiro. Cuando pude dominar el horror de aquella escena, inclinarme hacia ella y mirarla, me di cuenta de que otra vez estaba muy lejos y preferí dejarla allí, donde se encontraba a salvo.

47

—¿Sabías cómo volver? ¿A dónde? —preguntás.

Digo que no con la cabeza. A los niños les tuve que contar todo pero vos te das cuenta, sabés, y eso me hace sentir mucho más liviana.

—Regresar a la ciudad, dar la dirección de casa fue sencillo —digo—. Recién ahí, mientras sucedía todo y supe que tenía que volver con mis padres, me di cuenta de que no tenía la más mínima idea de a dónde ir.

—Y buscaste a alguien que te llevara al río…

—Sí, tal cual, otro camión, esta vez más pequeño. Los camioneros deben de formar una especie de hermandad secreta cuyo fin es levantar desamparados en los caminos. Por eso, cuando a este le dije: al río, pensé que iba a entender.

Me abrazás muy fuerte y me dejo abrazar pero no te rodeo con los brazos, los cruzo sobre mi pecho y así me abarcás entera, me sostenés.

—Tonta —me decís al oído.

—Tonta —repito.

48

—No encontramos a mamá y papá —Jaz resumió la historia, le quitó todo lo superfluo y dijo lo único que importaba del modo directo: no encontramos a mamá y papá.

—El hombre, el camionero —continúo yo—, nos llevó a un río en donde se pescaba y las familias hacían picnics, en donde nadie esperaba cruzar porque total del otro lado seguía siendo el mismo lugar, cualquiera podía subirse a un bote, bajar en la otra orilla, caminar hacia el muro.

»El hombre notó mi desolación cuando llegamos, o tal vez se dio cuenta de que nunca habíamos estado tan perdidas, porque se bajó con nosotras llevando un termo y vasos, nos convidó un café fuerte y difícil de tomar pero que ambas, a pesar de que no estábamos acostumbradas al café, agradecimos, y se quedó a nuestro lado.

—Y preguntó, ¿es acá? —dijo Jaz, que parecía cada vez más entretenida y atenta a la historia, y a mí me maravilló su memoria, que hubiera estado tan presente cuando parecía estar tan lejos.

—Sí, preguntó eso. Y yo entonces me jugué a todo y le dije, de un modo algo críptico, esperando que él comprendiera la clave: al río donde cruzan. Eso le dije, y el hombre asintió con la cabeza, terminó su café y se quedó mirando a nada en particular. O pensando, no sé.

»Recién después de unos minutos se encogió de hombros, recogió los vasos y dijo que él no podía llevarnos, que era mejor quedarse. Volvió a su camión y partió. Por primera vez ya no teníamos a dónde volver. Ni a dónde ir.

»Yo imaginaba que en todo ese tiempo mamá y papá ya habían regresado a nuestra casa, a buscarnos, porque era allí a donde les había dicho que iríamos. Y que al no encontrarnos también ellos se habían sentido perdidos, solos, abandonados. Tal vez por eso ellos tampoco pudieron seguir. O alguien los vio, a lo mejor, y avisó a los

hombres que tiraban nuestras cosas por las ventanas. Todo estaba sucediendo porque yo había tomado decisión equivocada tras decisión equivocada. Por lo tanto allí, en ese parque, frente al río, terminaba nuestro camino.

»Pero entonces sucedió lo inesperado. El camionero regresó caminando, directo hacia nosotras pero mirando hacia el río, como disfrutando del paisaje. Y cuando pasó a mi lado me rozó apenas y me puso un papel en la mano. Caminó un poco más y luego dio la media vuelta y yo me prometí no mirarlo aunque todo en mí decía que lo corriera, que le suplicara que nos llevara con él. Pero acababa de recordar algo que decía mamá cuando volvía del trabajo y que recién en ese momento comprendí: que había ojos en todos lados, que había que estar atento. Así que le pasé un brazo a Jaz por los hombros para no moverme siquiera, para plantarme ahí hasta que me crecieran raíces.

»Yo sabía lo que decía el papel, no necesitaba leerlo siquiera. Un rato más tarde, entonces, levantamos nuestras mochilas y buscamos un lugar donde comer algo y pensar qué hacer.

»Separarnos había sido una de las opciones que contemplaron mis padres cuando dejamos la casa aunque nunca sospecharon que sería yo la que eligiera irse. Por eso yo tenía dos direcciones en las que podíamos reencontrarnos, una de este lado, la otra del otro lado muro. Y sí, ya sabía que era más sencillo quedarnos de este lado pero… ese lugar estaba muy cerca de nuestra casa y Jaz y yo no podíamos volver, no otra vez. Así que solo nos quedaba cruzar, ahora que sabíamos desde dónde hacerlo.

—¿Acá van a reunirse? —preguntó Maira con ansiedad en la voz.

No, no era acá, no vendrá nadie a rescatarnos, quise decirle, pero me contuve y me pareció un buen momento para dejar de hablar.

Esta vez había perdido la noción del tiempo en serio, la lluvia y la falta de luz habían ayudado, por lo que no sabía si era la tarde o entrada la noche. Solo que habíamos estado quietos demasiado. Así que mandé a los niños a pararse, moverse, poner algunas cosas en orden aunque no hiciera falta, a organizar la cena.

Jaz y Amé se ocuparon de Mamá Pura, la habían adoptado de muñeca y le daban sorbitos de agua y jugo de frutas de una lata que la

mujer devolvía en su totalidad. Pero las niñas no notaban las señales, le limpiaban la boca, le sostenían la cabeza e insistían en su propósito. Yo no dije nada, no parecía tener sentido. En tanto Maira hacía lo mismo con Bebé, que se alimentaba con mayor entusiasmo. E Isa comenzó a acomodar los diarios y libros húmedos contra un rincón, lo cual tampoco servía para nada, pero lo mantenía ocupado. Temí de pronto adecuarnos a alguna rutina y quedarnos allí para siempre. Las niñas crecerían, adorarían el fósil de Mamá Pura, Bebé tendría cuatro madres y un padre, yo seguiría contando hasta perder la voz.

Ese horror de futuro fantástico, como el de las novelas prohibidas que circulaban de mano en mano entre los chicos de la escuela, me despertó. En cuanto volviera la luz saldríamos de allí y no importaría ninguna otra cosa, solo irnos.

Una noche, Zinny, me dije. Una única noche más.

49

—Así que decidiste vagar por el mundo junto a tu hermana. Zinnia la heroína.

—A esa altura mi claridad mental no era exactamente… clara. Y el camionero me facilitó la decisión. Si Jaz y yo conseguíamos cruzar por nuestra cuenta les ahorrábamos a nuestros padres un montón de problemas.

—Eso pensaste…

—Eso pensé.

—¿Y cómo salió el asunto?

Cierro los ojos y te vuelvo a ver como te vi la primera vez. Bajo la voz y digo:

—Si hubiera salido bien vos y yo no nos habríamos encontrado.

50

Esa noche los niños abrieron más latas que las permitidas en mi lista mental y no dije nada. Nos iríamos en cuanto amaneciera, estaba decidido, así que podíamos darnos ese permiso. Un rato después todos dormían y las respiraciones se fueron acomodando y superponiendo hasta que pareció que lo hacían al unísono, que eran un único individuo. Solo alguna palabra entre sueños o un murmullo rompían aquella armonía.

Acomodé y tapé a cada uno y volví a hacer uso de mi sillón. Por un instante me sentí en paz, en casa, junto a una nueva familia extraña, pero familia al fin. Pero como no podía dormirme seguí contando mi historia, sin voz, solo para mí.

Nos llevó medio día de viaje llegar allí, a ese rincón del río desde donde se cruzaba al otro lado, y por supuesto que mamá y papá ya no estaban. Pero durante el trayecto que hicimos en ómnibus, que por suerte había podido pagar, y lo mucho que caminamos después, yo imaginé que sí, que estarían esperándonos. Que fieles al consejo que nos habían dado desde pequeñas cuando hacíamos algún paseo: “si se pierden no se muevan del lugar, nosotros las encontraremos a ustedes”, se habían quedado quietos.

También pensé que nos estaría esperando la policía, el ejército, los hombres con armas de los autos oscuros. Si todos cruzaban por allí, si el camionero sabía del lugar, ¿cómo era que no había sido amurallado, cercado, dinamitado? Para esa pregunta solo podía sospechar una respuesta: que había que pagarle a alguien o a algunos. Y mucho.

Eran otros los que huían esa noche, eran otros los que organizaban la partida, y por un instante se me paralizó el corazón porque allí no éramos de nadie y no teníamos el dinero suficiente. Por lo que nos hicimos pequeñas, invisibles, silenciosas. Bajamos las cabezas y dejamos que la marea humana nos fuera llevando. Eran los hombres

los que se ocupaban del negocio, por lo que nos movimos cerca de las otras mujeres como si fuéramos una hija más, otra hermana, quién se fijaría en aquel tumulto, quién se daría cuenta, quién nos vería en medio de la desesperación calma que imperaba.

Jaz y yo partimos en el tercer bote que se hizo al río aquella noche. Éramos muchos, íbamos apretados y el aire olía a resignación y esperanza. Y en cuanto nos alejamos de la orilla comenzó a escucharse como un quejido, un lamento débil al principio que se fue haciendo más fuerte a medida que avanzábamos. Eran las voces de quienes nos rodeaban, eran muchos rezos y ruegos y promesas y vaya uno a saber qué más pedían esas palabras recitadas muy bajo, muy para uno, pero que allí se convertían en una música que se apagó solo cuando llegamos al otro lado.

Yo había fantaseado muchas veces con ese momento. En mi imaginación cruzábamos un muro que de pronto se abría para nosotras, o que se desmaterializaba. A veces lo escalábamos, llegábamos a lo más alto y contemplábamos el horizonte como si hubiéramos conquistado la cima de una montaña. Pero no sucedió nada de eso, claro, solo se trataba de un bote viejo surcando las aguas de un río.

En la otra orilla una mujer nos ayudó a bajar a tierra. Jaz temblaba y la mujer le secó con una toalla la cabeza húmeda por la bruma de la noche y le dijo algo al oído, supongo que palabras de aliento. Luego se dirigió a mí, dijo que teníamos suerte, que esa era la tercera vez que ella intentaba cruzar. Me dijo que había gente que se ahogaba o perdía en las aguas, imagínense, dijo, en las aguas, de noche… Y sin soltar a Jaz agregó que tuviéramos cuidado, que si seguíamos adelante pensáramos en ella, que había tenido suerte recién a la tercera vez.

Yo no entendí a qué se refería, no pensábamos ir a ningún otro sitio, ya estábamos del otro lado, aquí nos encontraríamos con mamá y papá y luego iríamos a donde estaban los tíos y Samy y Carlo, retomaríamos nuestras vidas y de a poco todo esto se iría convirtiendo en recuerdo, en una anécdota para contar en el colegio a los nuevos amigos.

Todavía no sabía que sabía tan poco.

51

Minutos después de haber arribado a la orilla la mayoría de la gente ya se había marchado y hasta el bote había desaparecido. Yo no tenía idea de hacia dónde ir, por supuesto, solo sabía que necesitaba llegar a algún poblado y allí esperar que mamá y papá nos encontraran, porque claro que nos iban a encontrar. Tenía mi mochila y aún me quedaba dinero así que no veía mucho problema. Podíamos descansar, esperar a que amaneciera, faltaba poco.

Pero entonces la noche se iluminó con unas luces bruscas, se oyeron algunas órdenes, corridas. Alguien agarró a Jaz de un brazo y yo alcancé apenas a aferrarla del otro, tirarla hacia mí, gritar no sé qué. Está bien, dijo una voz de hombre, está bien, repitió. Enseguida soltó a Jaz, se acercó, llevaba un chaleco blanco con el nombre de una sigla que no supe traducir, todo sucedía tan rápido, los gritos, las luces, el miedo.

El hombre volvió a decir está bien, luego me dijo su nombre, preguntó los nuestros, si estábamos solas, de dónde éramos. Yo respondí a medias, le dije cómo nos llamábamos pero inventé un apellido, le dije el país pero no la ciudad. Y luego lo seguimos, qué otra cosa podíamos hacer.

Un rato después Jaz y yo y los pocos que no habían sabido hacia dónde correr cuando se bajaron del bote viajábamos a bordo de una camioneta a algún lugar de este lado del muro en donde estaríamos mejor, pensé.

52

Esa primera noche me di por vencida, me dejé llevar, solo me preocupé por no soltar a Jaz. Le iba a sacar ampollas en las manos de tanto apretárselas con mis dedos transpirados, pero no me importaba. Llegamos a un refugio, anotaron nuestros nombres, nos dieron una sopa caliente y una manta, nos acompañaron hasta una carpa y nos señalaron dos catres, que enseguida uní. Usamos nuestras mochilas como almohadas para que no nos las robaran y por fin nos dormimos, y esa fue la única y última calma que tuve en un buen tiempo.

Por la mañana, cuando salí de la carpa y vi el alambrado sentí que me moría en ese instante, porque algo estaba agarrotando mi corazón y no me dejaba respirar. Me incliné hacia adelante, no sentía exactamente dolor sino un calor profundo que se iniciaba en el centro del pecho y subía hacia mi cara. Me estaba quemando ahí mismo, a la vista de los que empezaban a rodearme, hasta que sentí un par de brazos a mi alrededor y entonces me permití morirme del todo, porque alguien me sostenía.

Desperté en la enfermería, dijeron algo sobre el pánico, pero yo sabía que había sido otra cosa, la certeza de la pérdida, de la derrota.

Admito que me puse un poco loca en ese momento, empecé a gritar que quería ver a Jaz, que nos iban a separar, que se la habían llevado, pero alguien trajo a mi hermana y, para mi sorpresa, esta vez fue Jaz la que sabía más que yo, así que ella me dijo un poco y otro poco pregunté a quienes pasaban a mi lado.

Supe que detrás del muro no nos querían, que en verdad no nos querían en ningún sitio y por eso ese alambrado alto, fuerte, para ver si podían atajarnos a tiempo, contenernos a todos juntos en esa jaula gigante hasta saber qué hacer con nosotros. Ahí entendí lo que había dicho la mujer del bote, lo de avanzar. Si no nos querían acá había que ir a otro lugar, ¿no? Y lo de las tierras de nadie, supe. Que esta franja

se la habían disputado los dos lados y por eso quedó desierta, donde había hogares quedaron escombros, donde había vida quedó desolación, como una pausa entre patrias pero también una pausa en el tiempo.

Y que para llegar a donde creí que llegaríamos había que cruzar el alambrado, claro, y que no era nada fácil, que la mayoría de las personas eran devueltas y otros preferían quedarse acá el tiempo que pudieran, donde por lo menos había un refugio, había comida y podías seguir soñando con avanzar.

A mí me resultó tan clara la lógica de todo aquello, el hecho de que cada territorio levantara su propio muro y en el medio construyeran algo así como la fosa de los cocodrilos pero sin cocodrilos, que me sentí una idiota por no haber pensado en esa posibilidad. Y supuse que mamá y papá sabían, claro, que ellos tenían un plan para cruzar ambos muros pero no se les había ocurrido contármelo completo, no habían pensado en la posibilidad de perdernos en el medio.

Cuando estuve mejor nos llevaron a Jaz y a mí de vuelta a la carpa de las chicas, todo el sitio era un manojo de carpas, nos volvieron a indicar dos catres de un rincón y eso fue todo. No había más planes para nosotras, salvo esperar. Tal vez mamá y papá también llegaran allí, tal vez aquel era un intervalo obligado antes de seguir camino.

Los días eran todos muy parecidos en el refugio. Levantarnos, ordenar y limpiar, desayunar poco, tiempo libre, almorzar menos, tiempo libre, ayudar en distintas tareas, cenar lo que hubiera sobrado del desayuno y del almuerzo, ir a dormir. Lo mismo el día siguiente y el otro. Y cada día llegaban más chicas y había que poner los catres más juntos, o directamente compartirlos. A Jaz le gustó pasarse a mi cama y enseguida la suya la ocupó Mila, que venía de mucho más lejos que nosotras, de un sitio en el que ya no había nada y estaba prohibido todo, y pensaba seguir viaje en cuanto supiera cómo.

Mila era un poco más grande que yo y hacía mucho que andaba sola (allí no le inventé una vida a nadie, no hacía falta), buscando un lugar en el mundo donde poder amar a quien quisiera, hacer lo que deseara, tener un plato de comida cada día. Fue la única persona del refugio que supo acercarse a Jaz, que logró conversar un rato con ella, y por eso yo también le presté atención.

Es que Jaz parecía, casi, una prolongación de mi cuerpo. Una gata enmarañada en su dueña, dijo alguien a nuestras espaldas, pero no le hicimos caso. Y a quién podía importarle lo que hacíamos o dejábamos de hacer.

Varias de las mujeres más grandes habían intentado que Jaz les prestara atención, cuidarla un rato, peinarle esos hermosos rulos cobrizos, cantarle una canción. Cuidarla como a las hijas o nietas que no tenían a mano, pero Jaz no se dejaba, estaba arisca y sí, a veces parecía una gata, así que yo la mantenía a mi lado y gracias a que tenía que prestarle atención mis días no eran tan huecos. Porque cuando pensás en alguien antes que en vos, cuando tenés de quién ocuparte, una responsabilidad, todo es muy diferente. Aunque mi hermana era también como una pequeña ancla que yo debía llevar al cuello, que me limitaba. Supongo que todo tiene su lado de luz y de oscuridad.

53

De pronto te miro, como si hubiera recordado que seguís acá, a mi lado y digo:

—Estoy hablando un montón. Mejor me callo.

—No, no, además todavía no llegaste a lo más importante.

—Cuando te veo.

—Cuando me ves.

54

Con Mila volví a reír, por lo menos de a ratos. Otras chicas se habían sumado al grupo y juntas nos escapábamos después de la cena y nos animábamos a ir un poco más allá de las carpas, hasta que la vigilancia pegaba un par de gritos y debíamos volver.

A veces, ya de noche, encendíamos un fogón bajo las estrellas, entre unas piedras, y cantábamos canciones que todas conocíamos o nos contábamos historias de amor. Mila había tenido tres novios y una novia y a todos les había dicho lo mismo, que la buscaran del otro lado del muro. Paloma, que tenía un año menos que yo, había dejado un novio en su ciudad, al que dudaba volver a ver. Y cada vez que hablaba de él lloraba y se lamentaba hasta que ya nadie volvió a preguntarle nada, ni a consolarla.

En esas rondas nocturnas yo no hablé sobre mí, no había nada que fuera interesante, pero aprovechaba para escuchar, para aprender. Había tanto de la vida que no sabía…

Fue Vanda, una de las chicas más grandes, la que nos contó exactamente qué era este lugar, dónde estábamos en el mapa, cómo se llegaba al otro lado. Era la segunda o tercera vez que intentaba cruzar, creo, y cada vez había terminado aquí, en el refugio. Así que ya conocía y con cada experiencia sumaba información. Había varios que decían que en verdad era periodista, y como no se permitían los periodistas en el refugio ella se hacía pasar por una de nosotras y hacía el mismo camino una y otra vez, y luego escribía lo que había vivido. A mí esa me pareció una manera muy interesante y digna de ganarse la vida, y por un momento hasta pensé en olvidarme del violín y dedicarme a escribir esto que había vivido.

*

Hacía tres semanas que estábamos en el refugio y aún no sabíamos qué sucedería con nosotras, si nos enviarían de vuelta, si nos encontraríamos con mamá y papá. El tiempo se empezó a sentir, era como una ropa que te quedaba chica, que te apretaba, te tiraba de sisa. La sensación de incomodidad no hacía más que crecer. Hasta empecé a lamentar los días de escuela perdidos, a extrañar a todos los que había conocido, aun los que ni siquiera me habían caído muy bien, a querer tener un lugar a donde volver.

Jaz, en cambio, parecía soportarlo todo mejor que yo. Si me mantenía a su lado participaba de algunas actividades, los días lindos los niños podían pintar y jugar al aire libre, y la rutina de despertar, comer y volver a dormir siempre a la misma hora le hacía bien, la estructura la contenía. Pero ya no hablaba. Y yo tardé en darme cuenta, porque allí no había mucho que decir.

Un día Mila habló de irnos, de tomar decisiones antes de que decidieran por nosotras, de buscar ese paso al otro lado que había señalado Vanda. Yo agradecí volver a estar con alguien que tomara la iniciativa y le aseguré que la seguiríamos a donde fuera. Después de todo el refugio no era una cárcel, eso creía, nadie nos había dicho exactamente que estaba prohibido seguir, esa función informativa la cumplía el alambrado, pero no era lo mismo. Y lo único que podía sucedernos, si todo salía mal, era que nos regresaran aquí.

Cuando le dije que nos iríamos del refugio, Vanda no me escuchó. Parecía más interesada en lo que sucedía entre las carpas y me preguntó si Jaz y yo estábamos bien, si alguien había hablado con nosotras, si nos habían hecho preguntas, si en algún lugar nos esperaban parientes o amigos. Yo respondí con evasivas, había contado siempre lo menos posible y sobre todo a nadie le había hablado de mamá y papá ni de los planes que habíamos hecho. Para los demás Jaz y yo andábamos solas y prefería que siguieran pensando así.

Yo quería irme, parar con el interrogatorio, pero Vanda me sujetó una muñeca y me dijo algo al oído, muy bajo. Y luego se alejó unos pasos, me miró y preguntó: ¿entendiste, Zinnia? Yo traté de despegarme de su lado pero me obligó a repetir, a decir sí, entendí, entendí.

Luego me soltó y se fue, y yo quedé más aturdida de lo que estaba, deseando estar en cualquier otro lugar menos ahí, en donde me sentía tan pequeña, tan confundida.

55

—Sabés hacia dónde va mi historia, ¿no? —te pregunto.

Decís que sí sin palabras y yo apoyo mi cabeza sobre tu hombro y nos quedamos un rato así, en silencio.

—Pasó un jueves por la noche, cuando ya estábamos acostadas pero aún no habían apagado las luces. Eran tres hombres, entre ellos el que nos había encontrado en la orilla el día que cruzamos el río… Entraron a la carpa aunque no se permitía que entraran varones… se pasearon entre las camas, observándonos, como tomando nota de cada una… Jaz se acurrucó debajo de nuestra manta y yo la abracé y me tapé completa también, me hice la dormida… Se fueron un rato después, no había pasado nada, el miedo a veces te hacía desconfiar de todo. Pero entonces… de pronto tenía a Vanda zamarreándome… a lo mejor pensó que de verdad estábamos dormidas… buscó mi mochila, me la tiró encima… Me dijo que saliéramos, que fuéramos a donde estaba el fogón… que nos escondiéramos detrás de alguna de las rocas… que esperáramos… Me dijo que mantuviera a Jaz en silencio, aunque Jaz no hablaba… Cuando encontré los ojos de Vanda le creí todo… Saqué a Jaz de la cama, salimos por una rotura de la carpa, tal vez Vanda la había cortado… corrimos hasta el fogón, todavía quedaban leños ardiendo… Luego vi salir a Mila pero no me animé a llamarla y no supe más de ella… Esperé a Paloma, a cualquiera de las otras chicas, pero entonces volvieron los hombres… en camioneta esta vez… Las chicas fueron subiendo a la parte de atrás en orden, llevaban sus cosas… La vi a Paloma medio dormida… algunas ya estaban acostumbradas a que las llevaran de un lado a otro… Pero Vanda había dicho la otra vez, cuando me arrinconó… Vanda me había dicho muy bajo, cuidando que nadie nos oyera… me había dicho… Se llevan a las chicas…

56

Lo que sucedió después fue… instinto. Cerca de donde estábamos había una carpa para guardar herramientas, maderas, lonas, catres rotos. Y en el fogón aún había una pequeña llama, así que busqué un leño, le dije a Jaz que no se moviera, me acerqué hasta la carpa y lo lancé. Enseguida el fuego se esparció, una llama alta y hermosa iluminó la noche. Y me puse a gritar ¡fuego, fuego!

Había viento esa noche, yo no me había dado cuenta, no había pensado en lo que podía pasar. Con Jaz nos quedamos viendo cómo un trozo de tela encendido atravesaba el cielo, parecía un pequeño meteoro que aterrizó en la carpa más cercana. Recién ahí tuve verdadera conciencia de lo que sucedía.

Entonces corrí, corrimos, llevaba a Jaz de la mano. Y sí, miramos atrás muchas veces, miramos atrás a cada momento para ver si los otros también corrían, pero todo era confusión, qué podíamos ver.

57

Un rayo de sol me dio directo sobre los ojos y se sintió tibio, agradable. Por un instante pensé que mamá y papá se habían quedado dormidos, que llegaría tarde al colegio. Entonces abrí los ojos y vi los agujeros en el techo, a las niñas tratando de partir unos frutos llenos de espinas a los que no supe ponerles nombre y que debía haber traído Isa, que también luchaba con uno. Me pregunté cuándo había vuelto a salir, cuándo había regresado, cómo era que no lo había oído siquiera.

—Castañas —dijo Isa cuando vio que estaba despierta y volvió a lo suyo.

Tal vez podía dejar que ellos se ocuparan de todo, pensé, seguir durmiendo, pero ya no llovía y esa debía ser nuestra última mañana allí, el último día. Lo sentía en el cuerpo, era la hora de avanzar. Y si no quería seguir las órdenes de tres niños, un bebé y una mujer moribunda, más me valía recuperar mi lugar de jefa de la tribu.

—¿Vas a seguir contando, Zinny? —quiso saber Jaz cuando me acerqué para levantar a Bebé, que parecía olvidado entre las mantas de Mamá Pura.

—No, hoy nos vamos —respondí.

—¿Y Mamá Pura? —preguntó Maira.

Esta vez ya estaba preparada, así que dije rápida y segura:

—La vienen a buscar, encontré una carta.

Los niños me miraron con sospecha pero no les di tiempo de dudar, cambié enseguida de tema:

—Tal vez nos encontremos con gente del refugio en el camino, con Paloma o Mila. O con Vanda, ojalá, que sabía por dónde cruzar el alambrado.

Luego empecé a arengar a los chicos, que juntaran lo suyo, que llevaran lo que podía tener valor, que se prepararan para caminar largo, que por fin llegaríamos a destino, les dije. Algo se había abierto

en mi pecho en ese momento y lo dejé salir. Era un impulso, un frenesí que ocultaba el miedo que tenía, el no saber qué hacer a continuación.

Miré alrededor y me pregunté qué pasaría con la historia de la ciudad, a dónde irían a parar sus diarios, sus documentos, sus antigüedades. A lo mejor todo me había llevado allí para salvar a Mamá Pura, a los niños… No. Basta, Zinnia, otra vez tenía que decirlo, repetírmelo, grabármelo en la cabeza. Basta. No.

Distraída como estaba, cargando a Bebé, no me di cuenta del repentino silencio, no noté que las niñas se replegaban sobre Mamá Pura, no vi a Isa petrificado en su lugar, no vi la cabeza asomando por el hueco que era tan pequeño, tan de laucha, hasta que medio cuerpo del hombre estaba de este lado, me miraba, miraba a los niños, sopesaba la situación y seguía arrastrándose a pesar de que en la casa no había más lugar. Ya éramos tantos, comenzaba a faltarnos el aire, pero él quería entrar, iba a hacerlo. Yo lo había visto antes, era uno de los hombres de la camioneta y ahora se paraba, se erguía frente a nosotros y sonreía con esa media sonrisa falsa que tanto deseaba borrarle de la cara.

Fue Jaz la primera que se movió. Estaba junto a Mamá Pura, parpadeé y luego estaba sobre el hombre, no podía entender cómo se había trasladado de un sitio a otro y menos quién era esa niña salvaje que atacaba, pegaba, mordía. Maira y Amé se sumaron a la lucha. El hombre, en tanto, seguía mirándome a mí, ahora era él el que no entendía. Al segundo Isa lo hizo trastabillar, caer, y los tres continuaron golpeándolo en el suelo con una rabia desatada que me hizo dar unos pasos atrás a mí también, resguardar a Bebé.

Yo no hice nada, observaba, hasta que se escuchó un ruido seco, ruido de algo que se rompía y, al mismo tiempo, un quejido suave, largo, como el de un fuelle que se queda sin aire. Y entonces todo se detuvo.

Los chicos se transformaron, pareció volverles la niñez a los ojos, le dieron la espalda al hombre, ya habían hecho lo que debían hacer y se acercaron a la mujer. Jaz se acomodó la ropa y se inclinó para darle un beso de despedida en la frente. Maira le cubrió la cara con las flores de papel que habían cortado y Amé apenas le tocó una mano.

—Yo salí a buscar frutos y al volver olvidé tapar el hueco —dijo

entonces Isa, serio, cargando con la culpa. Enseguida afirmó—: ahora podemos irnos.

Dije que sí con la cabeza, susurré el verdadero nombre de Mamá Pura y le agradecí por habernos permitido quedarnos allí esos días. Luego entre todos quitamos los diarios y las cajas que Jaz y yo habíamos apoyado sobre la puerta el día que llegamos y la volvimos a abrir. Costó un poco, la lluvia había hinchado la madera, pero ahora éramos cinco para hacer fuerza.

Nadie miró hacia atrás cuando salimos. Yo cerré la puerta y dejé que el sol me entibiara el cuerpo.

Era un día hermoso.

58

—Era un día hermoso —te cuento—. Y nosotros éramos un grupo curioso y único. Yo iba adelante, llevando a Bebé. Las niñas me seguían cargando los bolsos que habíamos armado. E Isa andaba detrás de todos, celoso de nuestra seguridad.

»Papá me había contado algo sobre los lobos una vez, que cuando marchan los ancianos van adelante, guiando a la manada, porque son los que saben, los que tiene experiencia. En el medio van los demás y, al final del camino, el macho alfa protegiendo a los suyos. No es que Isa fuera el macho alfa ni yo la anciana pero esa fue la imagen que se me dibujó en la cabeza en ese momento, éramos seis lobos en el camino, cualquiera que nos viera podría pensar que de verdad había en nosotros algo indomable y, a la vez, algo de manada.

»Caminamos hasta que bajó el sol, apenas paramos a comer, a darnos ánimos y luego seguíamos, porque debíamos alejarnos de la casa, del hombre, de los otros que pudieran llegar.

»Cuando me di cuenta de que se hacía de noche casi me pongo a llorar, y yo no lloro, porque esta vez no teníamos un techo, no sabíamos a dónde ir y ya daba lo mismo continuar o regresar, total estábamos encerrados entre el muro y el alambrado, y entonces…

—Entonces yo… ¡yo! —te parás, levantás los brazos al cielo, falta que te golpees el pecho como un gorila.

—No, no. No voy a permitir que seas el héroe —te aviso—, no apareciste a salvarnos, no nos rescataste. Nosotros nos fuimos salvando cada día y vos fuiste otro personaje de esta historia. Pero ni siquiera uno tan importante.

Se te abre la boca así, te hacés el ofendido, me das la espalda.

—Vos y tu lucecita —sigo—, así de pequeñita, así de poca cosa… Una lunita en la oscuridad…

—No voy a permitir que menosprecies mi linterna.

—Vi la luz acercarse y al principio no entendí, pensé que era una luciérnaga que no se apagaba… Después me puso en alerta. Y entonces te vi.

—Nos vimos.

—Nos vimos. Y te juro que no pensé nada bueno de vos en ese momento. Temí por tu seguridad, más te vale no cruzarte con las niñas… Pero dijiste…

—Que estaba con Vanda, que sabía por dónde cruzar.

—Que sabías por dónde cruzar. Y quise creerte. Porque una vez tenía que tocarnos una buena, ¿no? Porque estaba sola con mis cinco lobos, porque no podía más. ¿Vos habías cortado el alambrado?

—No, a mí me tocaba vigilar el cruce ese día y había escuchado un llanto de bebé.

—Entonces fue él quien nos salvó, podríamos haber pasado de largo.

59

Esa primera noche en la casa de Vanda (aunque no creía que realmente viviera ahí) al otro lado del alambrado nadie quiso separarse de nadie, solo Bebé quedó al cuidado de una mujer que prometió permanecer cerca, a mano, por si la buscábamos. Y las niñas, Isa y yo compartimos un rincón en el altillo. Había ya arropado a todos cuando la voz de Amé me recordó que dormir no era uno de mis privilegios. O tal vez debía ganarme el tiempo de sueño, mi porción de paz.

—¿Vas a contar esta historia, Zinny?

—¿Qué historia?

—Esta, de cómo cruzamos al otro lado.

—¡Pero si ustedes estaban ahí!

—Vos lo contás mejor —dijo Jaz, aliándose al enemigo.

Suspiré. A pesar del cansancio y de lo absurdo del pedido había algo en esa relación, esa intimidad que habíamos logrado los cinco a través de la palabra, que me hacía feliz, entonces empecé:

—Caminamos el día entero en silencio, cargando una tristeza nueva por quien habíamos dejado atrás. Nos íbamos turnando para llevar a Bebé y lo poco que teníamos. Y yo no hacía otra cosa que pensar en si llegaríamos a algún sitio, si nos encontrarían antes, qué pasaría con nosotros.

»El camino estaba sembrado de restos de pueblo y eso tampoco ayudaba demasiado, me hacía acordar a nuestra primera casa, ¿eso le había pasado cuando levantaron el muro? Si ahora volviéramos allí, ¿encontraríamos los escombros de lo que habíamos vivido? ¿Apenas algunas maderas del cobertizo, las cuerdas del violín? Sé que a ninguno le gustaba ver ese abandono, y que llegara la noche me daba más temor aún. Y entonces vimos la luz.

—Yo la vi —dijo Jaz.

—Y yo —dijo Maira.

—Sí —seguí—, al principio pensé que era una luciérnaga que volaba de modo extraño y no se apagaba. Se fue acercando, en algún momento adiviné la mano detrás de la luz y pensé en dónde podríamos escondernos. Entonces él gritó que conocía a Vanda, que nos ayudaría a cruzar.

—Erlan —dijo Isa.

—Sí, Erlan. Apareció con su linterna-luciérnaga, traspasamos el alambrado con cuidado, uno por vez, Isa me pasó a Bebé, y de pronto estábamos del otro lado. Erlan cerró el alambrado para que nadie se diera cuenta de que allí estaba cortado, yo estaba atenta porque no confiaba, pero habíamos cruzado y eso me desarmó un poco.

»De todos modos, no fue que llegamos a algún sitio, solo estamos mejor que antes, más seguros, porque están Vanda, que sí es periodista, y Erlan y los otros, que ya cruzaron y esperan a los que llegan, para ayudar.

—¿Cuánto tiempo nos vamos a quedar acá? —quiso saber Amé.

Me encogí de hombros en la habitación oscura y fue mi silencio el que sirvió de respuesta.

Y entonces la pregunta que todos estábamos esperando, la que andaba flotando en el aire, se posó sobre Maira, tomó su voz y algunas de sus lágrimas:

—¿Vos y Jaz se van a ir, Zinny?

¿Nos vamos a ir?, pensé. Los niños estaban ahora seguros, Vanda y los demás averiguarían quiénes eran, quién era hermano de quién, de dónde venían, buscarían a sus familiares. ¿Habían llegado hasta aquí solos, acompañados? ¿A dónde iban a parar los niños sin padres que cruzaban los muros? ¿Y acaso yo debía cargar con la responsabilidad? En algún sitio nos esperaban mamá y papá, estaba segura. Y todo lo que deseaba era volver a ser su hija, dejar atrás los días en el refugio, los días en casa de Mamá Pura, el recuerdo de Isa ofreciéndome su galleta marinera, trayendo la liebre, de Maira y Amé cuando cortaban flores, de Bebé tirándome del pelo.

No sé qué fue —no fui yo, eso seguro— lo que desde muy dentro de mí respondió:

—Claro que no, cómo podría dejarlos. Los lobos se mantienen juntos

—les dije, aunque no entendieran—. Y hay que buscar a Mila, a Paloma, a las otras chicas, ayudar a quienes se quedaron en el refugio, contar lo que sucede allá.

—Pero un día vamos a seguir —dijo Isa.

—Sí, vamos a seguir. En ese momento hablaremos de despedidas, pero no todavía. ¿Continúo desde que cruzamos?

»Habíamos caminado todo el día y no nos quedó más que seguir caminando hasta llegar a esta pequeña construcción, no sé muy bien cómo nombrarla. Si es la casa de Vanda, es grande. Si es un refugio, es pequeño. ¿Qué más les tengo que contar?

A esa altura Jaz y Amé se habían dormido y yo, en cambio, me había desvelado del todo. Así que dejé la habitación, llevaba muchas noches compartiendo mi espacio con otros, necesitaba un poco de soledad.

Pero afuera estabas vos, ni siquiera estar sola me salía bien… Empezamos a hablar, seguimos hablando la mañana siguiente y el día después y otro más. Y no volvimos a separarnos. Los chicos estaban bien, ya podía volver a tener una vida.

60

Bajo un cielo atestado de estrellas te digo: esta es mi historia, no tengo más secretos. Podemos seguir hablando de todo y de nada, un poco del futuro, también, que debe estar en algún lugar.

Y agrego:

—¿Sabés qué imagino, por momentos? Que estamos atrapados en un mundo alternativo o en una dimensión en donde pasamos de refugio en refugio, de casa en casa, pero nada nos pertenece, nunca podemos quedarnos en un solo lugar.

—Como esas películas de terror en las que pasan de cubo a cubo. En uno perdés una mano, en otro la cabeza.

Me río y se me pasa al instante, porque no estás tan equivocado, algo de nosotros se quedó en cada sitio…

—¿Y ahora, qué? —pregunto.

—Esperar, planificar, hacer muchos llamados. Hay gente que nos ayuda. Y dijiste que tus padres te están esperando en algún lugar.

—Eso quiero creer. Por lo menos ya estamos del otro lado, aunque…

—¿Aunque…?

Me pongo de pie porque el cuerpo me vibra, mi cabeza bulle, porque la calma me dura cada vez menos tiempo.

—Lo repito en voz alta porque quiero entender… —digo—, pudimos cruzar y ya estamos del otro lado, en donde se suponía que estaríamos bien, seríamos libres. ¿Por qué no podemos avanzar, entonces?

—Porque los de aquí piensan que los vamos a invadir, conquistar, que impondremos nuestras costumbres bárbaras y brutales hasta convertirlos en esclavos, si es que no los matamos. Porque les quitaremos los trabajos, la ropa, la dignidad.

—¿La ropa? —me río.

—Sí, creen que vivimos desnudos, que prohibiremos la ropa cuando lleguemos al poder.

—¿Quiénes, vos, las niñas, el bebé?

—El bebé sobre todo, yo no confiaría en ese engendro.

—Puede llegar a oler muy mal… —admito.

—¿Ves? Olemos mal, vestimos harapos, somos ladrones, criminales, terroristas.

—¿Harapos? Antes dijiste que íbamos desnudos, ¿podés ponerte de acuerdo?

—Estoy tratando de explicar el punto —decís—: mientras nos quedemos acá, en este lugar que encontró Vanda, hacen la vista gorda, como dice ella. Nos dejan tranquilos.

—¿Quiénes?

—Eso es lo que dijo Vanda, yo tampoco lo sé todo, Zinny. Sí que si vamos más allá ya no hay tregua. Pueden encerrarnos, devolvernos al otro lado. No tenemos derechos, no somos nada. Ignorancia y miedo, eso es lo que nos rodea.

—Ignorancia y miedo… —repito—. Seguro mis padres tenían otro plan, no creo que pensaran en terminar acá.

—Siempre hay gente que logra cruzar y avanzar, pero no por donde lo hicimos nosotros, no a través del refugio en donde te identifican como migrante, que es lo mismo que decir que no sos de ningún lugar, un ser sin patria, sin identidad, sin futuro.

—¿Y entonces?

Te encogés de hombros. Suspirás. Yo también estoy cansada.

—¿Ahora vas a contarme tu historia? —te pregunto—. De dónde venís, cómo llegaste acá, si estás esperando a alguien.

Me tomás de la mano y me la apretás fuerte, porque todavía no estás listo. Y decís:

—La primera vez que te vi…

—La noche que nos encontraste, detrás de tu linterna.

—No, no… yo te había visto antes… una noche…

—¿Me espiabas? —me asusto.

—No, ¡no! Yo estaba en el refugio, Zinny, y… no te rías, es que no me gusta la gente… Me gusta la gente que me gusta, claro, pero no estar todo el tiempo con un montón de desconocidos alrededor, así que por las noches me escapaba a donde pudiera estar solo, a donde hubiera aire y espacio, y te veía… cuando tus amigas se iban y te quedabas al lado del fogón,

apagando las últimas llamas, y luego te parabas y… tocabas. Tocabas un violín, ¿no?

Yo me tapo la cara de la vergüenza, creo que es el momento indicado para correr, pero no quiero correr.

—Y pensaste que estaba loca, claro. La chica del violín invisible. La chica que hace que toca.

—Sí, al principio sí. Pero después… empecé a escuchar la música… que casi seguro no tenía nada que ver con lo que sonaba en tu cabeza, pero la oía, y te veías tan hermosa parada debajo de la luna, tan… tan única… tan loca genial… Nunca me acerqué porque sabía que ese era tu momento, una alegría que no querías compartir.

Mi cara sigue estando roja cuando vuelvo a mirarte, cuando me pregunto si entre muros hay tiempo para el amor. Si podemos permitirnos esa pequeña felicidad aunque te irás o me iré algún día, porque nada dura en nuestro mundo, porque siempre nos estamos yendo. Pero esto es ahora, es hoy, y digo:

—¿Querés que toque algo?

Y vos decís que sí, sí.

Yo hago como que abro el estuche, saco un arco, el violín que imagino muy antiguo y noble, me paro muy derecha, me acomodo. Te digo que esta es la mejor noche para tocar, ahora que estamos solos y rodeados de silencio.

Empiezo con una melodía que tarareaba papá, lo saqué de oído, "Vuelvo al sur".

Toco exactamente como quiero tocar, eso es lo bueno de los instrumentos imaginarios, que uno llega a dominarlos a su gusto, con todo el talento, toda la emoción.

Cierro los ojos porque la música interna me lleva hasta que todo a mi alrededor es música, cada gota de rocío, cada piedra, cada brizna de pasto.

Y cuando vuelvo a abrirlos estás mirándome y sonreís y sé sin ninguna duda que cuando termine voy a besarte, porque es ahora, es hoy y eso es lo único que tenemos.

Entonces aparece la última nota en mi cabeza, la última anotación en el pentagrama: beso a Erlan, lento, dulce, vibrato, y se repite, se repite, se repite.

“Si algún día ocurre un cataclismo y todo se borra de la Tierra,
con que solo queden dos hombres, y un atardecer se encuentren en el camino,
uno le contará al otro cómo logró cruzar las montañas y en ese punto, antes que la sociedad, empezará la literatura”.

Juan Farías

LOS MUROS EN EL MUNDO
“históricos y actuales”

Gran Muralla China
Muro de Berlín, Alemania
Muro de Adriano, Inglaterra
Murallas de Constantinopla, Turquía
Murallas de Dubrovnik, Croacia
Gran Muralla de Gorgan, Irak
Murallas del Kremlin, Rusia
Gueto de Varsovia, Polonia
Muralla de Ávila, España
Tucumán, Argentina
Estados Unidos - México
Ceuta y Melilla, España - Marruecos
Israel - Cisjordania
Líbano - Palestina
Irlanda del Norte
Corea del Norte - Corea del Sur
Arabia Saudita - Irak
Sahara Occidental
Chipre
India - Pakistán
Kuwait - Irak
Macedonia - Grecia
Egipto - Franja de Gaza
Calais, Francia
Hungría - Croacia
Hungría - Serbia
Bulgaria - Turquía
Hong Kong - China

Austria - Eslovenia
Río de Janeiro, Brasil
Botsuana - Zimbabue
Uzbekistán - Kirguistán, Afganistán, Tayikistán
Posadas, Argentina - Encarnación, Paraguay
Lima, Perú
Perú - Ecuador

Agradecimientos

A mis editoras María Amelia Macedo y Mariana Vera.

A Julia Taboada, por su amable y atenta lectura.

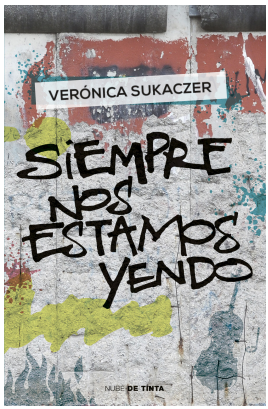
A Antonio Santa Ana, asesor único, que escuchó el germen de esta historia aunque no se acuerde.

A Marina Novello, primerísima lectora de lujo.

Al equipo de promoción de la editorial, Florencia Escande, Marco Castagna, Flor Canzobre, y a los que estuvieron antes, por la compañía, la charla en los viajes y por hacer llegar los libros a sus lectores.

A mi familia, siempre, a Gonzalo, Alan y Ariel.

Agradecida.



“Los muros no habían hecho otra cosa que brotar de la tierra a cada paso. Como malas hierbas, como venenos, como espinas. Los muros nos fueron llevando, nunca elegimos el camino”.

Muchos muros han dividido tierras. Uno divide de pronto la vida de Zinnia. Sin opción, la familia huye, migra para encontrar dónde echar nuevas raíces y vivir en paz. De una a otra casa, de un país a otro, del camino a un campamento para refugiados, y luego un gran incendio y otra huida más, y van tantas… Zinnia se aferra a su hermana Jaz y a su historia. Contar quiénes son le permite recordar de dónde vienen y recuperar la fuerza para cruzar nuevos muros.

Con gran destreza literaria, Verónica Sukaczer construye un relato que, a la manera de cajas chinas, renueva su apuesta por la memoria social, la búsqueda de la identidad y la circulación de la palabra.

Verónica Sukaczer

Nació en la ciudad de Buenos Aires en 1968. Escritora, periodista y editora, ha publicado más de veinte libros, la mayoría dedicados a chicos y jóvenes. Por su obra ha recibido, entre otros, el Segundo Premio Nacional de Literatura Infantil a la producción (2008-2011) y el Premio Konex en la disciplina Literatura Juvenil (2014).

Sukaczer,Verónica
Siempre nos estamos yendo / Verónica Sukaczer. - 1ª ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Nube de Tinta, 2021.
(Nube de Tinta)
Libro digital, EPUB

Archivo Digital: descarga y online
ISBN 978-987-1997-51-0

1. Literatura Infantil y Juvenil Argentina. I. Título.
CDD A863.928 2

© 2021, Verónica Sukaczer

Diseño de cubierta: Candela Insua

Edición en formato digital: junio de 2021
© 2021, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A.
Humberto I 555, Buenos Aires
penguinlibros.com

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*.
El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores.

ISBN 978-987-1997-51-0

Conversión a formato digital: Libresque

Instagram: penguinkidsar

Facebook: penguinaulaar
Instagram: penguinaulaar

Índice

Siempre nos estamos yendo
San Martín del Carso. Valloncello dell' Albero Isolato a 27 agosto de 1916
1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20
21
22

59
60
Los muros en el mundo. “Históricos y actuales”
Agradecimientos
Sobre este libro
Sobre la autora
Créditos